El
ESPÍRITU del
CIERVO
JORGE
M. MIER
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa

EL ESPÍRITU DEL CIERVO

JORGE M. MIER

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición impresa: febrero de 2023
Primera edición en e-book: febrero de 2023

© Jorge M. Mier, 2023
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4905-4

Producido en España

A Raquel y a nuestros hijos.

«Si en algún lado del universo existen criaturas inteligentes sociales, asexuadas, blindadas, hechas de silicio, activadas por receptores fotovoltaicos y que se reproduzcan por fisión, estoy seguro de que carecen del don de pintar renos en las paredes de las cuevas o de empujar carritos por los pasillos del súper».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

EL ESPÍRITU DEL CIERVO

LA GRAN CAZA DEL CIERVO

«Cuando los sapiens modernos irrumpieron en Europa, su tecnología había dado un salto cuántico».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

Las sombras de sus manos parecen hombrecillos bailando en la pared. A la luz de la lumbre, afilan las puntas de flechas y lanzas, tensan los arcos y untan con barro los mangos de sus armas para hacerlas más resistentes. Todo es alboroto mientras el fuego colorea de ocre y naranja las paredes de la caverna, resaltando el negro de las grietas que quiebran la piedra.

Tarik gruñe para exigir a Bo que se concentre en su tarea. Debe aprender a raspar y presionar los bordes para afilarlos bien, qué puntas hay que desechar y cuáles pueden seguir usándose, hasta dónde romper el extremo del astil, donde luego quedará incrustada la cuchilla. Será la primera vez que el joven participe en la partida de caza, y Tarik lo observa con preocupación. «No parece nervioso, pero no está preparado. Debería estar más atento», piensa el maestro. Pero no lo quiere asustar. Los que cazan con miedo suelen morir.

–Los ojos aquí –insiste, mostrándole la punta–. Pon los ojos aquí.

Pero la mirada del muchacho se pierde en el eco de la cueva.

De pronto, se hace el silencio, únicamente roto por algunos susurros y el crepitar de las llamas. Los hombres descansan un rato para, al poco tiempo, volver a empezar. Entonces, de las profundidades, del lugar sagrado en el que sólo unos pocos pueden acceder, emergen los cánticos y

rezos de Sirek. Bo sí tiene permitido entrar allí desde que era un niño, pues muy pronto el chamán se percató de que sabía dibujar. Fue el primero que lo tomó como aprendiz, el que le enseñó a observar la figura de los animales y a fijar la pintura sobre la roca; y fue también él quien lo llamó Bo, en lugar de Boká, que es en realidad su nombre. Sólo más tarde, por algún motivo desconocido para el joven, Tarik, uno de los jefes cazadores, se encariñó con él y, cuando lo vio con la suficiente fuerza, habló con la gran madre Ba'aba. El muchacho debía aprender a cazar. Boká no quiere decepcionarlo, pero preferiría estar rezando y pintando que afilando las armas.

Hay otro sonido; diferente, inusual. Llega desde el otro extremo de la cueva, la zona más exterior, allí donde menos huele a humo. Son los intermitentes alaridos de Ja'anit, que está pariendo a su primera cría. Los hombres suspiran y cierran los ojos, temerosos de que se trate de un mal augurio y de que los sollozos de la madre y su criatura no los dejen dormir. Ba'aba está concentrada en el alumbramiento. Y los cazadores, que nunca han partido antes sin que la gran madre rezara a los espíritus el día anterior, susurran, tensos. La cueva se inunda de inquietud y nerviosismo. Apenas se miran a la cara e interrumpen su trabajo cuando los gritos cesan, confiados en oír al fin el llanto de un bebé. Pero los chillidos de Ja'anit continúan durante una gran parte de la noche.

Flechas, lanzas y azagayas ya están listas y apiladas contra los muros. Con una última punta de piedra, Tarik saca filo al cuerno de ciervo que siempre lleva colgado a la cintura. El color y la textura, tan suave, revelan que nunca lo ha usado aún para matar. Todavía conserva su forma natural, y a Bo le parece que su dueño podría haberlo perdido ayer mismo. Con curiosidad, mira a su alrededor, pues ahora Bo es miembro de una tribu dentro de su propio clan. Los hombrecillos que bailaban en la pared se han marchado. «Quizá», se dice, «no sabían si bailar al sonido de los rezos de Sirek o al del llanto de Ja'anit, o quizá, como los cazadores, se han cansado de esperar».

El fuego se va extinguiendo poco a poco, a la par que los ojos de los guerreros se empiezan a cerrar. Las paredes, oscurecidas entre las sombras, dibujan entre naranjas unos rostros que duermen pero no descansan. Sólo los dos jefes cazadores permanecen despiertos y en pie. Tarik se muestra satisfecho mientras cuenta por última vez las armas; Ka'ab, impávido, se ha reclinado contra el muro, con ese semblante lleno de furia tranquila que es tan propio de él. La profunda cicatriz que le corta la parte izquierda de la cara, desde la frente por encima de la ceja hasta la quijada, la misma que le deforma el ojo y que impide que le crezca la barba en ese lado, se pierde en la negrura al apagarse el brillo de las llamas. Aun en la penumbra, se las ingenia para, sin apenas moverse,

matar con una de las flechas a un ratón que pasaba por ahí.

–¿Y tú qué miras? –espeta a Bo, sujetando el cadáver del roedor, y éste inmediatamente desvía la mirada.

Jécom, uno de sus hombres, levanta la cabeza y ríe suavemente al oír la pregunta. Se ha percatado del miedo del muchacho. Y, por eso, cuando el jefe le lanza el ratón muerto, el cazador, divertido, le arranca un pedazo de un mordisco y lo escupe a los pies de Bo, quien por instinto encoge las piernas del susto, mientras el otro se ríe al tiempo que se limpia la sangre de los dientes.

–Duerme, Bo –le ordena Tarik–. Duérmete.

Y al final logra dormir. Se da cuenta de ello cuando abre los ojos y la caverna está en completo silencio. Todavía es de noche; no entra nada de luz por la pequeña chimenea natural que desde esa parte de la cueva emerge hacia el exterior. Pero los restos de las brasas le permiten distinguir a las tres figuras que susurran a sus pies.

–Es un buen augurio –logra entender de las palabras de Sirek–. He terminado de rezar cuando Ja'anit finalmente ha dado a luz. Es un buen augurio. El ciervo será abundante mañana, tendremos caza segura. No perderemos a ningún hombre, y los clanes celebrarán su alianza.

–Es un niño –dice Ba'aba–. Ja'anit se encuentra bien y ya descansa. Queda mucho por saber sobre la salud de la cría, y sólo conoceremos más cuando le dé el sol. Parece que busca el pecho de su madre, que no tardará en dar leche. Un niño en un día de caza es buen augurio.

La tercera silueta es Tarik, que se despide de ambos tras conocer la noticia y comienza a buscar su lugar en el suelo para echarse a descansar. Lo siguen los otros dos, gateando a tientas hacia el lugar que les pertenece en la cueva.

–Tarik –advierte de repente Sirek–, cuidado con los machos grandes y briosos. Se separan del grupo cuando las cosas se ponen mal y pueden ser un peligro.

El jefe cazador no responde nada. Acomoda el cuerpo y encuentra el sueño tan pronto como posa la cabeza en el piso. Bo repite en su mente las palabras del chamán, mientras en su pecho retumban los latidos nerviosos de su corazón. Es entonces, en la paz de la noche, cuando piensa por primera vez que mañana hará lo que nunca ha hecho: empuñar un arma y tratar de matar.

* * *

Dos golpes secos en el pie lo despiertan.

Los hombres ya se mueven en silencio hacia el exterior de la cueva. La tenue luz del alba les muestra el camino. Tienen especial cuidado cuando

pasan por donde duermen los niños y las mujeres; si alguna de ellas está menstruando y toca una de las armas, podría significar un augurio terrible. La primera sangre que deben ver hoy es la que brote del lomo de los animales.

En el exterior, el viento cubre el lugar con su aroma. Los altos árboles crujen bajo el frío, esperando la salida del sol. La primera nevada ha pintado de blanco las copas, aunque el suelo permanece despejado. Comienzan los cazadores a tensar los músculos, mientras la brisa helada de la mañana hincha sus pechos. Escogen las lanzas, se atan los cabellos y las barbas, aseguran sus prendas de piel y se protegen los pies. Las armas son de todos; las pieles, no. Los más veteranos irán mejor protegidos, y sus vestimentas están decoradas con líneas de colores apagados que han ido añadiendo tras cada cacería. Bo apenas logra cubrirse el tronco. Es un muchacho imberbe, paliducho y enclenque, y todavía tiene los cabellos oscuros cortos, como los llevan los chamanes. Tarik le arranca de la mano la lanza que ha escogido y le da otra.

–Mira tu altura y mira la de la lanza. No lograrás ver al ciervo antes de poder levantarla. La lanza en una mano y la azagaya, que es más corta, a la espalda –dice estudiando sus ropas y acomodándoselas.

–No sé cómo usarlas –contesta el muchacho.

–Ya te lo he dicho. La lanza, para herir –repite, pasándole las palmas de las manos por las costillas, los muslos y la nuca–. La azagaya, para matar –concluye, y, con un gesto brusco, se señala con la punta de los dedos la garganta, la cabeza y las ingles.

–Pero no sé cómo hacerlo...

–No hay otra forma de aprender. Observa y muévete como los demás.

Sirek ya está marcando las caras de los hombres con pintura verde al tiempo que invoca a los espíritus buenos. Se han formado dos grupos, cada uno integrado por siete cazadores más su líder. Bo no conoce los nombres de aquellos que son nuevos en el clan. Del grupo de Ka'ab, el más experimentado de todos, conoce a Jécom, un buen veterano; a Agtó, que ha vivido ya dos temporadas de caza, y a Lokar, quien, novato como él, tiene su misma edad. Del de Tarik, del que forma parte, conoce a Nu'uk, a Koku'um y a Iktaá, los tres con varios años de experiencia. El resto son muchachos inexpertos como él, aunque los han enseñado a luchar. Todos llevan sus propios amuletos, ya sea alrededor del cuello o de las muñecas: huesos, pieles, dientes. Lokar se ha amarrado una cola de ardilla en los cabellos para indicar que, a pesar de su juventud, ya ha matado antes; con mucho orgullo, finge que el vello delgado y poco tupido que viste en el mentón es una barba.

Los cabellos negros de Tarik caen con suavidad por su espalda, atados por detrás de la cabeza. No podría decirse que es el más alto ni el más

fuerte, pero su reputación lo precede. Es un gran cazador, y su rostro amable y su semblante alegre lo hacen una persona muy querida dentro del clan. Sus ropas se ven decoradas con miles de astillas de los huesos de todos aquellos animales que ha cazado a lo largo de los años.

Ka'ab es el único que no porta amuletos ni se ha pintado ni adornado el rostro o la ropa. La horrible cicatriz de su cara es lo que cuenta su historia. Al ser el cazador más avezado, es siempre el primero en hablar.

–En cuanto nos juntemos con los otros clanes –ordena a Tarik–, manda a tus hombres hacia el flanco sur; los míos irán por el norte.

–Ese lado es el más peligroso –le responde Tarik–. Tengo a dos jóvenes y a Bo, que ni siquiera sabe cazar. Podría pasarles algo.

–Tienen las piernas frescas –interviene Jécom con una sonrisa burlona–. Seguro que saben correr.

–No estás obligado a dar siempre tu opinión –le suelta Tarik enfadado–. De vez en cuando, podrías callarte nada más y escuchar. No podemos darnos el lujo de perder a ningún hombre –añade, mirando a Ka'ab.

–Tus hombres por el flanco sur –repite éste, sin darle opción a réplica.

Sirek observa la escena sin ni siquiera abrir la boca. Se acerca tímidamente a Ka'ab, para decirle que quizá debiera ser él quien decidiera la táctica y diera las órdenes.

–Si tienes una visión, chamán, si algún espíritu te ha hablado, dilo y ya está –le contesta el cazador sin apenas mirarlo.

Al instante, con un gesto de la mano, indica a los dos grupos que es hora de partir.

La gran madre los despide desde el interior de la cueva, desde donde ella no logra verlos, ni ellos a ella, para no ofender a los espíritus. El chamán vuelve a su lugar en el interior, donde permanecerá rezando mientras dure la caza.

Y se ponen en marcha. Esta parte Bo la conoce bien. Avanzan por el bosque con tal sigilo que podrían no estar ahí. A pesar de la lanza, el muchacho pisa y se mueve con agilidad; es uno con la naturaleza. Y eso, a la carrera. Y, aunque llevan el aire en contra, se van untando los cuerpos con musgo, barro y hierbas para ocultar su olor. No tardan demasiado en encontrarse con el resto de los clanes. Sin la necesidad de detenerse o hablarse, los hombres se van sumando al grupo, como una brisa que toma más y más fuerza. Se contarán unos setenta u ochenta una vez estén todos.

Entonces, sin que nadie lo indique, se detienen. En cuclillas, sostienen las lanzas con ambas manos, de tal forma que parece que ni siquiera respiran. Desde su posición pueden ver el lugar en el que se abre un espacio libre de árboles, la pradera donde una manada de ciervos suele detenerse a pastar. Ya amanece; el sol sale por el horizonte.

De repente, ahí están. Deben ser más de trescientos. Bo nunca había visto tantos al mismo tiempo. Los cuernos de los machos se alzan tranquilos en la distancia, ignorantes de lo que está a punto de suceder. Las pieles pardas no alcanzan a brillar con aquel sol aún tan bajo. La neblina absorbe toda la luz.

Los cazadores comienzan a dividirse según la costumbre. Los veteranos se encargarán de iniciar la persecución, obligando a los ciervos a correr en contra del aire y de la luz, cegándolos y dejándolos sin olfato. Los más novatos flanquearán a la manada, para mantenerla unida y que siga avanzando. Desde muchas generaciones atrás se ha contado que aquel lugar solía estar cubierto de hielo. Cuando el hielo comenzó a retroceder por las subidas de temperaturas, fue dejando un camino marcado y profundo, una zanja enorme con una pendiente en descenso que conduce a un lugar sin salida, a un espacio rodeado por tres altos muros de piedra. La amenaza de los cazadores en la retaguardia y en los flancos llevará a los animales a una encerrona en la que serán un blanco fácil.

Los más jóvenes comienzan a rodear la pradera. Es el momento más delicado de la partida. Un error, una rama partida, un paso mal dado podría asustar a la manada y arruinarlo todo. Bo observa a los animales como nunca antes, más cerca de lo que nunca ha estado. Sospechan algo. De pronto, le parece que pastan menos y levantan la cabeza y las orejas como si supieran que están en peligro, como si tuvieran miedo. Justo cuando parece que están a punto de echar a correr en la dirección equivocada, los experimentados cazadores emergen del bosque con rapidez, agresivos, lanzando gritos de guerra y agitando sus armas.

La manada comienza una huida desesperada a gran velocidad. Aquellos que están en los flancos corren junto a los animales y les cierran el paso, estrechando el recorrido con golpes y gritos, imitando el aullido de los lobos enfurecidos. Hay confusión entre las bestias, que avanzan a ciegas, aterrorizadas. Los golpes de sus pezuñas hacen temblar la tierra con violencia. Las ansias y el miedo de Bo se transforman entonces en un impulso lleno de ira. Sus piernas se vuelven tan veloces como las de los ciervos y sus pulmones se llenan de fuego. Por un instante cree que de verdad es un lobo.

La persecución es más larga de lo que esperaba. Su cuerpo comienza a acusar el cansancio en el momento en que la zanja se hace visible. Ahí empezará lo más difícil. Mientras que la manada corre cuesta abajo, los cazadores han de ascender la pendiente a la misma velocidad por los laterales de roca. Los veteranos siguen persiguiendo a los ciervos, tratando de evitar que vuelvan sobre sus pasos. Y, al final del camino, deberán resistir un enfrentamiento directo con ellos y conseguir retenerlos el tiempo suficiente en el sitio como para que se produzca una gran

matanza.

Pero algo va mal. Bo ha perdido de vista a los animales. Un saliente de piedra parece alzarse cada vez más por delante, entre éstos y él, mientras avanza. Al mismo tiempo, la tierra que pisa ha comenzado a descender, y a un lado ve cómo sus compañeros siguen subiendo por la cornisa que conduce al final sin salida. Se ha metido en un pasillo estrecho, de unos tres cuerpos de ancho, entre los cazadores y sus presas. De repente, se topa con un parapeto natural igual de alto que el que los ciervos deben haberse encontrado. No puede ver nada, aunque los ruidos a su alrededor le permiten imaginárselo. El rugido violento de los hombres al atacar desata los bramidos desesperados y los berridos de dolor de sus víctimas. Bo se da cuenta de que se está perdiendo la batalla. Trata entonces de escalar, busca un saliente, pero la roca se desprende y cae de nuevo. No le queda más que desandar el camino, pero, cuando se da la vuelta, se encuentra de frente con un macho gigante que ha quedado encerrado en el mismo pasillo que él.

Un instante se convierte en una eternidad. Bo y el animal se miran a los ojos. El joven duda; el ciervo, no. Golpea con fiereza, y las astas retumban contra las paredes con cada cabezazo desesperado. En un espacio tan estrecho, es incapaz de darse la vuelta, y berrea de ira. Se detiene un momento, golpeando ansiosamente con sus pezuñas el suelo húmedo. Es dos veces más alto que Bo. El vaho de su hocico despide un olor tan fuerte como el sudor de diez hombres. «¡Me va a embestir!», se dice el joven, cuando ve cómo el cérvido se levanta sobre las dos patas traseras y agacha la cabeza. De inmediato se abalanza sobre el muchacho con los cuernos por delante. Boká sabe que va a morir, pero no encuentra las fuerzas para levantar su arma. Cierra los ojos y contrae el cuerpo para recibir el golpe. No siente nada. Cuando, asustado, abre los ojos, el animal se está retorciendo en el suelo a dos pasos de sus pies. Tarik, subido al lomo, sujeta con fuerza la lanza que le ha clavado en la nuca, retorciendo la punta con fuerza para ahogar sus espasmos finales. La tierra se tiñe de rojo con la sangre que vomita al soltar su último aliento. Se hace el silencio en el bosque.

Bo cae de espaldas y respira aliviado. Mira al ciervo una vez más; el cuerpo ya pierde el calor; los ojos vacuos, muertos; la sangre humeando mientras se le escapa el espíritu; su gran figura humillada.

Tarik se baja del animal. Jadea, exhausto, y se sienta frente a Bo. Ha dejado su lanza clavada en el cadáver.

–La próxima vez pon más atención. Pudiste haber muerto por ese error –suspira. Se estira y respira hondo y, una vez recobra las fuerzas, se levanta, se arrodilla junto a su víctima y, recuperando su lanza, susurra–: Te pedimos perdón y te damos gracias.

Los últimos ciervos han huido. Durante un largo rato, no sucede nada. Los hombres, entretanto, descansan antes de comenzar la colecta. Y ya están llegando los chamanes de cada clan para ayudar en la labor. Lo primero es ocuparse de los cazadores. Cuatro han muerto en la batalla. Ninguno es del clan de Bo, como predijo Sirek. Con sumo cuidado, reúnen sus cuerpos y designan a quienes los llevarán al asentamiento general donde se agrupan por este tiempo los clanes para que más tarde puedan darles sepultura.

Después llega el turno de los animales. Bo se ha subido a lo alto del muro, desde donde puede ver la pradera, llena de cadáveres teñidos con el rojo de la sangre. Son veinticuatro presas en total, y el que mató Tarik es la más grande de todas. Los chamanes proceden con el ritual para cada uno de ellos, cerrándoles el hocico para que no se escape lo último que les queda de espíritu y hablándoles al oído para pedirles paz. Y, sólo una vez acaban, los guerreros comienzan a moverlos y los amarran por las pezuñas para poder cargarlos.

Bo desciende dentro de la zanja. Allí se encuentra con Sirek, su antiguo mentor.

–Una hembra, ¿lo ves? –le dice, en el mismo tono que cuando era su maestro–. El rostro es distinto. El tamaño y el color. La figura de sus piernas. Éste de aquí es un macho. ¿Ves la diferencia? No tiene cuernos porque es demasiado joven, pero fíjate en su figura. Moriste demasiado joven, espíritu.

La sangre. El olor. Bo no sólo no puede hablar, sino que tiene que hacer grandes esfuerzos para no vomitar. Pero el miedo a la ofensa es más fuerte y lo obliga a mantener la compostura, sólo que no abre la boca para soltar ni medio sonido. El resto de los hombres repiten constantemente el gesto de llevarse las palmas de las manos a la cara, como si estuviesen bebiendo agua.

–Recuperan el alma que han perdido al correr –le explica uno de los cazadores de su clan, Koku'um–. Haz lo mismo –le pide, imitando el gesto–, recupera tu alma.

Y Bo camina de vuelta al asentamiento inhalando el aire que atrapa con sus manos.

* * *

Hay poco tiempo para hacerlo todo, sólo el que el sol y un cielo abierto les regalen. Hombres y mujeres por igual se reparten las tareas, desde preparar y sajar a los animales para repartir las carnes hasta limpiar los cuerpos de los cuatro cazadores fallecidos y adornarlos con atuendos, joyas y armas grabadas. Cerca, los más jóvenes excavan los nichos bajo las

órdenes de los chamanes, y algunos guerreros ancianos cuidan de los niños. Se prepara una gran hoguera, alrededor de la cual han de comer todos en paz.

En el suelo colocan unas pieles, además de algunas plantas, frutos y bayas. Antes de empezar el festín deben dar enterramiento a los muertos, y cantan y danzan para que sus almas encuentren el buen camino. Los chamanes van vestidos con el atuendo completo, unas pieles largas y rojas de las que cuelgan conchas, huesos y plumas, y se han pintado las caras con barro. Algunos de los cazadores se abren las prendas y se despejan el pecho, para también adornarlo con colores y collares; tienen permiso para ofrecer la carne a las mujeres de otros clanes y comerla con ellas. En torno a la hoguera principal, hay fogatas más pequeñas, donde quien quiera puede sentarse y comer o ir y venir como le plazca.

Mañana se separarán los clanes. No volverán a verse hasta la siguiente temporada de caza.

Los jefes se sientan todos juntos e intercambian opiniones. Pero, en cuanto la gran madre Ba'aba abre la boca para decir algo, todos atienden. Bo la mira y recuerda cuando era un niño y ella todavía lo recibía en sus brazos con cariño.

–¿Por qué tienen que separarse los clanes, mamá? –le preguntaba.

–No estés triste, mi niño. Muy pronto los volveremos a ver.

–Sí, pero... ¿por qué?

–Cuando llega el frío, la caza es más difícil. Se pasa hambre. Y con el hambre se enferma el alma de los hombres. Es mejor que estemos separados cuando eso pasa.

–¿Mi alma enfermará también?

–Dependerá de las voces que tengas cerca y de que tan bien sepas escuchar a los espíritus. Tendrás que decidir la clase de hombre que quieres ser.

Ahora Bo está sentado entre los más jóvenes, que saltan y gritan para demostrar su virilidad y llamar la atención de las mujeres, aunque pocas se dignan siquiera a mirarlos. Algo en su espíritu está triste, y por eso vuelve temprano a la cueva.

Varios miembros del clan ya descansan allí. Tres mujeres cuidan de Ja'anit; le dan de comer y le acarician los pies y los cabellos mientras ella arrulla a su bebé. Allí donde siempre se reúnen los hombres, sólo hay dos o tres, entre los que está Ka'ab; sentado contra la pared, juega con la hoja de un cuchillo entre los dedos, con el rostro tan serio como siempre. Mira a Bo un instante antes de volver los ojos hacia su pequeña arma.

Boká siente que no va a poder dormir, pero aun así se tumba sobre las pieles que usa como lecho. Por la chimenea entra una corriente de aire que parece decir su nombre y que agita las llamas, creando unas sombras que

esta vez no parecen hombrecillos bailando, sino los espíritus de los ciervos que han venido a correr por las paredes que los rodean, anunciando que están en paz. Mientras sus ojos se van cerrando poco a poco, puede verlos. Sus lomos curvos se alzan entre la niebla hacia la luz del sol.

LAS TIERRAS DEL SUR

«Aprendieron los cambios que llevaban aparejados las estaciones. [...] Es invierno cuando los machos son representados sin cornamenta, primavera cuando la hembra dispone de la suya para proteger a las crías recién nacidas. El bisonte aparece con el pelaje entero en invierno y con el pelaje de la muda en verano, mirando en cada caso en una dirección diferente».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

Todos se han marchado ya. El único clan que permanece en el lugar es el de Ba'aba, que todavía hace vida normal en su cueva. Se han retrasado unos días esperando para que Ja'anit se recupere tras el parto. Pero se sienten algo intranquilos por algo inesperado: el bebé no llora y apenas quiere comer.

Las mujeres, Marikaá, Loómeli y Ara'ani, siguen las instrucciones de Ba'aba: toman al niño por las axilas y lo levantan, lo ponen al sol y lo mojan con unas gotas de agua fría en las mejillas con el fin de sacarlo de su letargo.

Pero esa noche ha caído la primera gran nevada, y entre los hombres empieza a crecer la preocupación de que el clima les impida migrar. Al atardecer, reunidos alrededor de una fogata, los jefes cazadores, el chamán y la gran madre discutirán lo que van a hacer.

–Tenemos que movernos –dice Ka'ab–. Tenemos que irnos. Si nos quedamos aquí, no tendremos qué comer y moriremos.

–¿No podemos esperar un poco más? –pregunta Sirek–. Marchar ahora podría significar que la cría no sobreviva. Ja'anit parece estar ya bien, pero el bebé necesita más tiempo.

–Ja'anit está bien –dice Ba'aba–. Ha caminado bastante los últimos dos días y ha recuperado los ánimos y las fuerzas. La cría necesita más tiempo.

–Si le damos más tiempo, ninguno de nosotros lo tendrá –insiste Ka'ab–. La nieve se acumula demasiado en los pasos, y si hay tormenta no podremos avanzar ni retroceder. No sería la primera cría que pasa por esto.

–No lo pasará –responde Ba'aba–. No llegará viva.

–Tampoco sería la primera. Ya hemos perdido crías antes.

–No en este clan. Todos fuimos recién nacidos alguna vez. Todos hemos necesitado en algún momento del cuidado de los demás. No sería sabio negar el cuidado al indefenso cuando estamos en posición de darlo. El bebé se puede salvar.

–Tarik –interviene Sirek–, ¿tú qué piensas?

–Nadie desea que el pequeño muera –medita el cazador en voz alta–, pero en esta ocasión estoy de acuerdo con Ka'ab. Si se cierran los pasos por la nieve, el clan entero estaría en peligro. Haremos todo lo posible por cuidar a Ja'anit y a su hijo durante el camino. Pero tenemos que avanzar.

–Entonces partiremos mañana al alba –concluye Sirek, con un gesto de alivio al ver que los dos piensan como él.

–Ahora vosotros encabezáis este clan. No hay mucho que esta pobre anciana pueda hacer para desafiaros. Aun así, pronto descubriréis que algunas cosas no se pueden predecir y que es mejor afrontarlas con paciencia que con prisa. El primer ciervo que echa a correr suele estar entre los que mueren. Pero, si así lo habéis decidido, partiremos temprano.

–Haremos todo lo posible por salvarlo, madre –insiste Tarik–. Tienes mi promesa.

De inmediato se ponen manos a la obra. Deben recoger todo lo que puedan llevar con ellos, y todos los miembros del clan tienen que ayudar. Para la migración al sur, incluso los niños han de cargar algo. No obstante, están obligados a pensar sólo en lo indispensable, lo fundamental para abrigarse, montar el campamento al aire libre y defenderse de animales y posibles agresores. Llevarán un pequeño suministro de alimento: frutos, vegetales, algunos insectos muertos y un sobrante de carne de la gran caza. El camino será largo y arduo. Deben ser eficientes y viajar ligeros. Cuanto más pronto lleguen al sur, mejores probabilidades tendrán de pasar un buen invierno y sobrevivir.

Dos hombres se dedican a remendar y apretar las costuras de las vestimentas de todo el clan. En un rato han roto hasta seis agujas de hueso

alistando las ropas. Modifican los trajes de caza, agregándoles mangas y largas perneras. También crean capas gruesas y gorros para protegerse del frío, y bolsas y fundas donde transportar los bienes y las armas. Nada de la piel de los ciervos se desperdicia.

Entretanto, con un poco de tuétano del hueso de esos mismos animales, Sirek se dispone a fabricar una sustancia que, al quemarse, ilumina la cueva sin despedir nada de humo. Pasa la tarde en la habitación sagrada, dibujando y estudiando las pinturas, rezando a los espíritus porque tengan una buena travesía.

El clan entero duerme inquieto. No por miedo, sino todo lo contrario. El campo abierto los llama. Es una voz muy suave que apenas logran entender, pero que sus espíritus se niegan a olvidar. Aun recostados en las rocas, ya pueden sentir los huesos y músculos de sus piernas estirándose, sus ojos cerrados llenándose de luz al imaginar un horizonte que los atrae y los intriga.

Antes del amanecer están todos levantados y vestidos, y se agrupan en la boca de la cueva. No se han atado los largos cabellos, sino que los llevan sueltos sobre los hombros, sujetos con bandas alrededor de la cabeza. El avance será lento, pero constante. Han de estar atentos a las señales del viento y preparados para montar el campamento tan rápido como sea posible y en cualquier momento en que sea necesario. Caminarán en tres grupos; los hombres, por el exterior, rodearán a las mujeres y los niños. Aunque no estarán libres de los peligros del bosque, es difícil que, siendo tantos, los lobos o los leones se atrevan a atacarlos.

Han intercambiado a algunos hombres con otros clanes, pero el de Ba'aba sigue siendo muy abundante en mujeres y niños y muy escaso en varones adultos. Por eso la emigración es pausada y su capacidad para la defensa y la caza mayor, reducida. Son catorce guerreros, diecisiete mujeres, incluyendo a la gran madre, y trece pequeños, además del chamán.

El cielo se enciende rápido esa mañana. Una nieve profunda los recibe al salir de la caverna y les entierra los pies, y los más pequeños no pueden resistir la tentación de jugar con ella. Hay quietud en el ambiente. El viento no sopla, no hay demasiadas nubes, lo que puede interpretarse como una buena señal. Los dos grupos de siete cazadores se reúnen junto a sus jefes y se colocan alrededor del resto del clan. Es la primera vez que Bo está entre los protectores y no entre los protegidos. De fondo, se escuchan las palabras de madre Ba'aba, que reza otra vez.

–No sabéis cuánto os quiero –dice para finalizar.

Ja'anit lleva a su bebé pegado al pecho con una banda gruesa de piel.

–No lo sueltes –le susurra Ba'aba–. Mantenlo caliente.

–¡Andando! –grita Ka'ab para alentar a la tropa.

A partir de este instante el clan deberá mantenerse atento, no sólo a la amenaza que suponen las bestias, sino a la que suponen otros hombres. Los bosques y praderas que conducen hacia el sur están plagados de pequeñas comunidades salvajes, de las que es más complicado defenderse estando solos. La unión de los clanes crea una comunidad que los protege de estas gentes, aunque sean una sociedad que decae y se rompe rápidamente cuando la caza es poco abundante. En la unión está la fuerza cuando los estómagos están llenos y los corazones contentos; en tiempos difíciles, es mejor arreglárselas en familia. Si bien estos hostiles tienen pocas probabilidades de éxito si atacan a un clan bien formado, cuentan con una ventaja sobre los animales: no los temen. El hombre salvaje ve a Tarik o a Ka'ab como su igual, no por sus capacidades técnicas e intelectuales, sino porque se sabe tan humano como ellos.

Bo ha escuchado historias terribles sobre los salvajes, historias que lo hacen temblar por las noches. Sabe que disfrutan comiendo la carne de otros hombres y que muchas veces matan por matar. «¿Qué pasa con el espíritu de una persona que es devorada por otra? Si es posible recuperar el espíritu inhalando los perfumes del bosque, ¿debe serlo también devorando el alma de alguien más?», se pregunta en la oscuridad. Y entonces retiene la respiración y se abraza el pecho por miedo a quedarse sin alma.

Le han contado algunos encuentros con esos hombres. Ha oído historias de guerras contra invasores procedentes de tierras del norte, donde las bestias son demasiado grandes como para cazarlas. También sabe que muy pocos del clan han ido a la guerra. Fue así como Ka'ab se hizo esa cicatriz en la cara y como Tarik se convirtió en jefe cazador. La presa puede acabar contigo en la huida, y en la huida puedes morir cuando otro animal te caza a ti. Pero un hombre contra otro hombre, un enfrentamiento entre dos que saben arrancarse las lenguas y los ojos, es una idea que atormenta a Bo. Por eso marcha encomendándose a los veteranos guerreros, atento a los sonidos del bosque. Fuera de la cueva, el único techo que lo protege es la experiencia de sus mayores. La única forma de conservar su vida es obedeciéndolos.

Pronto la belleza y la inmensidad del mundo apaga sus miedos. Conoce el camino, aunque quizá sea ésta la primera vez que lo observa con atención. Los primeros dos días viajan entre los árboles. Después, el bosque termina y los deja desprotegidos en una estepa larguísima. Ahí el frío les colorea las mejillas y los obliga a cubrirse con gorros y capas. A lo lejos puede ver las montañas, y Bo se pregunta si también tendrán espíritu. Constantemente, por el suelo nevado identifican el rastro de manadas de animales que deben haber pasado por allí antes que ellos, hacia un lugar más cálido, pero en ningún momento se encuentran con

ninguna. A pesar de estar expuestos a los elementos y a los ojos de los depredadores, se sienten solos.

Conforme transcurren los días, Bo empieza a sentir los estragos de convertirse en un hombre. Cada amanecer, aún de madrugada, se levantan y deshacen el campamento, para luego caminar hasta que el sol comience a declinar de nuevo. Lo siguiente es encontrar un lugar propicio donde montar las tiendas, establecer un perímetro y excavar las fosas en las que un cazador pasará la noche de guardia. Comen sólo si queda algo después de que lo hagan las mujeres y los niños, y a la madrugada siguiente vuelven a empezar. Siente miedo, porque nadie le explica cómo hacer las cosas, aunque eso no lo libra de recibir regaños constantemente. Los jóvenes son los que menos importan; tener que enseñarles los convierte en una carga, y perderlos sería menos grave que si sucediera con los guerreros experimentados. Algún día, con suerte, logra dormir un poco. Está tan cansado y hambriento que se está volviendo loco, tanto que, si se encontrara con uno de los lobos que se escuchan aullar por la noche, no sabría distinguir si es real o sólo un producto de su imaginación.

Al fin la estepa termina, y se adentran en un bosque poco espeso y con pastos y hierbas altas. Bo suspira con alivio. Sabe que no tardarán demasiado en llegar.

Y allí consiguen que caiga una presa de buen tamaño. El joven jabalí dará sustento al clan durante un par de días. Por primera vez desde que partieron, Bo logra descansar una noche. Se siente tranquilo. El estómago lleno calma su espíritu y le da ánimos.

Pero pronto Sirek y madre Ba'aba se muestran inquietos por un inesperado giro en el clima. Hace un calor inusual para la época. La nieve se derrite, y durante todo un día se ven obligados a caminar bajo una lluvia cálida. Los hombres agradecen el cambio, pues el camino es más fácil así, sin advertir que aquello les impedirá prever con acierto el comportamiento de las bestias que habitan en la zona. Tampoco contemplan que el último obstáculo antes de llegar al lugar donde quieren establecerse se ha vuelto más peligroso. Ya lo oyen desde antes de abandonar el bosque poco frondoso que ahora atraviesan: el río se anuncia con un caudal muy crecido.

El panorama se vuelve rocoso; el camino desciende peligrosamente. No es buen lugar para pasar la noche. Las cuevas son demasiado pequeñas para las necesidades del clan, y en la pendiente es imposible montar las tiendas. Por un momento contemplan volver sobre sus pasos. Pero la tarde está cayendo y, aunque el río está protegido de los rayos del sol por altas laderas y la luz se disipa rápido, la decisión final de los jefes es no detenerse hasta haberlo cruzado.

Y algo más también ha cambiado. Durante todo el viaje hombres y

mujeres han tenido especial cuidado con Ja'anit y la cría, pese a la sensación general de que no sobreviviría. Pero, desde hace un par de días, llora más y come mejor. Hay esperanza. Llora con tanta fuerza a ratos, de hecho, que su madre tiene que cubrirle la boca para no alarmar a los depredadores.

En las orillas del río, las aguas se muestran blancas y espumosas, violentas y profundas, y el clan entero se paraliza por las dudas.

Ka'ab saca las cuerdas y, con ayuda de los hombres, las ata de los extremos.

–Estoy seguro de que nosotros podemos cruzar –sube la voz para que se le escuche, mientras comprueba que los nudos sean resistentes–. Incluso algunas de las mujeres podrían. Desde la otra orilla, podemos tirar de los demás.

–La cría quedará demasiado expuesta –refunfuña Tarik–. Los niños se mojarán y pasarán algo de frío, pero no creo que el bebé resista.

–Si tienes una idea mejor... Debemos actuar pronto.

Se toma unos instantes para observar el río.

–Amarrad la cuerda a mi cintura –ordena Tarik.

Le ha parecido que, por una parte, la corriente no es tan profunda. En cuanto atan la cuerda, mete los pies en el agua y comienza a caminar hacia la otra orilla con cuidado de no tropezar. Pronto el agua le llega al abdomen, y levanta los brazos en el aire, pero no se detiene. Durante un tramo largo, le cubre hasta la nariz. El clan respira aliviado cuando al fin consigue llegar al otro lado.

Tarik hace una señal para que tres de los hombres crucen a nado. Con algunas dificultades, lo logran, ayudados por la cuerda que entre Tarik y Ka'ab mantienen en tensión. Ahora son cuatro los que tiran de cada extremo. Entonces, los demás pasan las provisiones, y luego, agarrándose a la cuerda, comienzan a cruzar las mujeres y los niños. Tienen que sentar a Ba'aba sobre la tierra cuando alcanza la otra orilla para que recupere el aire. La desnudan y la cubren con hojas para que deje de temblar.

Al final sólo quedan por cruzar los cuatro hombres que tiran, Ja'anit y el bebé. Tarik vuelve junto a ellos valiéndose de la cuerda.

–Dame a la cría –le dice a Ja'anit–. Puedo cruzar levantándola en el aire, como lo he hecho antes. Lo has visto, puedo hacerlo, así, con los brazos arriba. Ahora debes ir tú. Yo te seguiré después con el bebé.

Ella obedece y no tarda en llegar a la orilla contraria.

–Mantened tensa la cuerda –pide Tarik a sus hombres antes de meterse en el río con la criatura en brazos–. No podré agarrarme, pero me apoyaré. Mantenedla tensa.

Avanza paso a paso, enterrando sus pies en las piedras del fondo para luchar contra la fuerza de la corriente. El bebé, incómodo, no se mueve,

pero lanza unos alaridos que llenan de angustia al clan. No tarda en llegar al punto donde tiene que levantar la cabeza para poder respirar y agitarla para quitarse el agua de la cara. Con los brazos en alto, rígidos como los pinos más altos del bosque, mantiene seco al bebé. La cuerda apenas le facilita las cosas. Pero, de repente, las rocas del río ceden bajo sus pies. Tarik tropieza y, al segundo siguiente, el agua los arrastra y desaparecen entre la espuma de la corriente. Los llantos de la cría se ahogan bajo las aguas.

Tarik utiliza todas sus fuerzas para llegar a nado a la orilla. En cuanto emergen, la criatura vuelve a quejarse, aunque sus lamentos se apagan rápidamente. Está helada. Le quitan el saquito que la protege, la envuelven con las pieles más secas que encuentran y se la entregan a su madre, que la acoge en su pecho. Los ojos se le cierran, exhausta, y los labios se le colorean de azul.

Mientras, los hombres ya corren camino arriba con las provisiones y los que faltan por cruzar lo hacen con prisas. Tendrán que encender un fuego, aunque eso los haga más vulnerables contra los depredadores.

Han repetido la acción tantas veces durante el viaje que pronto tienen a las mujeres, a los niños, a Ja'anit y al bebé calentándose junto a las llamas frente a la tienda principal. El humo que sale por la chimenea anuncia su ubicación. Aun temblando por el frío, los hombres establecen un perímetro con las lanzas y encienden más hogueras para calentarse y, a la vez, poner a secar las pieles. No duermen nada esa noche.

A la mañana siguiente, temprano, recolocan el campamento en un lugar más protegido. A pesar de estar tan cerca de sus tierras, han decidido descansar para recuperar las fuerzas y comprobar que todos están bien.

Dos días después, retoman el camino. Les resulta difícil saber cuántos días y noches pasan hasta que alcanzan su objetivo. Bo hace el recuento sin demasiado éxito. Sabe que han subido desde el río dejando atrás aquel paisaje de rocas grises; que volvieron a encontrar otro bosque de alto follaje, tan alto como un hombre, y pocos árboles, y que se han establecido allí donde Ba'aba dijo que debían hacerlo.

La migración ha terminado. Su nuevo hogar es una cueva poco profunda y con una apertura muy grande, que cierran construyendo una entrada con algunas de las pieles de las tiendas. No hay suficiente espacio para todos; los hombres se tendrán que turnar para dormir al exterior. Alrededor no hay demasiados árboles, el bosque es escaso, lo que les permite ver el movimiento de las hojas verdes en lo alto e intuir peligros y posibles presas a lo lejos. Es cuando ya están asentados que el invierno entra de lleno y trae las primeras grandes nevadas. «Seguramente», piensa Bo, «el hielo de las montañas ahora tarda más en derretirse y el caudal del

río debe ser menos violento».

Una mañana salen a inspeccionar la zona, identificar el rastro de los animales que habitan por ahí y establecer un perímetro. De vuelta a la cueva, Bo es el primero que la ve. Distingue su cabeza inclinada entre las hojas altas. Es Ja'anit, que llora de rodillas en medio del bosque. No requiere explicaciones; Bo lo entiende al instante. Han fallado. Su bebé ha muerto.

LOS OTROS

«Existen muchas posibilidades de que éstos [los neandertales] carecieran de la capacidad de fonación que distingue a nuestro género, y de que sus capacidades de pensamiento y conciencia fuesen proporcionalmente inmaduras».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

No nos parecemos. Al menos ése es el consenso entre los hombres que los han visto. Sus cuerpos son más pequeños, más gruesos, y tienen más pelo. Son de piernas cortas y fuertes. Usan pocas pieles, a pesar del frío. Aunque los cabellos y las barbas les crecen en los mismos sitios, sus rostros son bastante extraños, como si no tuvieran frente ni mentón. No hablan la misma lengua; en realidad, no parece que sean capaces de hablar. Sus armas son menos elaboradas y les gusta comer la carne cruda y con gusanos. Algunos dicen que son el cruce de un hombre con un animal. Los llaman «hombres bestia».

Cada temporada los visitan y hacen intercambios de paz. Mañana será el día del encuentro, y hay gran expectación entre los miembros del clan. Durante un par de noches no se ha hablado de otra cosa. Todos tienen una historia que contar; si no es porque la han vivido, porque alguien más se la ha explicado.

–Cuando mi madre era niña, había muchísimos –cuenta mamá Ba'aba a los más jóvenes a la luz del fuego–. Los clanes que viajaban al norte y al

mar también los veían. Esta zona estaba plagada de ellos. Igual que nosotros, algunos eran peligrosos y otros, no. Hacíamos la paz con los que querían paz, y la guerra con los que querían guerra. Nos tenían mucho miedo. Sus hombres no eran buenos matando, y muchas veces sus mujeres los ayudaban en la batalla. Empezamos a venir aquí cuando yo era muy pequeñita. Entonces la caza era más abundante que ahora. Es posible que nuestros amigos sean los últimos que queden en este bosque.

La historia que más fascina al grupo es la de Iktaá, que se perdió en el bosque cuando era un niño y el clan lo dio por muerto. Esos hombres bestia lo encontraron llorando en un agujero debajo de un árbol caído, y durante mucho tiempo lo alimentaron y lo cuidaron como si fuera uno más de su manada. Fue grande la sorpresa cuando, al año siguiente, el día del encuentro, lo volvieron a ver. Había pasado toda la temporada viviendo y viajando con ellos. Se vestía igual, se comportaba igual y lograba comunicarse con ellos, usando sus sonidos y sus signos. Aunque no lo trataron mal, no es algo que le traiga buenos recuerdos.

–Tuve mucho frío –explica–. Todo el tiempo tenía frío, y ellos no entendían por qué. No entendían lo que quería. Pasé muchas noches sin dormir. Muchas noches con malos sueños.

–Cuando te recuperamos –dice Ba'aba–, también estuviste muchos días así con nosotros. Te despertabas en mitad de la noche gritando. Estábamos muy preocupados. Tardamos bastante tiempo en calmar tu espíritu.

–Mucho lo he borrado de mi alma.

Es más bien como si sus recuerdos estuvieran envueltos por una nube de humo. Algunas noches logra verlos, pero y luego su mente se llena de niebla. Los recuerda y al tiempo los quiere olvidar. Es el miembro del clan que mejor los conoce y, por algún motivo que ignora, el que más los teme. Es el que más tarda en conciliar el sueño la noche previa al encuentro, al que no tiene más remedio que asistir, pues, a pesar de sus recuerdos borrosos, sirve de intérprete entre ambos grupos.

Todo se prepara con mucha cautela. A la reunión sólo acuden los hombres, que guardan una distancia considerable entre sí mientras Tarik, Ka'ab, Iktaá y Sirek hacen los intercambios. Este año, sin embargo, cuando llegan al lugar donde los cazadores han de detenerse y esperar, Tarik ordena a Bo que vaya con ellos.

–¡Es un niño! –exclama Jécom–. ¿Para qué lo necesitas? ¿En qué podría ayudar? Yo sería de mucha más ayuda.

–Ven con nosotros, Bo –repite Tarik–. Permaneced tranquilos –dice a los demás–, pero estad atentos.

–¡Ka'ab! –insiste Jécom, mirando a su jefe.

–Quédate aquí con el resto –le dice éste, como si la reunión no tuviera

para él la menor importancia.

Tras un paseo muy corto, ven a lo lejos a la pequeña tribu. Los cinco hombres se detienen y al momento, al ser avistados, todos abandonan sus labores. Un gran alboroto se genera al instante. Clavan las lanzas en el suelo y muestran las manos con las palmas hacia el cielo para indicar que han acudido en paz. «Es una mañana muy fría», piensa Bo, sorprendido cuando ve que el que parece su jefe y otros dos caminan hacia ellos descalzos y desnudos, con una sola prenda alrededor de la cintura. Los había imaginado como osos que caminaran a dos patas, aunque ahora que los tiene delante se fija en que son más parecidos a las personas que a los animales.

El jefe de la tribu sonríe. Es de corta estatura, con brazos muy poderosos. Su piel es oscura y lleva los cabellos grises amarrados en una coleta que se estira hacia las nubes y que está decorada con huesos de animal y pintada de rojo. Del collar que le pende del cuello parece que cuelgan garras de oso. Su rostro tranquilo muestra gran alegría cuando ve a Iktaá. Se dicen algo que parece un saludo.

–Nos saluda y nos da la bienvenida al bosque –traduce Iktaá.

–Lo saludamos también –dice Sirek–. Dile que queremos la paz.

–Ellos también quieren paz –responde Iktaá tras intercambiar con aquella criatura lo que a Bo le parecen gruñidos y no palabras.

Sirek se arrodilla, se descuelga el morral que lleva al hombro y lo pone en el suelo. Luego pide a los cazadores que hagan lo mismo con los suyos. De allí sacan pieles, collares, conchas, caracoles, frutos y otros bienes.

–Todo esto ofrecemos para honrar el pacto –dice el chamán.

El jefe dice algo a sus hombres, que se marchan corriendo para volver enseguida con dos trozos enormes de carne envueltos en hojas. Todavía sangran, lo que indica que el animal ha muerto hace poco.

–Esto nos dan ellos –dice Iktaá–. Al parecer les ha costado mucho conseguirla.

De vez en cuando, se calla para entender mejor lo que dice el jefe.

–Armas. Quiere saber si les podemos dar armas.

–Armas, no –contesta Ka'ab, tajante.

–Dice que este año la caza es muy mala. Dice que hay más como nosotros en el bosque. Más hombres. Dice que ahuyentan a los animales.

–Imposible –dice Sirek–. Siempre somos los únicos aquí.

–¿Los han visto? –pregunta Ka'ab–. ¿Cuántos eran?

–Es un grupo pequeño –traduce Iktaá–. Viajan... ¿con los lobos? Con los lobos. Dice que viajan con los lobos.

–Con los lobos. ¿Eso qué significa? –pregunta Tarik.

–No lo sé –contesta Iktaá–. No lo sé. Sólo dice que viajan con los lobos. Por eso quieren las armas. Dice que su tribu teme a esos hombres.

–Armas, no –insiste Ka'ab.

–Es posible que se vayan a otras tierras. Repite que la caza es mala, que no hay animales. Ofrece esta carne y dice que lo que les damos le parece bien.

–Espera –exclama Tarik antes de que esas criaturas se lleven los objetos que han puesto en el suelo–. Sirek, ¿tienes la pintura que te pedí? Dámela. Toma –dice, dándosela a Bo y tomando una de las pieles que les han regalado–, dibuja algo aquí.

–¿Algo? –contesta él, confundido.

–Lo que quieras. Un animal. Lo que tú quieras.

–Eso es un sacrilegio –dice Sirek–. No lo hagas, muchacho, o nos arrepentiremos todos.

–Anda –insiste Tarik–. Hazlo. Dibuja.

Los tres seres de la tribu no entienden lo que sucede. Cuando Boká se pone de rodillas para dibujar, lo observan con atención. El chico utiliza los dedos. Es poca la pintura que el chamán llevaba en una bolsita de piel, pero suficiente para que pueda dibujar un ciervo macho. El jefe mira, como si no creyera lo que ven sus ojos, el animal que nace poco a poco en el tejido. Con mucha cautela, estira la mano y la pone sobre el hombro de Bo, como para comprobar si el chico es real o solamente un espíritu. No tiene forma de expresar lo que siente. Al momento, ordena a sus hombres que vayan por otro pedazo de carne, uno con grasa abundante. Luego toma la piel con el dibujo y hace un gesto con la cabeza y los labios para dar las gracias una vez más. Eso da por concluida la reunión.

–Lo que has hecho hoy aquí es un presagio terrible –dice Sirek a Tarik mientras caminan para reunirse con los demás.

–Podéis estar seguros de que tendremos paz –contesta el cazador–. Además, ahora sabemos que ven las cosas como las vemos nosotros. Cuando vemos un ciervo, ellos ven un ciervo, lo que quiere decir que nos podemos entender.

–Qué mal te he enseñado... –dice el chamán a Bo–. Nunca pintamos delante de nadie. Nunca. Te lo he dicho muchas veces.

–¿Qué hay de lo que dicen sobre los otros hombres? –pregunta Ka'ab–. Esos que caminan con los lobos. ¿Debemos tomarlos en serio?

–El jefe no miente –dice Iktaá–. Puede que no sean hombres, pero han visto algo.

–La gran madre siempre ha dicho que somos los únicos por aquí. En toda su vida sólo hemos sido nosotros y ellos –concluye Sirek–. Ha pasado más de cuarenta inviernos aquí. No tendría por qué ser diferente ahora.

–Ven como nosotros. Tendremos que estar atentos –dice Tarik, y sus palabras no tranquilizan a Ka'ab–. Los espíritus cambian y el bosque,

también.

* * *

La carne conseguida en el intercambio les proporciona un buen alimento durante varios días. Pero es difícil racionar la comida con tantos estómagos hambrientos y se acaba rápido. Pronto vuelven a sufrir las consecuencias de la escasez. Todos los días, uno de los grupos sale en largas caminatas de caza poco fructíferas. Las bayas, los frutos y los vegetales que recolectan no sirven para saciar sus ansias. El hambre quiebra los espíritus y altera las mentes. Las horas de sol transcurren con cansancio, y, cuando llega la noche, no consiguen dormir. A veces, incluso los grupos de cazadores desconfían el uno del otro e intercambian a algunos de sus hombres para asegurarse de que no se coman a las posibles presas antes de regresar a la cueva. Pero la realidad es que los animales han abandonado la zona.

Por las noches, los hombres también se turnan para hacer guardias. Los que saldrán al día siguiente descansan. Un cazador agotado sirve de muy poco en una persecución. Ninguno de ellos aceptará que no le quedan fuerzas para luchar, pero ésa es la verdad, eso es lo que sienten.

Tarik y sus compañeros irán de cacería mañana, pero han cambiado a Bo de lugar, por lo que le toca vigilar. Es la primera vez que está bajo las órdenes de Ka'ab. Éste lo conduce a su puesto en el interior del bosque, lejos de la cueva. No le explica nada, nada le dice de qué ha de hacer si se encuentra con alguna amenaza, pero aun así espera que haga bien su trabajo. «Qué tan difícil puede ser», piensa él, «mantenerse despierto y esperar». Sabe que el dolor abdominal de los últimos días le impedirá dormir. Su agujero está en la base de un árbol, rodeado de arbustos altos. Desde ahí puede ver otras dos posiciones de guardia. Se siente con fuerzas cuando empieza a oscurecer.

Sobresaltado, pega un brinco. Se había quedado dormido y ha tenido una pesadilla que no logra recordar. ¿Cuánto tiempo ha pasado? La suave luz de la luna se cuela entre las nubes y las hojas de los árboles. Los otros también parecen dormidos; puede oírlos roncar en aquella oscuridad rota por el canto de los grillos. Pero es que el bosque está plagado de insectos. Se sacude las hormigas que le han subido por el cuello y se cubre la cabeza con su capa de piel para calentarse las orejas. «¿Qué es eso? Hay algo ahí...», se dice. Lo ha visto moverse, apoyado contra uno de los árboles. Parece la silueta de un hombre. La vuelve a ver cuando la nube que cubre la luna se ve empujada por el viento.

«¡Se mueve! ¡Viene hacia aquí! ¿Es de los nuestros? ¿Será un espíritu? ¿Será Ka'ab?», exclama para sí, paralizado por el miedo. Sus manos se

aferran a la lanza como si sintiera que va a caer de espaldas en un agujero sin fondo. Está mareado. Siente como golpes dentro del pecho y le cuesta respirar. «¡Me ha visto!».

Un grito. Un grito desesperado de dolor surge de uno de los otros agujeros. El hombre que avanzaba hacia Bo echa a correr y se esconde. «¡Un lobo!», exclama alguien. Un lobo se ha abalanzado sobre uno de los jóvenes que estaba de guardia. Bo puede oír sus rugidos rabiosos, sus patas rascando la tierra húmeda, la batalla, los alaridos de dolor. Rápidamente, los hombres del clan acuden al lugar. Atacan a la bestia, que ya arrastra al muchacho hacia el interior del bosque, y consiguen herirla. Pero hay otro. ¡Y otro más! Deben de ser seis o siete. El caos se apodera de unas armas que vuelan angustiadas y torpes en cualquier dirección.

Algo cae encima de Bo. La bestia hunde los dientes en el cuello del muchacho y le clava sus poderosas pezuñas en el pecho, desgarrándole la piel. Bo lo aleja como puede de sí con el arma, pero el lobo logra morderlo en el hombro. Grita, asustado, con los ojos cubiertos de tierra y saliva. Luchan por el suelo, y los violentos gruñidos hacen que sus oídos se contraigan y le duelan. Hasta que la criatura suelta un lamento agudo y profundo. Tres hombres le han clavado sus lanzas en el lomo y la acuchillan una y otra vez. A fin la bestia deja de moverse.

–¡Estoy herido! –aúlla Bo, sintiendo sus manos empapadas de sangre–. Ayuda... Estoy herido.

Nu'uk, uno de los hombres de Tarik, lo toma en brazos y lo inspecciona.

–Tranquilo –le dice–. Tranquilo. No es tu sangre. No es tu sangre. Estás bien.

Los animales ya se han marchado.

Aquel al que los lobos habían atacado primero gime y grita aterrorizado. Su boca se abre enorme hacia el cielo y su cuerpo se contrae. Sus alaridos ahogan todos los sonidos del bosque. Lo han mordido en el abdomen, y sus intestinos se esparcen por el suelo. Se retuerce y grita aún más alto, y su dolor llena de miedo el pecho de los cazadores, hasta que Ka'ab se echa sobre él y le cubre la boca con la mano.

–Cállate –dice con furia al oído del moribundo–. Cállate y absorbe el dolor.

Él obedece. Las lágrimas caen por sus mejillas. En silencio, da sus últimas bocanadas de aire.

Bo permanece aturdido en los brazos de Nu'uk, imaginando un destino similar.

–¿Qué ha pasado? –oye de repente que pregunta Ka'ab con el rostro airado.

–Había un hombre –dice Bo con los ojos cerrados, ahogando las

lágrimas–. Lo he visto. Salió de los árboles.

–¡Se ha quedado dormido! –señala un joven–. Tenía que haber estado vigilando y se ha quedado dormido.

Bo sabe que quien lo delata es uno de los que estaban roncando, pero prefiere no decir nada y asumir la culpa.

–¿Qué ha pasado? –pregunta a su vez Tarik cuando aparece corriendo desde el interior del bosque–. Hay dos lobos muertos.

–Lobos –contesta Ka'ab–. Eso es lo que ha pasado. Tu muchacho se ha quedado dormido, y uno de los jóvenes está muerto. Parece que ha tenido pesadillas sobre hombres que caminan con lobos. Por eso no los llevamos a las reuniones. No controlan sus miedos. Tienes sangre en las manos –espeta a Tarik, al tiempo que le da su lanza. Al instante, se marcha, molesto.

–¿Qué se siente cuando mueres? –pregunta Bo a Nu'uk, arrastrando sus palabras.

–Tranquilo. No te vas a morir –le contesta el otro, que ríe con suavidad–. Ahora vas a pasar dos días en la cueva, con las mujeres. Te van a cuidar y a limpiar. Vas a comer un poco de ese lobo. Verás que pronto estarás bien.

–No lo mimes –le dice el otro joven–. Se ha quedado dormido. Todo esto es culpa suya.

–Cállate –ordena Nu'uk–. Ve a hacer algo de utilidad.

–Lo siento –susurra Bo–. Ha sido mi culpa. Lo siento.

–Te advertí que era un sacrilegio. –Sirek, que se acerca a ellos, gruñe a Tarik.

–Espero que no tengas mucha hambre, porque gracias al sacrilegio vas a poder comer –le contesta el cazador.

–Lo siento –susurra Bo otra vez–. Lo siento.

Y se queda inconsciente.

LA CAVERNA SECRETA

«Las personas procuran aumentar al máximo su tasa de éxito reproductor, no porque las impulse un anhelo irresistible de progenie numerosa, sino porque bajo ciertas circunstancias contar con una descendencia numerosa permite acceder a más sexo, ocio, comida, riqueza, aliados, apoyo en la vejez u otros beneficios que aumentan la calidad de vida».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

Han pasado tres días desde el ataque de los lobos. Las heridas de Bo tienen mejor aspecto; es hora de que regrese al trabajo. Cuando sale de la cueva, siente las energías renovadas, se siente mejor que en mucho tiempo. Halla a sus compañeros cubiertos de tierra, ocupados en mejorar los puestos de guardia. Lo reciben con una sonrisa.

–¡Qué tenemos aquí! –exclama Koku'um, dándole un abrazo–. Déjame ver ese hombro. No está mal, no está mal. Han hecho un buen trabajo. Y también en los arañazos del pecho. ¡Tu primera marca de guerra! –ríe.

Es la primera vez que Bo lo observa con detenimiento. Le faltan dos dientes. Tiene la cara fina y alargada. Lleva los cabellos largos y revueltos atados con una cuerda de piel muy fina alrededor de la cabeza y se ha pintado varios mechones de la barba de color rojo.

–¿Cómo estás? –le pregunta Nu'uk dándole unas palmadas en la espalda. Más joven, con la barba rala y los cabellos sujetos de forma

similar al estilo de Tarik, es de mejillas abundantes y nariz generosa.

Los dos hablan como si haberse enfrentado al peligro y no morir le hubiera dado un prestigio que no tenía antes, a pesar de no haber hecho gran cosa. Bo siente que ese lobo y él estarán conectados para siempre.

–Estoy bien –contesta–. Quería darte las gracias... por... ya sabes.

–Nada que agradecer –contesta Nu'uk–. Me alegra que estés bien.

Los demás también están ahí. Gracias a los dos lobos muertos, han tenido alimento y han podido descansar unos días.

–Ya estás de vuelta –lo saluda Jécom.

–Eso parece –dice un Bo envalentonado.

–Lo que tenías de hombre te lo han vuelto a quitar las mujeres –se ríe Agtó.

–Tengo un trabajo para vosotros –los corta Jécom, mirando a Bo, a Nu'uk y a Koku'um–. Ahora que tenéis al dormilón con fuerzas renovadas, seguro que no os cuesta nada.

Y se encamina hacia el lugar en el que los hombres de guardia han estado defecando. Es más sencillo para el clan ocultar sus olores si utilizan todos un mismo agujero cerca de la cueva y después lo camuflan removiendo la tierra y cubriéndolo con diferentes hojas, que esparcir los desechos por todo el bosque.

–Se supone que lo debe limpiar quien después tiene guardia –dice Koku'um–. Hoy os toca a vosotros.

–Tenemos otras tareas antes de que llegue la noche –contesta Jécom–. No está muy contento Ka'ab. Si quieres puedes hablarlo con él. Es orden suya.

No es una tarea sencilla. Su olfato es bueno, pero, tras un rato limpiando excrementos y orines, se acostumbran al olor y se ven incapaces de identificar si lo han eliminado todo. Después de remover la tierra, tienen que caminar al bosque para limpiarse la cara y olvidar el aroma. No puede quedar el menor rastro.

–Odio esto –dice Nu'uk, golpeando la tierra con una lanza vieja–. No sé por qué tenemos que obedecer a Jécom.

–Le limpiaría el culo a Ka'ab con la lengua si pudiera –dice Koku'um–. Si te acercas al árbol más grande, te toca la mejor sombra.

–En la sombra sólo viven las peores alimañas –insiste Nu'uk.

–Pero no sienten calor y salvan su vida. He oído que sabes dibujar... –dice a Bo, cambiando de conversación–. ¿Por qué estás aquí? ¿No deberías ser chamán? Ya sabes, ir rezando por ahí con ellos y esas cosas.

–Me ofrecí –contesta el chico.

–Nadie se ofrecería para hacer esto –interrumpe Nu'uk.

–Hay pocos cazadores. Me iban a cambiar por uno con otro clan, y no quería. Además, esto es más importante, creo. Después de pasar tanto

tiempo con Sirek, me gustó más ser como Tarik. Él me convenció, supongo.

–Ah, Tarik... Cuidado con él, ¿me oyes? –dice Koku'um–. Le gusta pensar en cómo deberían ser las cosas, y no verlas como en realidad son. Quiere lo mejor de todos. Tiene una voz fuerte, firme. Pero no todos podemos ser como él, ni tener su voz, ni las cosas pueden ser siempre como él quisiera. Seguimos órdenes, ¿entiendes? Aunque no nos gusten y nos duelan. Y descansamos sólo en pequeños momentos de placer. Es lo único que nos queda. Momentos. Creo que estás listo para acompañarnos esta noche. –Mira entonces a Nu'uk y sonríe cómplice.

–Creo que sí –responde Nu'uk, devolviéndole la sonrisa.

–¿Qué ocurre esta noche? –pregunta Bo.

–Uno de esos momentos. Ya lo verás.

Cuando cae la oscuridad, el grupo de Ka'ab ya está de guardia en los agujeros. La nieve ha humedecido la tierra. Es una noche tranquila, y algo en el aire les dice que no habrá amenazas. Los compañeros de Tarik se escabullen en la oscuridad. Bo sigue durante un largo paseo a Nu'uk y a Koku'um hacia la parte del bosque que queda detrás de la cueva. A lo lejos puede ver una luz y oler el humo. Es la entrada de una caverna, pequeña y enterrada. En el interior se encuentra con los hombres y con algunas de las mujeres: Ara'ani, Marikaá y Loómeli. Han decorado las paredes con pieles viejas, desechadas hace mucho por el clan, y con amuletos, rocas extrañas, conchas y huesos de animal. El suelo está cubierto con flores secas. En el otro extremo de la cueva hay otra entrada más angosta que utilizan de chimenea. Allí dentro hace calor.

Hay también algunos jóvenes, que bailan y ríen. Uno de ellos toca una melodía en un tronco hueco con agujeros, a pesar de que la música está prohibida fuera de ceremonias y celebraciones. La mayoría están recostados en el suelo en actitud relajada y sonríen con jovialidad. Bo se encuentra con la mirada de Tarik, al fondo, que lo saluda con una mueca alegre. El muchacho mira a su alrededor con asombro; nunca había visto al clan relacionarse así.

–¿Qué hace Bo aquí? –pregunta una mujer, y Bo vuelve la vista hacia ella.

Se ha atado con un hilo adornado con conchas los cabellos en un moño alto y va vestida con una piel de ciervo que le cubre de hombros a rodillas, dejándole los brazos al descubierto. Juega con los pies descalzos con los pétalos crujientes. Su piel morena brilla junto a la luz del fuego.

–¿Bo? –contesta Koku'um–. No, éste no es Bo, Ara'ani. Bo murió en el bosque. Él es Boká, el que pelea con los lobos. Tiene heridas que lo demuestran.

–Ven conmigo. –Ara'ani tira de él–. Si vas a estar aquí, tienes que ver lo

que vemos nosotros.

Lo conduce junto a la hoguera, mientras Bo comienza a percibir un olor extraño en la cueva que parece emanar del fuego. La mujer coje una piel vieja y después toma unas hierbas, que comienza a machacar apretándolas entre las manos.

–Fuiste estudiante de Sirek. Te enseñó a observar y a pintar; te enseñó a escuchar a los espíritus; te enseñó a inhalar el humo..., pero estoy segura de que no te enseñó a hacerlo así. Yo vi a la gran madre una vez. Y nunca lo he olvidado.

Ara'ani echa en ese momento las hierbas al fuego y, tomando al muchacho de la nuca, lo obliga a agacharse sobre el humo, cubriéndole la cabeza con la manta de piel. Bo se retuerce para poder respirar.

–Resiste –dice ella–. Respira normal. Respira.

Pero él no puede respirar normal. Se ahoga. Aunque... de pronto... está... tranquilo. De pronto, se siente bien. Ara'ani nota enseguida que el chico se está relajando. Entonces quita la manta y deja que se levante, pese a que lo sigue sosteniendo de la nuca para que no se caiga hacia atrás. De todas formas, y sin saber muy bien cómo, Bo termina sentado en el suelo. A su alrededor, los demás ríen.

Todo va más lento. O más rápido. «¿Cuánto tiempo ha pasado?», se dice.

–¿Cómo te sientes? –le pregunta Koku'um, sentándose junto a él.

–Bien –responde Bo, atontado, mirándose las manos–. Ya no me duele el hombro.

–Con sentirse bien es suficiente. –El cazador sonríe y le da una palmada en la pierna.

El sonido de la música se distorsiona. Es la música lo único que impide que el tiempo se escape. Bo tuerce el gesto, estremecido, por un instante. No quiere dejar de respirar; es la primera vez que tiene miedo de olvidar cómo hacerlo. Piensa que su espíritu se le escapa del cuerpo. Puede verse a sí mismo. No. Aprieta los puños para mantenerlos unidos, cuerpo y alma. Los rugidos del lobo...; escucha los rugidos del lobo, y sus oídos se contraen. Luego siente un roce cálido.

–Tranquilo –le dice Tarik, que también se ha sentado junto a él–. Hoy no hay peligro alguno.

Le toma las manos y le estira los dedos.

–Déjalo ir –dice–. Deja que tu espíritu vuele.

Bo se recuesta hacia atrás. Todavía siente la mano de Ara'ani en su cuello para evitar que se golpee la cabeza contra el suelo. Puede verse a sí mismo desde el techo de la cueva. Está ahí, acostado sobre las flores, y tiene a sus hermanos y hermanas alrededor de su cuerpo blando.

De repente, se yergue de un salto.

De rodillas, inspecciona la hoguera y el suelo. Luego mira a Ara'ani y le mete un dedo en la boca. Oye las risas de los hombres. Cuando está húmedo, lo mete bajo las brasas, poco a poco, con cuidado de no quemarse. Luego empieza a sacudir el dedo manchado sobre una de las pieles, a dar pequeños golpecitos para que caiga algo de ceniza. Se chupa un dedo de la otra mano y acaricia la arena rojiza del suelo. Y, con ese mismo dedo, comienza a pintar. Lentamente, la ceniza y la arena se empiezan a combinar, y lo que al principio parece una mancha se va convirtiendo en el lomo de un jabalí, en el morro, en las patas.

–Los dioses hablan a través de ti –le dice uno de los que lo observan.

* * *

–¿Dónde están los demás? –pregunta el joven Lokar. Agtó, recostado en el suelo junto a él, observa el bosque desde el puesto de guardia que les ha tocado–. Sé dónde están. Te diré dónde están. Puedo oler lo que están haciendo. Puedo oír la música desde aquí. Es mal augurio. Nos van a meter en un problema.

–Nos las podemos arreglar sin ellos –dice Agtó–. No los necesitamos. ¿Mejor por qué no te callas?

–¿Por qué la tomas conmigo? Son ellos el problema. ¿Quién puede pensar en divertirse después de lo que pasó el otro día? Se creen especiales. Uno de ellos dice que no le gusta matar, ¿sabes? No sé cómo vamos a comer, si no le gusta matar.

–Que te calles. ¿Y tú qué has matado, en cualquier caso?

–Nada grande todavía. Ahora no pienso tanto en matar... Una hembra es lo que querría. Una hembra ahora mismo me vendría muy bien.

–Chico, la única forma que tienes de conseguir una hembra es por lástima. Y ni siquiera así. Mejor guarda silencio y presta atención al bosque.

–Es el chamán –exclama Lokar poco después, al ver que Sirek recorre los agujeros–. ¿Alguna vez has inhalado ese humo? Con los chamanes, quiero decir. Se supone que ves a los espíritus y al animal que se parece a ti. Dicen que nuestro espíritu estuvo en otros lados antes de estar en nuestros cuerpos.

–Qué va... –susurra Agtó con total desinterés por el tema–. Prefiero no ver a los espíritus. Es una distracción. Moriré cuando tenga que morir, y ya está. Es lo que dice el jefe, y tiene razón.

–Buenas noches –les dice Sirek cuando pasa junto a su agujero–. ¿Dónde está Ka'ab? ¿Lo sabéis?

Los hombres señalan más allá, hacia el puesto más adentrado en el bosque.

Ahí están Ka'ab y Jécom, y pronto Sirek entra en el agujero y se recuesta junto a ellos.

–¿Cómo va la noche? –dice.

–Fatal. Viendo quién se duerme primero –contesta Jécom–, aunque a eso nadie gana al jefe. Este hombre podría pasar seis noches sin cerrar los ojos.

–Bien, bien. Quería hablar contigo, Ka'ab. Parece que los hombres se insubordinan. La pintura del otro día con los hombres bestia... Luego el ataque de los lobos. Y mira lo que están haciendo ahora. Alguien debería detenerlos.

–Tienes miedo a que te roben tu trabajo, ¿eh? –se burla Jécom.

Ka'ab sonríe, pero la broma no hace gracia al chamán.

–No hay animales en el bosque. ¿Te parece un accidente?

–Hay temporadas buenas y temporadas malas –responde finalmente el jefe cazador–. Siguen sus órdenes, hacen su trabajo. Mientras el clan funcione, a mí poco me interesa lo que hagan con su tiempo de descanso. Este año hay lobos, y por eso no hay animales. No hay que darle más vueltas. Los mismos lobos deben tener hambre y no tardarán en largarse. Entonces, los animales volverán.

–De acuerdo. Es sólo que... No quiero que subestimemos el poder de los espíritus.

Ka'ab guarda silencio. Ni siquiera lo mira.

–Bueno, os dejo con vuestra labor –concluye el chamán con la esperanza de recibir alguna respuesta. Pero, como ésta no llega, se marcha al poco.

–Casi me da lástima –dice Jécom viendo cómo vuelve a la cueva–. Será el jefe del clan cuando muera la gran madre. Me pregunto cómo viviremos bajo su mando.

El jefe cazador gruñe con ironía. Levanta la ceja que está marcada por la cicatriz de su cara.

–Sí, sí –dice Jécom–. Lo mismo pienso yo.

* * *

En la caverna secreta, hombres y mujeres hablan y bailan con los espíritus mientras comen hongos silvestres. Bo ha olvidado ya de qué se ríe. Los cuerpos semidesnudos forman una masa indistinguible que se quiebra y se retuerce cuando sus almas vuelan. Animales, voces, hombres del pasado, la sonrisa de la gran madre; los interiores del joven muerto esparcidos por el suelo. Miedo y amor a la vez.

Quién sabe cuánto ha avanzado la noche. Quién sabe si acaso ha pasado ya más de un día.

–Quiero darte algo –le dice Tarik a Bo, que, al verlo frente a él, se da cuenta de que está sentado.

De la banda de piel que le rodea la cintura desengancha el cuerno de ciervo que carga como si fuera un cuchillo y se lo pone en las manos al muchacho. Su textura es suave y su punta, bien afilada. Las líneas blancas que lo recorren de arriba abajo hacen que parezca de madera, aunque es más duro, más fuerte. Su sola forma es violencia.

–Recuerdo cuando yo también empecé a ser un hombre. Lo has hecho bien, Bo. Te lo regalo para que te dé valor. Deja que te hable. Úsalo sólo cuando sea el momento correcto.

Tras observar por un instante con asombro su nueva posesión, el muchacho toma la mano de su jefe y la estira sobre la pared. Busca entonces la pintura que ha conseguido preparar con arena de la cueva, algo de savia y sus propios orines; se unta los dedos, y con ella embadurna la mano de Tarik, untándola también entre sus dedos. Cuando la retira del muro, su silueta ha quedado marcada en la roca. Bo toma un puñado de tierra y la sopla sobre el dibujo.

–Ahora serás parte de esta cueva para siempre.

Los dos se quedan en silencio contemplando aquella mano que parece estirarse hacia ellos desde la piedra.

–Sirek se enfadaría mucho –rompe a reír el muchacho.

Ara'ani, que ha estado observándolo todo, se acerca al muchacho y, agarrándolo del brazo, lo levanta del suelo.

–Ven conmigo –le dice, y con un gesto le señala una cama de pieles en el otro extremo de la cueva.

–No sé... –dice Bo cuando se recuestan–. No sé qué hacer. No sé cómo...

–Tranquilo –murmura ella–. No te preocupes. Escucha a los espíritus. Deja que el tuyo encuentre al mío.

La música y sus cuerpos se pierden lentamente en la noche. Por un rato, Bo se siente feliz.

* * *

Son sólo momentos, como le había advertido Koku'um. Y no debe haber demasiados, pues el cuerpo se debilita y el espíritu se corrompe. A un momento bueno sigue otro malo. Lo ha disfrutado, pero Bo no puede evitar pensar en las enseñanzas de Sirek y de preguntarse si pagarán por lo que han hecho. Un sentimiento extraño en el pecho lo obliga a pedir perdón a los espíritus. A lo mejor los ha visto cuando no debía. O quizá, al llamarlos, les ha quitado descanso y los ha invitado a vagar por el bosque espantando a los animales.

Ese sentir lo hostiga más conforme pasan los días y los hombres del clan se ven incapaces de encontrar una presa que no sea alguna criatura pequeña, que sólo sirve para dar algo que llevarse a la boca a las mujeres y los niños.

Las caminatas son largas. Caen fuertes nevadas. Hace frío y calor. Y de ningún modo parece que los animales vayan a volver. El bosque está maldito. El hambre empieza a hacer mella en el ánimo. Comienzan pronto a nacer disputas entre los hombres, cada vez más difíciles de controlar. Hasta el chamán comienza a salir de caza; rezar no ha servido de nada.

Las fuerzas no les alcanzan para poder verlos en la oscuridad de la noche, pero durante el día identifican el rastro de los lobos que han estado merodeando cerca de la cueva.

–No hay animales, salvo estos espíritus que no nos dejan en paz –gruñe uno de los hombres.

–Si no hay animales, somos la única presa posible –contesta Ka'ab, que se ha arrodillado para estudiar el pelo y las huellas que han dejado en el suelo–. Podrían atreverse a atacar de día.

Por eso deciden que los dos grupos de cazadores se unan. A partir de ahora serán uno solo. Uno de los jefes, el chamán y dos o tres hombres se quedarán cerca de la cueva para protegerla y, mientras, los demás saldrán a buscar comida.

Aquella mañana es tranquila. A las órdenes de Ka'ab, Bo está recorriendo el bosque. Hay poca nieve en el suelo, y el sol golpea con suavidad. La niebla desaparece con el calor y, con una visibilidad tan buena, es fácil distinguir a las presas, aunque también es fácil para éstas percatarse de su presencia antes de que logren acercarse. Avanzan entre los árboles con cautela, pero también sienten la esperanza en sus pechos. El hambre fortalece sus piernas.

De repente, Ka'ab ordena que se detengan.

–¡Ahí! –casi bisbisea, bajito.

En el claro hay un bisonte solo, y parece herido. Algo lo ha separado de su manada. No hay árboles ni plantas altas. Se calienta con los rayos del sol. Pueden oler la sangre desde donde están; tiene mal una de las patas traseras. Los espíritus al fin los han perdonado, pues en caso contrario no hubieran hallado a ese animal en medio del bosque, listo para alimentar al clan.

Pero no, listo no está. Eso ve Bo en la cara de Ka'ab: ha llegado el momento de cazar, y no podemos fallar. Gesticulando con las manos, el jefe ordena a sus hombres que cerquen al animal. La tranquilidad del aire los obliga a moverse despacio, pero deben pisar firme y no temblar. Bo habla a sus piernas como si estuvieran llenas de espíritus. Ahora no puede

cometer ningún error.

Es un regalo, no hay duda. El bisonte está rodeado y parece que no sospecha nada. O quizá sabe lo que va a pasar y no le importa. Vuela la primera lanza. Se le clava en el lomo, y la bestia suelta un berrido tremendo que rompe la quietud del bosque al tiempo que pega un salto veloz. Luego, herida como está, da tres o cuatro pasos con torpeza. Vuelan más lanzas. Bo conserva la suya por miedo a fallar.

El animal no tiene ganas de lucha. El grupo se cierra sobre él sin que apenas haga intento alguno de huida. Y pronto las azagayas le perforan el cuello, el abdomen y las patas. Cuando cae de costado, los árboles más cercanos tiemblan.

Ha sido una caza fácil. Los ojos de algunos se humedecen al pensar en que van a poder comer otra vez. Todos sonríen aliviados. Según el ritual, uno de los hombres se adelanta para dar buen camino al espíritu del animal antes de que comiencen a despedazarlo para poder cargarlo hasta la cueva. Es grande y pesa lo mismo que diez hombres, de modo que descartan las peores partes y le arrancan la carne de los huesos. Transportarlo no será una tarea sencilla. Pero el hambre se ha terminado para lo que resta del invierno, y esa sola idea es suficiente para que encuentren las fuerzas necesarias para echarse los pedazos a la espalda.

La nieve cruje bajo los pasos de unos hombres cargados que, resollando y sudando por el esfuerzo, necesitan detenerse a menudo para recuperar energías. Es en uno de esos descansos cuando Lokar escucha lo que parece el canto de una mujer. Los otros jóvenes también lo escuchan.

Desde donde están, el camino de árboles desciende por una pendiente rocosa hasta un arroyo de corriente suave y cristalina. Ahí, una joven y un niño beben agua. Pero, cuando se acercan, se dan cuenta de que no son personas. Pertenecen a la tribu de los hombres bestia. Ella va desnuda de cintura para arriba y se humedece el pelo mientras murmura algo; la cría juega mojándose los pies. Han dejado sobre una roca las liebres que han cazado esa mañana.

En cuanto escucha sus pasos, ella se levanta, asustada, y resguarda al niño detrás de su espalda. Sin mirarla, Lokar toma uno de los animales muertos, lo huele y se lo empieza a comer crudo. Al momento, sus compañeros lo imitan. La mujer adelanta el brazo para intentar coger la única liebre que han dejado para que no sufra el mismo destino.

–Eh, eh, eh... No, no, no –dice uno, adelantándose a la mujer y levantando al animalillo en el aire.

Ella hace el ademán de arrebatárselo, pero él se lo lanza a otro joven. Y empiezan a fastidiarla pasándoselo entre ellos.

–¿Qué pasa aquí? –se oye la voz de Agtó, que se acerca por detrás hacia ellos. El grupo ha oído el alboroto y ahora los observa desde lo alto

de la pendiente.

–Esta criatura ha tenido una buena caza hoy –se burla Lokar, lanzándole la liebre.

–¿Y quién os dijo que podíais coméroslo? Tenemos prohibido quitarles la caza.

Mientras, la mujer ha tomado un cuchillo de piedra del suelo y, con miedo, ahora se lanza sobre la liebre a la vez que le hace un corte a Agtó en el brazo.

–¡Estúpida! –exclama éste al ver su sangre. Golpea entonces a la mujer con el dorso de la mano con la fuerza suficiente para hacerla caer–. Quería ayudarte, ¿no lo entiendes?

Se acerca al momento para levantarla, pero ella patalea para alejarlo. Él responde pateándola también.

–Es una tonta –dice al fin–. Comeos las liebres si queréis. Haced lo que os dé la gana.

–Eres una tonta, ¿entiendes? –repite Lokar, propinándole una patada él también.

Algo se ha apoderado de ellos. «O al revés», piensa Bo; «tal vez sus espíritus los han abandonado y ahora se comportan como cuerpos llenos de pura rabia y violencia».

–¿Quieres comer? –pregunta uno a la joven, para después agarrarla de los cabellos y restregarle la sangre del animal en la cara.

–Apuesto a que es así como se los comen. Como animales. Apuesto a que comen como animales y viven como animales.

Agtó se ríe mientras los demás la golpean y la insultan. Bo mira a los cazadores del grupo de Tarik, todos tan inexpertos como él; luego, indignado, vuelve la vista hacia Ka'ab, antes de decidir ser él mismo quien baje a poner orden.

–Ni siquiera te lo plantees –le dice el jefe, asiéndolo con fuerza de la ropa–. Si vas, causarás un problema entre los nuestros. Ha sido una temporada muy dura. Déjalos que calmen su ira.

Miles de respuestas cruzan por la cabeza de Bo, que no encuentra el valor para abrir la boca. No tiene más agallas que quedarse ahí de pie, observando cómo los hombres la insultan y la golpean, y luego le abren las piernas con violencia y entran en su cuerpo a la fuerza. El niño que va con ella parece tan horrorizado que no es capaz ni de llorar. Los gritos de la mujer se han transformado en un llanto ahogado por el dolor.

–¿Habéis terminado ya? –pregunta Ka'ab al cabo de un rato–. Vámonos.

Ni siquiera la miran. La dejan en el suelo, llorando y abrazada a sus piernas. La nieve que la rodea se ha manchado con su sangre. En cuanto los ve partir, el niño comienza a sollozar.

El camino de vuelta a la cueva está envuelto en silencio. Sólo cuando ya están muy cerca, el jefe lanza una advertencia a los tres hombres del grupo de Tarik:

–Que no se os olvide lo que sois, con quién está vuestra lealtad. El clan debe funcionar, sobrevivir. Mientras eso sea así, todo lo demás no importa. Recordad: quien alza la voz contra un hermano, le está deseando la muerte, está buscando la guerra. Olvidad todo lo sucedido y comed en paz.

Los reciben con gran júbilo. Llevan comida suficiente para sobrevivir el resto del invierno y reemprender el camino hacia el norte, a la reunión de los clanes. Sus penurias han terminado. Pero algo anda mal. Tarik puede verlo en los rostros de sus hombres. Es una gran presa, deberían estar orgullosos y, aun así, no sonríen, no cuentan la historia, no conservan ninguno de los huesos como amuleto.

–¿Ha ido todo bien? –pregunta a Bo cuando acomoda su cuerpo en el suelo de la cueva para dormir.

El muchacho asiente con un sonido ligero.

–¿Ha pasado algo? ¿Ha habido algún problema?

–Todo ha ido bien –responde Bo, girándose y dándole la espalda–. Déjame dormir.

El fuego se consume el resto de la noche.

* * *

–Tú también la has visto, ¿verdad, jefe? –pregunta Jécom a Ka'ab mientras comen en el otro extremo de la cueva–. La herida en la pierna del bisonte. Los lobos no provocan esas heridas.

–La he visto. Ha sido un arma. Y no ha sido una de las nuestras.

–¿Crees que fueron los de la tribu de esa mujer? ¿Por qué herir al animal, perseguirlo hasta la extenuación y dejarlo vivo para nosotros? Es extraño.

–No lo sé. Tal vez sí haya alguien más en el bosque...

* * *

Tarik camina hacia el exterior de la cueva para ocupar su puesto de guardia. Intercambia una mirada furiosa con Ka'ab antes de salir. Se miran un instante a los ojos y se dicen mil cosas, pero sin cruzar una sola palabra.

LA LEY DE LOS CLANES

«Indiscutiblemente, las potencialidades congénitas para la agresividad deben formar parte de la naturaleza humana para que pueda existir cualquier grado de sexismo o de actividad bélica, pero la selección cultural tiene el poder de activar o desactivar esas potencialidades en bruto y las encauza hacia expresiones culturales específicas».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

Es tarea del chamán determinar cuándo está listo el clan para partir. Analiza el estado anímico y físico de todos, habla con el viento, observa las nevadas y reza a los espíritus. En esta ocasión, la decisión es sencilla, pues el calor mantiene los pasos despejados, el bosque ha permanecido inusualmente vacío y los estómagos están llenos.

–Si lo consideras correcto –habla a la gran madre delante de todos–, creo que es el momento de volver al norte.

No son los únicos que tienen la misma idea. Cuando llegan a la enorme estepa que han de atravesar otra vez, el horizonte está habitado por largas manadas de ciervos, bisontes y caballos; los pastos se han vuelto verdes, y el cielo brilla con un azul claro en el que las nubes viajan tranquilas. En ese paraje glorioso, los niños y los hombres juegan, las mujeres ríen y se descubren los pechos, y el clan pasa las noches al aire libre bajo las estrellas. El territorio que ha hecho de Bo un hombre fuerte en cuerpo y espíritu ahora lo cobija en su suelo suave.

Por el camino, nacen dos crías y se conciben varias más. Todos los días

hay una presa nueva.

Llegan al bosque animados, felices de volver a la cueva que la mayoría de ellos considera su único hogar. Los otros clanes ya están ahí. Se saludan desde la distancia, imitando el ruido de las aves, un sonido diferente de pájaro para cada clan. Y luego los hombres se acercan con cautela, con las manos en el aire en señal de amistad. Sus olores cuentan historias sobre tierras lejanas y presas difíciles. Pero nadie recuerda ya todo eso.

Ahora, sin embargo, comienzan el duro trabajo de limpiar y preparar la cueva para poder habitarla. Lo primero es deshacerse del hielo que se ha acumulado a causa de los riachuelos que, desde afuera, se han congelado. Raspan con las herramientas para luego sacarlo con las manos, que se entumecen y duelen. Después hay que librarse de los olores; son muchos, y van identificando una a una a todas esas criaturas que han visitado la caverna mientras estaba vacía y que han dejado excrementos y pelo. Lo último es cubrirla con pieles y calentarla con hogueras. Es una labor en la que ayudan todos. Al fin, cuando cae la noche, descansan cómodamente en el suelo.

Las mujeres sin crías y los hombres tienen permiso para vagar libremente por la zona y relacionarse con los miembros de los otros clanes. Algunas de esas primeras noches calurosas, los que se resguardan en la cueva son poco más de media docena, además de los niños y sus madres. Bo duerme a veces junto a hogueras exteriores con los cazadores de otras familias. Allí cuentan historias hasta largas horas, hablan sobre ciervos, lobos, bisontes, alces y mamuts, se muestran heridas y cicatrices e intercambian objetos y pieles. Dos muchachas hablan sobre la enorme criatura que vieron en el mar.

Pronto empiezan los preparativos. La gran reunión de los clanes se celebrará en un par de días. Los chamanes pasan las tardes mezclando pintura para decorar los cuerpos de los hombres y compiten entre ellos por conseguir los colores más brillantes. Los cazadores traen todas las presas que pueden y las colocan en una pila común; nadie marca a su víctima, lo que es de uno es de todos. Las mujeres recolectan frutos y flores; las más viejas se sientan en la orilla del río y lavan de pies a cabeza a quien lo solicite, los perfuman y les limpian los dientes, les cortan los cabellos y las barbas. Nadie se siente solo.

La noche del banquete es la única en toda la temporada que comen bajo las estrellas, aunque haya oscurecido totalmente. Es una demostración de fuerza frente a los espíritus: los clanes unidos no temen a las bestias de la oscuridad. Ese día se permite cantar, saltar, gritar y bailar alrededor de las llamas. La luz del fuego ilumina el pecho de los grandes guerreros, que con el torso desnudo y pintado parecen gigantes. Es un

ritual solemne al que dan sonido también risas y juegos. Y todos celebran y desahogan sus almas hasta quedar exhaustos.

Es en la madrugada cuando al fin se sientan tranquilos alrededor de la gran hoguera y comienzan a hablar. Utilizan una pequeña roca esculpida con la figura de un ave para darse el turno de palabra.

–Los espíritus nos llevaron a tierras del norte esta vez –explica el hombre que sostiene la figura, de barba larga y gris y rostro cansado–. Las bestias grandes habían migrado a tierras todavía más frías. La caza fue rica en venados y jabalíes, y los leones y las hienas nos dejaron vivir en paz. Había alimento para todos. Volveremos el próximo invierno y no nos importaría que con nosotros viniera otro clan.

–Nosotros también fuimos al norte –habla el que toma la roca después, un chamán joven y de cabellos cortos–. Fuimos más lejos que vosotros, y la temporada fue demasiado fría. No fue buena para las crías; perdimos a tres. Encontramos a más gente viviendo allí. Hicimos la paz con ellos, como dicta la ley de los clanes, pero surgió un problema: uno de los cazadores, Aniik, entró en disputa con uno de ellos y provocó la guerra. Fue desterrado, con la advertencia de que si vuelve lo pagará con la muerte. Pero no logramos recuperar la paz.

Bo había oído de otros que habían sido desterrados. Cuando era un niño, se había aplicado ese castigo a un anciano por robar comida de otros clanes. No se le expulsó, pero nadie lo volvió a mirar, como si su cuerpo vagara sin alma. Poco tiempo después desapareció. Seguramente moriría de hambre en el bosque.

–¿Cómo eran esos hombres del norte? –pregunta uno.

–Un grupo más pequeño que el nuestro, aunque bien alimentado y sano. He de advertiros de algo, pues han amenazado con venir a estas tierras. Durante las temporadas cálidas, sus animales viajan demasiado al norte, más lejos de donde ellos pueden seguir; durante las frías, llegan hasta aquí y migran al sur. Su caza ha empeorado. Les dijimos que queríamos la paz, pero que no eran bienvenidos.

–¿Venceríamos en una guerra con ellos?

–Venceríamos. Tienen hombres fuertes, pero no para ganar a los clanes unidos. Están acostumbrados a cazar en campo abierto. Son rápidos, pero no saben luchar o vivir entre los árboles.

El comentario genera un gran alboroto. Durante un rato, nadie toma el turno de palabra.

–En el sur la caza fue mala también. –Todos callan cuando la gran madre Ba'aba toma la figura del ave–. Hacía frío unos días y calor otros. El bosque parecía confundido. Hicimos la paz con los hombres bestia, que dijeron haber visto a más como nosotros por allí. Pero no vimos nada más que lobos. Mi clan ha de considerar si volverá o no. Como sabéis,

tenemos pocos hombres y demasiadas crías, lo que también dificulta la caza y la migración. He hablado con algunas de nuestras mujeres jóvenes, y estarían dispuestas a unirse a otro clan a cambio de un hombre. Son bienvenidos a unirse los que quieran. Nuestros brazos están abiertos. Perdimos una cría en el camino.

Mira las llamas en silencio un momento, apretando la figurilla del pájaro con las dos manos.

–El mundo está cambiando –continúa–. Los hombres, también. Los espíritus no saben qué hacer con nosotros. Tan pronto nos ayudan como nos castigan con muchos días de hambre. A veces, el sol nos trata mejor que el interior de la cueva; y a veces el frío no nos deja salir. La jerarquía del guerrero cambia, pues cuando su cuchillo no es útil se necesita de su compasión, pero, cuando el hambre aprieta, su cuchillo es lo que dicta la ley. Se vuelve difícil hablar con sus almas.

–El mar nos trata bien, gran madre. –Otra mujer pide el ave de piedra para intervenir–. El pescado no llena el estómago igual que la carne, pero ayuda. Pasamos la temporada sin cazar un solo animal, y aun así nuestras almas vivieron tranquilas. Pescar requiere de más paciencia y, aunque los grandes animales que viven en el agua son imposibles de atrapar por ser ellos mejores nadadores que nosotros, los peces no se acaban nunca. Siempre hay algo que comer. Además, en la pesca algunas mujeres son mejores que los hombres. El clima es bueno también, y el territorio es muy grande. No nos importaría compartirlo con tu clan.

Mamá Ba'aba luce agotada. Sus cejas caen pesadamente sobre sus ojos, y parece como si le costara levantar los hombros. Bo nunca la había visto así. Hay algo en su forma de estar, una especie de tristeza, o quizá sólo que sonríe menos. Atrapada por sus pensamientos, cuando habla, sus ojos no se levantan del suelo. Y, cuando le hablan, parece no escuchar.

El gran banquete termina y todos regresan a sus cuevas. No se vuelven a ver durante varios días. Los lazos se han fortalecido, y en el bosque se respira una paz que da descanso a mujeres y hombres por igual. Cuando las temperaturas comienzan a bajar, los cazadores unen fuerzas otra vez. Éste es su bosque. Conocen a las manadas que lo habitan y lo atraviesan en sus migraciones. Cada animal tiene su gran caza, cada uno de ellos es dibujado por los chamanes en los muros de las cavernas cuando llega su turno. Jabalíes, caballos, bisontes, mamuts. La última es siempre la gran caza del ciervo.

Esta vez, Bo sabe qué esperar de la jornada. Sin embargo, hay algo que distrae al clan: la salud de la gran madre ha empeorado. Al menos eso dice Sirek, porque los demás no acaban de comprenderlo. A Ba'aba no se la ve débil; tampoco ha dejado de comer. No parece enferma. Es su comportamiento lo que se torna cada vez más extraño. A veces no

reconoce a quienes tiene a su alrededor y tiene problemas para recordar las cosas. Un par de días se extravió en el bosque, e incluso en una ocasión abandonó la cueva en mitad de la noche sin mirar ni hablar con nadie, como si estuviera poseída por otro espíritu; la encontraron unos pasos más allá, con la mirada extraviada hacia un horizonte imaginario y jugando con una ramita entre los dedos. A pesar de todo, tiene momentos de gran lucidez; habla con todo detalle de cuando los hombres del clan eran niños, recuerda todos los ritos y da órdenes claras. La mañana de la gran caza del ciervo despide a los cazadores como siempre lo ha hecho. Son momentos repentinos en los que su alma se apaga.

Ka'ab da las instrucciones antes de partir.

–Tus hombres por el flanco sur –dice a Tarik.

Tras estas palabras, Koku'um susurra algo a Bo que éste no olvidará nunca:

–Ka'ab siempre escoge para él y sus hombres el flanco norte. Nunca ha cazado en el otro lado de la trampa de los ciervos.

Todo ocurre más deprisa que la temporada anterior. Bo ahora ya sabe dónde se encuentra ese callejón tan peligroso, y lo evita para llegar sin problemas hasta lo alto de la zanja. Y esta vez sí arroja su lanza. Le es imposible asegurarlo, pero está convencido de que ha sido él quien ha matado a ese ciervo. Ha herido con acierto a uno de esos grandes animales mientras corría desesperadamente.

–Lo he visto –le dice Nu'uk–. Le has dado justo en el cuello. Bien hecho. Y con mucha fuerza también.

En su interior, Bo siente paz. Ahora que sabe qué hacer, camina de vuelta al bosque recuperando su espíritu, y por un momento la gran caza del ciervo se parece a un día cualquiera. «Tengo menos miedo», piensa. Tal vez eso signifique que se está convirtiendo en un hombre.

* * *

De nuevo son el último clan en emigrar. Las primeras nevadas han advertido a los jefes del clan de los peligros a los que se enfrentarán si las dudas los siguen retrasando. Pero siguen sin llegar a un acuerdo. En sus cada vez más escasos momentos de lucidez, mamá Ba'aba insiste en que deben volver al sur.

Solo en el lugar sagrado de la cueva, Sirek observa las pinturas que ha hecho los últimos años, y también las de sus antepasados. Le dan algunas pistas. Cuenta el número de animales dibujados en temporadas de calor y frío, algo que sabe gracias al tamaño de la cornamenta y lo tupido de sus pieles; también se fija en cuántos, por su orientación, han ido emigrando al norte o al sur. Todo en el rito indica que la gran madre tiene razón. Pero

aun así algo mantiene su espíritu inquieto.

* * *

–Lo mejor es que busquemos otro lugar –dice más tarde Ka'ab–. Es nuestra oportunidad; aprovechemos que hemos sido invitados por los otros. Ese bosque ya no es buen lugar, no está sano.

–Siempre ha habido temporadas difíciles. Desde que yo era una niña, nuestro clan nunca ha dejado de ir ahí. Una mala temporada dice muy poco sobre la siguiente. Normalmente, a tiempos de hambre siguen otros de gran abundancia.

–Gran madre, esta vez eso parece difícil de asegurar –interviene Tarik–. Ahora hace más frío, y quizá eso sea buena señal, pero en cualquier caso nunca habíamos visto el bosque así. Los clanes que cambian de zona han contentado a los espíritus y han vivido mejor.

–¿Qué dicen los espíritus? –pregunta Ba'aba a Sirek.

–Hablan muchas voces a la vez –contesta el chamán–. Aun así, es cierto que la mayoría de las señales apuntan hacia el sur. Somos parte del mundo, tanto como los animales, y ellos viajan todo el tiempo. Nosotros podríamos hacer lo mismo. Si el bosque no mejora, podríamos volver o buscar un nuevo lugar.

–Podríamos volver –repite Ba'aba.

Los dos jefes se miran con complicidad. Son ellos y sus hombres los que mueven al clan durante las migraciones, los que cargan y cavan las zanjas de guardia, los que cazan, los que levantan y quitan el campamento. Saben lo que significa todo eso en pleno invierno, los riesgos que conllevan. Y saben también que es difícil hacerlo con un grupo con tantos niños y tan pocos hombres. Pero entonces la gran madre dice algo que Tarik no puede ignorar:

–Todos los inviernos de mi vida los he pasado allí. Me gustaría estar ahí el último también...

La votación termina tres a uno.

* * *

–La gran madre no está bien –dice Ka'ab a Tarik cuando están a solas–. Sabes que no está bien. Podría estar loca. El chamán corre hacia donde sopla el viento. Eso siempre ha sido así. Si el bosque sigue igual, será el fin del clan.

–No será el fin si mantenemos la calma –le contesta Tarik. Lo observa un momento en silencio y luego concluye–: Podría ser su último invierno.

¿Quiénes somos nosotros para negarle su última voluntad?

Por la mañana, están preparados para emprender su viaje. Pero el entusiasmo es escaso. Es una ocasión perfecta para que mamá Ba'aba haga eso que se le da tan bien, reunirlos y hacer que se tomen de las manos y recen juntos hasta encontrar el impulso que anhelan sus almas. Bo almacena vívidamente algunos recuerdos de justo antes de partir, momentos en que se abrazaban y se acariciaban las caras para darse fuerzas, en que la sensación de que todos en el clan eran hermanos. Pero esta vez, ahora que muchos tiemblan de frío, la gran madre sale la última y, lánguida, se coloca en medio del grupo en completo silencio.

Y el clan entero guarda silencio.

–¿Nos vamos? –pregunta Tarik al darse cuenta de que Ba'aba no va a hablar.

Sirek abre la boca para llenar el vacío, y Ka'ab da la orden:

–Andando.

Atormentados por el pésimo augurio, con unas piernas desganadas y flojas, comienzan el avance una vez más por el tranquilo bosque hacia las tierras del sur.

En la estepa, la capa de nieve es inusualmente alta. Llevan dos días de viaje, y las mujeres y los niños no pueden más. Los dos jefes se miran, cómplices. Éste no es lugar para una estancia larga, pero deciden acampar un par de noches para que sus gentes descansen. Y, entretanto, diseñan una nueva estrategia de avance. Formarán cuatro filas. Al frente de cada una se colocarán dos hombres fuertes, que irán rompiendo la nieve y abriendo camino. Detrás de ellos irán las mujeres, e inmediatamente después, los niños. El resto de los cazadores escoltará al grupo por la retaguardia y los flancos. Es una maniobra con riesgos, sobre todo para los más pequeños, pero por el momento les parece la única forma de avanzar.

Todo se complica más cuando se suceden unas grandes tormentas, que los golpean en los rostros y les quitan toda visibilidad. Además, marchan con el viento en contra. La intensidad de las nevadas los cubre de hielo, entumeciendo sus cuerpos y nublándoles el juicio.

El temblor de su cuerpo y la desesperación de su espíritu hacen que Bo recuerde una y otra vez al lobo que lo atacó; por instantes, siente lo mismo que entonces, y está seguro de que va a morir. El cansancio ni siquiera le permite tener hambre, y no quiere dormir porque teme no despertar. A veces parece despertar de su ensueño; se da cuenta de que sigue avanzando pese a que la nieve le azota el rostro, cegándolo y dejándolo sordo. Su alma ha aprendido a dormir mientras su cuerpo lucha.

–Me pregunto si los espíritus todavía te hablan sobre la posibilidad de

volver –oye una vez que le grita Ka'ab a Sirek.

Las palabras se pierden en la tormenta.

La tempestad continúa durante al menos quince días. Por las noches, al levantar el campamento, cuentan a los niños; es imposible asegurarse de que están todos bien mientras están en el camino. Decirlo en voz alta es mal augurio, pero todos saben que sólo se salvarán los más fuertes. Los hombres no duermen dentro de las tiendas, se entierran en la nieve y se amontonan para darse calor. En esas circunstancias, el fuego reblandece el cuerpo y la nieve de las pieles se convierte en agua, agua que el frío de la caminata convierte en hielo.

Cuando se acercan a la zona rocosa entre las montañas, aquella que desciende hacia el río, el clima al fin cambia y el clan respira aliviado. Ahora podrán descansar, murmuran para sí, asombrados al ver que todos lo han logrado, incluso la gran madre. A pesar de quedar expuestos a la intemperie, no tienen más remedio que acampar varios días para recuperarse. Los cazadores no son muy hábiles con el arco y la flecha; su especialidad son las lanzas, pero, sin embargo, se las ingenian para matar a un caballo solitario de un flechazo. Vagaba perdido, pero era fuerte y rápido, y solamente gracias a un tiro certero desde la distancia podían matarlo.

El reposo y la comida les ayudan a dar un último esfuerzo. En una misma jornada cruzan el río, que a causa de las bajas temperaturas es apenas un arroyo, atraviesan la primera zona de bosque y llegan a la cueva.

Ésta es mucho más pequeña, por lo que tardan poco en limpiarla y acondicionarla. Pero no dejan de percatarse de un detalle: sin duda, alguien más ha estado allí.

UN INTERCAMBIO INUSUAL

«Los varones, como todos los grupos dominantes,
tratan de promover una imagen de sus subordinados
que contribuye a preservar el *statu quo*.
Durante miles de años, los varones han visto a las mujeres
no como éstas podían ser, sino exclusivamente como ellos
querían que fueran».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

El bosque permanece tal como lo recordaban. No hay nada que comer, y las largas caminatas ni siquiera les aportan una liebre o un ave.

Sólo tres días después, la inquietud se ha apoderado del clan. No pueden volver hacia la estepa, no tras las horribles tormentas que acaban de sufrir. Hacia el sur, las tierras son desconocidas; ninguno de ellos las ha visto, y algunas mujeres temen llegar al final del mundo o encontrarse con bestias terribles. Ni la madre Ba'aba ni Sirek parecen capaces de solventar el problema.

Y los nervios se acervan más si cabe ante la conciencia de que la cueva ha sido habitada durante su ausencia. No saben demasiado, sólo que no han sido animales. Conocen el aroma de cada bestia que vive en el bosque, el olor y sabor de sus heces, la textura del pelo que sueltan, las marcas que dejan en el suelo. Identifican el rastro de osos y lobos, como los que encuentran cada invierno al regresar. Esta vez, sin embargo, han pasado por ahí criaturas de dos patas, criaturas que no han soltado pelo y que han dejado un hedor similar al de los hombres sucios. Muchos apaciguan sus

miedos diciendo que han sido «los otros» y que no hay de que preocuparse, que han estado ahí por simple curiosidad. Por suerte, ha llegado el momento de hacer el intercambio de cada temporada. Todo se aclarará y, además, les darán carne a cambio de pieles y collares.

Esta vez no hay historias. No tienen fuerzas para hablar. Bo recuerda las palabras de los chamanes cuando era un niño: un clan que no cuenta historias alrededor del fuego es un clan enfermo. Ahora, a su alrededor, las llamas crepitan, su sonido y sus luces rebotan en las paredes de la cueva, pero nadie dice una sola palabra.

–Mañana comeremos. –Es lo único que al fin se oye susurrar a Ara'ani antes de que se queden dormidos–. Mañana comeremos.

Los cazadores conocen muy bien el camino. Es un paseo largo y plácido por el bosque, entre el arroyo y los pequeños riscos que mantienen toda la zona en sombra. Caminan atentos y con cautela para no perturbar el silencio; podría aparecer una presa en cualquier momento. Se detienen cuando están cerca de la aldea. Como siempre, la mayoría ha de hacer guardia escondidos en la maleza alta, mientras los jefes, Iktaá y el chamán acuden a la reunión.

–Vienes con nosotros –recuerda Tarik a Bo.

–Vaya, así que va a ser costumbre –se queja Jécom–. ¡Cuántos privilegios para alguien tan joven!

–Guarda silencio –le ordena Ka'ab–. Cállate. Por una vez, cállate y haz guardia con el resto.

–De acuerdo. De acuerdo, jefe –contesta sorprendido, y al momento agacha la cabeza, coloca una rodilla en tierra y acuesta la lanza junto a sus pies.

Erguidos, pero con una calma amistosa, los cinco se acercan hasta los límites de la aldea. Dejan que los vean y clavan las lanzas en el suelo para demostrar su disposición pacífica. Pero ocurre algo extraño. Incluso Bo es capaz de notarlo, a pesar de que sólo es su segunda vez en el grupo. Todos excepto su jefe y otros dos hombres se hallan resguardados en sus pequeñas tiendas rudimentarias y en una caverna al fondo. Han dejado a medias todas sus labores para desaparecer de la vista. Tampoco son los mismos dos escoltas que la vez pasada; los de ahora, aunque son de baja estatura como todos ellos, son más robustos, y los músculos se les marcan con agresividad en los hombros. El jefe, que con anterioridad había parecido un individuo sonriente, ahora muestra un semblante serio. Su gran coleta de cabellos grises adornada con huesos sigue siendo tan impresionante como temible.

–Diles que queremos paz –se apresura a decir Sirek cuando están a unos pasos.

Ka'ab mira al chamán con reprobación.

Iktaá y el jefe intercambian gruñidos y gestos que son claramente menos amistosos que la vez anterior.

–Dice que también quieren paz. Lo dice y lo repite. Quieren paz. Quieren paz.

–El bosque está enfermo. –Sirek pide a Iktaá que traduzca–. Pregúntale si han visto manadas o animales solitarios por aquí.

–Nada –traduce Iktaá–. No hay nada.

–No nos lo dirían de todas formas –espeta Ka'ab, a quien la presencia de los nuevos escoltas del jefe lo han vuelto hostil–. Lo poco que hayan visto no lo van a compartir con nosotros.

El chamán se arrodilla, y de su bolsa comienza a sacar objetos. Anima a los cazadores a hacer lo mismo.

–Esta vez ha de ser más. Más. Más –dice Iktaá.

–Debe darnos algo a cambio –dice Sirek–. Que mande traer carne, como siempre.

–No. Esta vez no hay carne. Dice que no habrá carne.

–Si no hay carne, no les daremos nada –dice Ka'ab.

–Espera. Espera –dice Tarik–. ¿Por qué está tan inquieto? ¿Qué es lo que le molesta?

Iktaá está tan confundido como los demás. En cuanto traduce las preguntas, el jefe hace una indicación a sus hombres con un par de gruñidos, y éstos echan rápidamente a correr. Tarik no aparta la mirada de ellos, esperanzado de que vuelvan con carne. Por el contrario, reaparecen ayudando a caminar a una de sus mujeres. Muestra al aire los pechos inflamados y el vientre gordo propio de un embarazo avanzado parece relucir en un tono más claro que el resto de su piel. Al llegar frente a los cinco hombres, la sujetan con firmeza. Ella no levanta la cabeza; se mira los pies con vergüenza.

–¿Y esto qué significa? –pregunta Sirek–. ¿Quién es esta mujer?

–Esto es obra vuestra –traduce Iktaá–. Es obra vuestra.

–¿Qué es obra nuestra? –pregunta de nuevo el chamán.

–Se refiere al embarazo –dice Iktaá–. Creo que eso es evidente.

Un gesto de horror se apodera del rostro de Sirek.

–En el bosque. Ella cazaba en el bosque, y los hombres la atacaron. Dice que vuestros hombres la atacaron y le hicieron esto.

–Miente –responde Ka'ab.

–El jefe no miente –contesta inmediatamente Iktaá.

–No estoy hablando contigo. Dile que miente, que yo digo que miente. ¡Díselo!

A regañadientes, traduce, y de inmediato el jefe tensa la quijada y suelta un gruñido.

–Ya te he dicho que el jefe no miente... –murmura Iktaá con miedo–.

Lo que has dicho es una gran ofensa.

–Y yo te he dicho que no estoy hablando contigo.

–¿Quién es la chica? –pregunta Tarik.

–Es su hija. Su hija más querida.

–¿Y cómo sabe que es obra de nuestros hombres? –continúa preguntando Tarik–. La temporada pasada nos contó que había más hombres como nosotros. ¿Cómo sabe que hemos sido nosotros y no ellos?

–Pregúntale si han ido a nuestra cueva –añade Ka'ab, cada vez más enfadado–. Pregúntale si han metido sus asquerosas patas en nuestra casa.

–La hija del jefe no miente, porque el jefe no miente –traduce Iktaá–. El jefe no enseña a mentir.

–Han sido ellos, ¿verdad? Han sido ellos los que han entrado en nuestra cueva. Son ellos también los que asustan a los animales. Asustan hasta a su propia madre con lo feos que son.

–No han sido ellos. No han sido ellos –dice Iktaá–. No les interesa nuestra cueva.

–Miente –insiste Ka'ab–. Miente él y miente su hija.

Iktaá da un paso hacia atrás cuando percibe que los tres hombres bestia empiezan a tensar los músculos y a encorvar ligeramente la postura. El jefe entiende esta última acusación sin necesidad de que se lo traduzcan.

–La hija del jefe no miente –dice Iktaá.

–Si eso es verdad –dice Ka'ab–, que nos lo diga a la cara. Que señale a los culpables. –Lanza un grito de guerra para invocar a sus cazadores.

Al escucharlo, los hombres bestia dan dos pasos hacia atrás y asumen una postura agresiva, como la de un lobo a punto de saltar sobre su presa. Asustado, Bo tensa los músculos y mueve los dedos de la mano, como para recordar dónde lleva el arma. Se prepara para tomarla en cualquier momento.

Y todo ocurre en un instante.

–¡Esperad! ¡Esperad! –grita Tarik de repente, alzando las manos para pedir paz. Muestra una palma a sus hombres y otra al jefe–. ¿Qué es lo que quiere? –le pregunta a Iktaá–. ¿Qué pretende que hagamos con su hija?

El traductor se adelanta unos pasos. Inspira con fuerza y trata de relajar el cuerpo para transmitir tranquilidad. Los hombres bestia, a diez pasos, siguen empuñando las armas, a la espera de órdenes.

–Que nos la llevemos –traduce al fin–. Que esto es culpa nuestra y que por tanto ahora debemos asumir la responsabilidad. Dice que no puede tener una cría nuestra en su manada. Que eso acabaría con ellos. Insiste en que ella y la cría son responsabilidad nuestra. Y además quiere un tributo.

A eso se refería antes con que no habría carne. Quiere que nos la llevemos y que dejemos lo que hemos traído como tributo.

–No podemos hacer eso –dice Tarik–. No podemos dejarles las cosas y volver sin algo para alimentar a los nuestros.

–Es la tradición entre ellos –explica Iktaá–. El hombre ha de dar un tributo al padre por cortejar a la hija.

–Pues entonces tiene varios deudores –dice Ka'ab–, porque ésta parece que lo ha hecho con toda la aldea. Dile esto, dile que, si su hija no está mintiendo, no debería tener problemas para identificar a los culpables. Dile que le diga a ella que levante su horrenda cara y que señale a quien le ha hecho esto.

Iktaá mira nervioso a Tarik, esperando confirmación, buscando un aliado.

–¡Díselo! –grita Ka'ab.

Mientras el jefe habla con su hija, Ka'ab mueve significativamente la cabeza para indicar a sus hombres que se acerquen, y pronto éstos forman un círculo alrededor, en una postura que proyecta violencia. Ka'ab confía en que la joven se aterre ante la visión de los guerreros, pero, tras escuchar las palabras de su padre, alza el rostro, se endereza y clava sus ojos en los del cazador. Examina la cicatriz de su cara y deja clara su postura sin un solo gruñido: lo que siente es vergüenza, no miedo.

–¿Quién te ha hecho esto? –le pregunta Ka'ab.

Recorre con la mirada a los hombres. Ella pasea su mirada por cada rostro, uno a uno, con furia, para al fin señalar a uno de los jóvenes. Luego a otro. Y después señala a Lokar. Apunta firme con el dedo a quienes la han violentado. Por último, mueve el brazo hacia Agtó y, tras una última y fría mirada a los ojos, a Ka'ab.

–Maldita –gruñe el cazador, agarrando el arma con fiereza y tomando posición de ataque.

Las puntas de las lanzas de los demás hombres también se levantan del suelo. Iktaá y Sirek dan unos pasos hacia atrás para quitarse de en medio.

Bo y Tarik cruzan sus miradas. El jefe recuerda bien la ocasión en la que sus hombres volvieron a la cueva en silencio, con miedo y tristeza en los ojos, y comieron la carne de un animal del que nunca más pudieron contar historias, del que no conservaron un solo hueso. Los ojos del muchacho se lo confirman: lo que dice la chica es verdad. Lo que vio en el bosque ese día le robó la voz y los ha traído hasta aquí.

Ka'ab siente que alguien toma su lanza y se la mueve para que apunte hacia el suelo. Es Tarik, cuya mano pasa del arma al pecho de su compañero. Después se da la vuelta y sujeta los brazos del jefe, implorándole calma.

–Dile que nos llevamos a su hija –dice–. Nos la llevamos y le dejamos

los obsequios. Dile que queremos paz y que, si es lo que requiere, nos llevaremos a su hija.

–Sobre mi cadáver –dice Ka'ab–. Eso es aceptar la culpabilidad.

Tarik se gira hacia él y, agarrándolo por las ropas con fuerza, lo empuja.

–He dicho que nos llevamos a la chica. ¿O has olvidado la ley de los clanes? Paz por encima de todo. No querrás vagar por el mundo tú solo, ¿o sí?

Al escuchar la amenaza, Ka'ab retrocede un paso y baja el arma.

–Paz –repite Tarik–. Díselo –insiste a Iktaá.

–El jefe dice que con eso queda en paz.

–A ver cómo explicas todo esto a las mujeres –gruñe Ka'ab, que sin más se da la vuelta y echa a andar–. Vámonos –ordena a sus hombres.

Los que siguen a Tarik permanecen junto a él. Sirek, quien suele hablar en nombre del clan en las reuniones, también se queda, pero figura tan poco que bien podría no estar.

Éstos ven cómo el jefe de los hombres bestia se acerca a su hija. La toma de las manos y pega su cara a la de ella. Después le acaricia el rostro con la mano. «Ve con ellos», le parece a Bo que le dice. Y vuelve a pasarle la mano por la mejilla por última vez, como para no olvidarla jamás. El gesto de dolor y de rabia de un hombre bestia tan humano como cualquiera del clan se graba en la memoria de Bo durante todo el viaje de vuelta a la caverna.

* * *

Es casi de noche cuando se reúnen con el clan. No han traído comida y, para sorpresa de las mujeres, Tarik trae con él una nueva boca que alimentar. Dos bocas en realidad, pues está preñada. Al instante explota una acalorada discusión. No, no están dispuestas a compartir su espacio con la mujer bestia. No saben si puede atraer a malos espíritus o si hará que se marchen los buenos; incluso podría matarlas durante la noche.

–No digáis tonterías –Ara'ani es la primera que salta para defenderla–. A quién va a matar, si ni siquiera se puede mover. Mírala.

–¿Desde cuándo alimenta el clan a quien no es de los suyos? –pregunta una.

La gran madre guarda silencio; también Ja'anit. Esta última suele ser la mejor compañera de Ara'ani, su principal apoyo en el clan, pero desde que perdiera al bebé la temporada anterior no ha vuelto a ser la misma. Ella diría que no es verdad, aunque lo cierto es que ya no se interesa demasiado por los asuntos de la familia y no ha vuelto a ir con Tarik y sus hermanas a la caverna secreta. Se ha dejado consumir por la tristeza.

–¿Y desde cuándo tratamos mal a las criaturas del bosque? –insiste Ara'ani–. Sean como nosotros o no. ¿Qué es lo que sugerís? ¿Dejarla atada fuera para que muera de frío?

–Pues podría ser una opción –contesta otra.

–La paz por encima de todo es la ley de los clanes. Dejarla morir sólo porque tenéis miedo es lo contrario a la paz.

El rostro de Ba'aba muestra confusión. Mira a la mujer bestia como si le tuviera asco y lástima a la vez. No es como ellos. A pocos había visto tan de cerca. Y no, no es uno de ellos.

–Sin embargo –habla al fin la gran madre, dejando escapar sus pensamientos–, no podemos dejarla morir. Cuando perdimos a Iktaá en el bosque, ellos lo cuidaron y nos lo devolvieron. Estamos en deuda. Vida por vida. La amistad ha de pagarse con amistad. Cuidaremos de ella un año entero, y de la cría también. Después se la entregaremos de vuelta, como ellos hicieron con nuestro niño.

Varias explotan en quejas y reclamos.

–Dormirá dentro de la cueva –continúa la gran madre con tono tranquilo–, pero, una vez que haya parido, dormirá amarrada de manos y pies. Y así será hasta que podamos confiar en ella.

Ara'ani se acerca a la mujer bestia y estira los brazos lentamente hacia ella. Marikaá y Loómeli la siguen y, sujetándola cada una de un lado, la escoltan hacia el interior de la cueva. La sientan en el rincón más alejado, allí donde nadie suele dormir.

–¿Te duelen los pies? –le pregunta Ara'ani–. ¿Tienes hambre? Lo siento, pero no tenemos nada que comer.

No conocen aún la explicación de por qué está ahora con ellos la hija del jefe de los hombres bestia, pero las mujeres son listas. Tarik está buscando aún las palabras correctas, pero enseguida se da cuenta de que lo han entendido todo. Saben que la cría que habita en su vientre es de uno de los hombres del clan. Y sólo una se atreve a preguntar lo que todas andan rumoreando:

–¿De quién?

–Es nuestro –responde Tarik–. No hace falta decir más.

Cerca, atentos a la conversación, los hombres de Tarik enmudecen. Por un lado, entienden y agradecen la respuesta de su jefe, que evita el enfrentamiento con el otro grupo del clan, especialmente con Ka'ab, a quien más temen. Por el otro, ante las mujeres, esa postura que busca la paz los hace a todos responsables de lo sucedido. Pero, al menos de momento, en lo bueno y en lo malo los cazadores se mantienen unidos.

* * *

Esa noche, Tarik entra en la zanja donde Boká está de guardia. La tierra fría y húmeda los acoge en su seno, manchándoles las pieles. El bosque está tranquilo. El cielo raso, sin luna, se alza iluminado por una miríada de luces en la que no cabe una estrella más.

Bo mira a la espesura con atención, con los ojos de un guerrero. Lejos ha quedado ese niño que se quedó dormido en su puesto cuando atacaron los lobos.

–Debiste contármelo –dice Tarik–. Sabía que algo había ido mal... Debiste hablarlo conmigo. Podríamos haber hecho algo.

–Pero... es que no entiendes cómo me siento cuando Ka'ab me habla –contesta Bo–. La forma en que dice las cosas... No sé cómo explicarlo.

–Sí lo sé, porque me pasa lo mismo. La gran madre ya me habló de eso hace mucho tiempo. Ka'ab no era parte de nuestro clan, ¿sabes? Cuando llegó a nosotros, ya era un gran guerrero, y a mí también me daba miedo. Ba'aba me dijo una vez que, en la caza y en la guerra, cualquiera puede ser valiente, cualquiera puede creer que lo es, pero el verdadero valor lo demostramos frente a nuestros hermanos, defendiendo lo que creemos que está bien. O sea, protegiendo al clan de sí mismo.

–Ba'aba dice también que el hambre enferma el alma de los hombres.

–No. Está equivocada. El hambre sólo saca del hombre el alma que ya está ahí. Las almas buenas, las almas malas. El hambre hace que se muestren como realmente son.

–¿Ka'ab tiene un alma mala?

–No sé bien cómo es su alma... Las cicatrices de su cuerpo y su cara son muy pequeñas comparadas con las de su espíritu. Algo en nuestro interior queda herido para siempre cuando ves tanta muerte y has matado tantas veces... Ka'ab cree en lo que hace; quiere la supervivencia del clan y hace lo que cree que es necesario.

–¿Y tú?

Suspira, meditando.

–Yo creo que podemos hacer algo más que solamente sobrevivir. Lo he visto en los ojos de los ciervos cuando mueren, en cómo nos miran mientras sueltan su último aliento. Hemos aprendido a cambiar el mundo, a no vivir como los animales. Para nosotros, vivir tiene que ser algo más que buscar comida. –Hace una pausa y mira al cielo–. Me gusta ver las estrellas. Ellas viajan y viven por ahí arriba. No luchan, no hacen el bien ni el mal, sólo están ahí.

–No lo había pensado así –dice Bo, levantando la mirada también–. Ka'ab no hizo nada, ¿sabes?

–Lo sé. Ése es precisamente el problema. La mujer bestia no es estúpida. Sabe quién está al mando. Y él no hizo nada.

El muchacho se detiene a pensar un momento sin dejar de mirar al

cielo.

–Ojalá pudiera ser aquí como en el cielo –dice al fin–, ojalá fuéramos como las estrellas. Ojalá no tuviéramos que luchar, ojalá no tuviéramos que sentir tanto dolor. A veces quisiera sólo ser...

–Bueno –Tarik suelta otro suspiro y luego sonríe–, el clan está condenado de cualquier forma. Estamos tan predestinados a desaparecer como las estrellas a salir cada noche. Algunas batallas están perdidas desde antes de empezar a lucharlas.

–¿Nuestro clan? No. No lo creo. Estaremos bien.

–Bo, no debes temer nada. Tú seguirás adelante con otros clanes y, gracias a las lecciones que has aprendido con nosotros, pintarás en otras paredes. Este grupo está perdiendo su espíritu. Muere un poco más cada día conforme la luz de Ba'aba se apaga. Me temo que la gran madre no sobrevivirá al invierno.

–¿Podemos hacer algo?

–Por ahora, deberíamos encontrar una presa lo antes posible. Lo demás lo decidirán los espíritus del bosque y de nuestros ancestros. Y –lo mira fijamente a los ojos– la próxima vez ven a hablar conmigo.

–Así lo haré.

LA GRAN MADRE Y LA MUJER BESTIA

«¿Por qué son las mujeres en las sociedades cazadoras-recolectoras casi pero no del todo iguales a los hombres en los ámbitos de la autoridad política y la resolución de conflictos? Creo que se debe al monopolio masculino de la fabricación y uso de armas de caza, combinado con las ventajas del varón en cuanto a peso, altura y fuerza muscular. Entrenado desde la infancia para cazar animales de gran tamaño, el hombre puedeser más peligroso y, por lo tanto, desplegar una mayor capacidad de coerción que la mujer cuando estallan conflictos entre ambos».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

No consiguen hacerla callar. Sólo duerme un par de ratos en toda la noche; el resto del tiempo va soltando unos chillidos que suenan como los lamentos de un lobo herido.

Nadie en el clan logra descansar, y los niños incluso se revuelven entre pesadillas. Ni siquiera los gestos amistosos la calman. En un par de ocasiones, Ara'ani se levanta para hablar con ella, pero eso sólo hace que grite más. Y, con cada alarido, aumenta el resentimiento que las mujeres tienen hacia ella.

–Creo que algo le duele –susurra Ara'ani–. No tendría motivo para gritar así si no fuera porque le duele algo.

–¿Y qué es lo que quiere que hagamos? –pregunta una.

–Sí, ¿qué es lo que busca con tanto ruido?

–Debería dormir fuera. Si va a atraer hasta aquí a algún animal, que se la coma a ella nada más.

–Extraña a los suyos, como nos ocurriría a cualquiera de nosotras –dice Ba'aba. Aun recostada, levanta la cabeza todo lo que se lo permiten las fuerzas–. Con los días se le pasará. No le demos importancia. Mejor vamos a intentar dormir.

* * *

El sol está a punto de salir cuando un hombre consigue callarla finalmente. No saben quién es; en la oscuridad, sólo pueden ver una sombra que se levanta con furia y camina hacia ella con pasos rápidos. Se pone encima de ella, casi pisándola, y amenaza con golpearla.

–¡Ya! ¡Cállate! ¡Cierra la boca! –grita. La mujer abre la boca y parece que va a gemir otra vez, pero el hombre levanta el puño en el aire–. ¡Vuelve a hacerlo y verás lo que pasa! Vuelve a gritar si te atreves.

La mujer bestia se encoge en un ovillo y poco a poco su llanto se apaga, dando paso a unos gemidos suaves y un resollar esporádico. Se ha quedado dormida al fin. El cazador cree que la ha hecho callar de la única forma que entendería un animal. Lo que no sabe es que Ara'ani tiene razón: la mujer siente un dolor agudo, pero acaba de encontrar una posición en la que las molestias son menores. Su embarazo la lastima, pero ninguno de los miembros del clan entendería por qué.

Sólo los cazadores salen de la cueva temprano. Entonces, las mujeres comienzan poco a poco con sus rutinas. Los niños y la gran madre siguen durmiendo; la ruidosa criatura los ha dejado agotados. Las crías no tienen problemas en abandonar a sus madres y acurrucarse alrededor de Ba'aba. Algo en su espíritu siempre ha atraído a los más pequeños, como si su alma se extendiera fuera de su cuerpo y les diera cobijo. Incluso ahora que no parece ella misma, su sola presencia continúa dándoles calor.

Las hembras del clan se turnan para atender las dos tareas fundamentales de la cueva. La primera es la limpieza, que consiste esencialmente en librarse de los olores. Sacan las pieles al sol y las untan con tierra húmeda, para después rasparlas con una cuchilla de piedra y dejarlas secar, todo ello con el fin de que huelan igual que el bosque. En el proceso examinan el estado de cada una y remiendan los agujeros o desechan las que ya no sirven. Son ellas las encargadas de escoger el mejor uso y su reparto entre los miembros. Un hombre adulto destruye rápido las ropas de cama, por lo que no puede tener ni las más frágiles ni las de mejor calidad; sin embargo, los niños pueden pasar muchos años de su

infancia con la misma piel, aunque, como las impregnan con el olor de sus orines y su saliva, a ellos les tocan las que tienen menos pelo. Y, responsables como son de limpiarlas y prepararlas, son ellas quienes se quedan con las mejores.

–¿Cómo logran los hombres que huelan tan mal en tan poco tiempo? –pregunta una, arrugando la nariz mientras estira una piel en el suelo–. Las acabamos de limpiar y ya apestan otra vez.

La otra tarea es buscar comida para el clan. Las mujeres son excelentes cazadoras de crías pequeñas. Algunas son hábiles con el arco. No tiran con la fuerza suficiente para matar a un caballo o a un ciervo, pero, en ese bosque vacío, hay ratas, ardillas, aves pequeñas y hasta castores, y con ellos pueden mantener vivos y alimentados a los niños. También son ellas las que se encargan de la tarea de recolección. A ello dedican muchos años en aprender: cuándo tomar un fruto silvestre y cuándo dejarlo madurar; dónde encontrar las bayas y cómo diferenciar las plantas que son venenosas de las que no. Gracias a ellas, el clan logra sobrevivir en las largas temporadas de escasez en la caza.

Ambas tareas se las muestran a los niños, que aprenden a limpiar su lugar de descanso y a conocer lo que se llevan a la boca. Durante el día, Ba'aba los cuida, habla con ellos y les cuenta historias. Sirek les enseña a rezar, a escuchar el viento y a detectar olores y todo tipo de rastros; también les explica cómo ubicarse utilizando la posición del sol y los cambios de cada temporada. En las noches despejadas, los deja asomarse fuera de la caverna; entonces les habla sobre las estrellas, su utilidad para la orientación y para saber cuándo va a cambiar el clima, y así aprenden a identificar los mejores momentos para migrar.

El clan funciona igual que la bóveda celeste, donde cada estrella brilla con su propia luz y cumple con su función. La pérdida de lucidez de la gran madre, no obstante, desalienta a los espíritus y provoca que este año haya un caos poco habitual. Se hace lo mismo de siempre, pero con menos ímpetu. La recolección tampoco es demasiado fructífera, y por eso las mujeres pasan más tiempo esperando a los cazadores que concentradas en sus tareas. La presencia de la mujer bestia también las perjudica. Porque, a pesar del miedo que sienten por tenerla en la cueva, Ara'ani, Ja'anit, Marikaá y Loómeli son las únicas que le llevan comida y la limpian, las únicas que le hablan.

Conforme pasan los días, la mujer bestia parece mejorar de salud, pero Ba'aba empeora. A la misma hora, las sacan de la cueva y las sientan al sol, y allí descansan, juntas, como si no tuvieran espíritu. La mirada de la anciana se pierde en el suelo; la de la muchacha, en el horizonte. En ese rato las ayudan a ir al baño y las limpian con agua que traen del arroyo.

–Tienes los ojos verdes –le dice Ara'ani a la criatura un día mientras le

lava los pies–. No me había fijado. Y algunos de tus pelos son rojos. Nunca antes había visto cabellos rojos. Vuestros pies son diferentes a los nuestros; más grandes, más fuertes. Seguro que no te duelen como a mí.

Ella se deja acariciar, aunque pocas veces la mira a la cara. Ara'ani ha intentado hacerla hablar, o por lo menos arrancarle algún gesto o un gruñido que signifique algo, pero le ha resultado imposible hasta ahora. Ha preguntado a Sirek si deberían darle un nombre, pero el chamán se ha negado: es un rito muy importante que podría sembrar la discordia entre las mujeres, pues varias tienen crías que todavía no han sido nombradas. Es difícil saber lo que desearían los espíritus, pues no saben si es una mujer o un animal, y a los animales no se les da nombre. Sea como fuere, una cosa parece cierta: la criatura no es uno de ellos, motivo suficiente para ser cautos y no incluirla en sus tradiciones.

La gran madre permanece sentada todo el día. Observa a las gentes del clan, y de vez en cuando sonríe cuando advierte que hay alguien cerca de ella. Han dejado de confiarle el cuidado de las crías. Habla sola, farfulla; no saben bien de qué, pues sólo a veces logran entender que está hablando sobre su madre, los osos, el río o de aquella vez que vio el mar. Repite nombres y confunde los de aquellos que se detienen a preguntarle si necesita algo. Vigilan que no se levante de su sitio y se marche al bosque. En ocasiones, se dan cuenta de que capta algún rumor entre los árboles y levanta la cabeza con los ojos cerrados, y todos se temen que los espíritus la estén llamando a vivir entre ellos.

Mujeres y hombres interactúan poco durante su estancia en las tierras del sur. Si alguno no sale en las partidas de caza, está obligado a ayudar con las crías, con la limpieza y con la recolección, y también a enseñar a las mujeres y a los jóvenes los aspectos básicos del uso de lanzas y azagayas, practicando técnicas de caza y guerra. Pero son tan infructuosas las búsquedas últimamente que ningún guerrero se queda en la cueva. Y el hambre hace que ellas esperen impacientes su vuelta, siempre con las manos vacías y los rostros frustrados cubiertos de tierra.

Cansados, se reúnen alrededor del fuego. Los niños tienen prohibido hablar, pero se les anima a que escuchen y reflexionen sobre lo que se dice. No todos los cazadores disfrutan con aquellos intercambios y prefieren ir a descansar, a reforzar sus armas o a hacer guardia. También la mujer bestia se sienta junto a la hoguera; mira fijamente las llamas y observa de reojo a los demás. Ha aprendido a buscar refugio en Ara'ani y procura mantenerse alejada de los hombres, sobre todo de Ka'ab. Casi todo sigue siendo una incógnita para ella, pero comienza a entender la posición que cada uno ocupa dentro del clan; aun así, no sabe quién es el jefe en esa manada como su padre lo es en la suya.

–No tenemos otro remedio –dice Tarik–. Tendremos que ir más hacia

el sur. Los rastros cada vez son más antiguos. No creo que encontremos nada por aquí.

–¿Debemos movernos todos? –pregunta Sirek.

–No –responde Ka'ab–. No sabemos lo que hay allí ni si encontraremos un buen lugar para establecernos. No conocemos los animales que lo habitan o si es peligroso. Haremos incursiones de varios días, y tal vez después podamos pensar en mover al clan.

–¿Y nosotras? –pregunta Ara'ani–. Imagino que os iréis todos.

–Es lo mejor –contesta Tarik–. Si tenemos una oportunidad, debemos aprovecharla. Si el animal que encontramos es grande, lo mejor es que todos podamos ayudar. Ahora sólo somos fuertes si estamos juntos.

–Podéis arreglároslas solas –interviene Ka'ab–. Los depredadores se han marchado también. Serán viajes de tres o cuatro días nada más.

–¿Y yo? –pregunta el chamán.

–Lo mejor es que vengas con nosotros –dice Tarik–. Necesitamos a todos los hombres posibles, y tus conocimientos pueden ser útiles. Sí, serás más útil con nosotros que quedándote aquí.

–¿Qué hay de la gran madre? –Loómeli mira a Ba'aba, que levanta la cabeza un momento al escuchar que alguien la nombra.

–¿Qué pasa con ella? –pregunta Tarik.

–No... no está bien. ¿Qué pasa si...?

–Todo el mundo muere –dice Ka'ab con calma, paseando la mirada por las caras mudas de los que rodean el fuego. De reojo, miran a Ba'aba, que parece no advertir las palabras del cazador. Saben que es mal augurio mencionar la muerte de alguien que aún vive, y nadie está dispuesto a responder. Bo siente deseos de ser un niño otra vez.

–La gran madre nos ha enseñado mucho a todos –añade Tarik, rompiendo el silencio–. Saldremos adelante gracias a todo lo que nos ha dejado.

–Partiremos mañana temprano –concluye Ka'ab.

* * *

A solas dentro de la cueva, Ara'ani pide a Iktaá que se comunique con la mujer bestia, que le pregunte si le duele algo o si la pueden ayudar a sentirse mejor.

–Es más difícil hablar con ella que con el jefe –contesta el cazador–. No habla igual. No la entiendo bien, y creo que ella a mí tampoco.

Tarik, que se ha llegado junto a ellos, toma a Ara'ani del brazo.

–Si la gran madre muere, espera a que regresemos para darle entierro. Y cuida los ánimos de todas. No dejes que la desesperación se apodere de ellas.

–Lo mismo te digo yo a ti. Los hombres parecen intranquilos. Si encontráis algo, comed. Apaciguad vuestras almas antes de volver con nosotras. Estaremos bien.

* * *

Parten de madrugada. El conocimiento de las tierras hacia el sur llega hasta donde viven los hombres bestia, y al llegar allí rodean ampliamente la zona en la que se asientan para no invadir sus territorios de caza. A partir de ese momento, la desorientación aumenta a cada paso que dan. No saben lo mucho que sus vidas dependen de la memoria hasta que se encuentran entre unos árboles que ven por primera vez. Los olores son los mismos, pero el orden en el que se presentan es diferente. De los lugares que han recorrido a lo largo de su vida yendo de un lugar a otro en sus migraciones o cazando conocen cada piedra, cada pequeño desnivel. Pero ahora algunos comienzan a discutir sobre la posibilidad de marcar los troncos por miedo a no encontrar el camino de vuelta al clan.

–No marcaremos el camino –ordena Ka'ab–. El rastro que nos serviría para volver alguien podría usarlo para encontrar nuestra cueva.

El terreno se convierte de pronto en un descenso escarpado, un enorme risco cubierto de piedras grises. Tienen que aferrarse a las rocas con manos y pies para no caer. Y, poco a poco, desde ahí, descienden a un valle en el que hace más calor. La vegetación es diferente: las plantas, de un verde brillante, son menos altas, y un pasto claro cubre las raíces de los árboles del pequeño bosque, que son más delgados y abundantes. Pueden oler que ha nevado, aunque el suelo húmedo les indica que la nieve no dura más de un día.

La cascada que cae por donde ellos han bajado toma la forma de un riachuelo en el valle. Agradecidos, en él se refrescan y se enjuagan la boca. Luego comienzan a adentrarse en ese nuevo y extraño bosque. Allí tienen mejor visibilidad y analizan todo rastro que encuentran, aunque no parece que haya animales grandes para la caza.

–Tarik, mira esto –advierte de repente Koku'um, poniéndose en cuclillas para examinar el suelo.

–Son huellas –asiente el jefe, agachándose junto a él.

–Huellas de hombre aquí. Y de lobo aquí.

–Aquí también hay huellas de lobo –apunta Bo, que observa el suelo a unos cuantos pasos de distancia.

–¿Una persecución? –se pregunta en voz alta Tarik.

–¿Las huellas son de humano o son de los hombres bestia? –pregunta Ka'ab.

–Parecen pies descalzos, que es como les gusta ir a ellos, aunque diría

que tienen la misma forma que lo nuestros –contesta Koku'um, mientras compara las dimensiones de las marcas en el lodo con las de la palma de su mano–. No sé si sus pies se parecen a los nuestros. Yo diría que éstos son pies de hombre, pero no lo puedo asegurar. Son del mismo tamaño que los nuestros. Probablemente haya sido una persecución. Huían de los lobos, en esa dirección.

–Seguiremos adelante –dice Ka'ab–. Buscaremos un lugar para pasar las noches y desde ahí recorreremos cada día el terreno para buscar comida. Estad atentos y cuidaos las espaldas.

Qué fácil se convierte el cazador en presa cuando recorre un lugar que no conoce. Mientras se adentran en ese bosque inexplorado, no se percatan de que un par de ojos vigilan todos sus movimientos. Alguien los está observando.

* * *

En la cueva, las noches cada vez son más arduas. La mujer bestia se ha puesto de parto, y algo no marcha bien. La mayoría de las mujeres han sido adiestradas por Sirek y Ba'aba para asistir a los nacimientos; saben dónde tocar y cuáles son las señales de que el bebé viene ya o si han de esperar un poco más. Pero la criatura lleva dos días con intensos dolores, el abdomen apretado constantemente y la vagina abierta. Y aun así no logran ver nada ni sentir nada.

–Está pariendo nada –comenta Marikaá–. Está pariendo, pero sólo sale agua y sangre.

La gran madre no puede ayudarlas. Por momentos es consciente de lo que está pasando y hace alguna recomendación, como que masajeen la espalda de la chica o que apliquen presión en el vientre. Pero la mujer bestia sigue retorciéndose y chilla, tanto que a menudo se queda sin aire y tiene que hacer un gran esfuerzo para respirar.

–Es como si no pudiera avanzar –dice Ara'ani–, como si no le cupiera.

El grito ahora es desesperado. El dolor va a acabar con su vida si no termina todo pronto.

–Si no hacemos algo, van a morir los dos –murmura Ja'anit, asustada.

En una situación tan delicada, todas ayudan. Por un rato se olvidan de que no es una de ellas y la consuelan, le acarician los cabellos y le susurran palabras de ánimo. Dos mujeres se colocan encima de su abdomen para presionar, mientras otras dos intentan abrir con los dedos el canal de salida. Todas se aplican a la tarea, jadeantes.

–¡Puedo ver la cabeza! –exclama Ara'ani haciendo tensión–. ¡Ya viene! ¡Ya viene! Vas a tener que hacer un último esfuerzo –le dice a la mujer bestia–. Ya sé que duele, pero vas a tener que empujar. Vamos, ya casi está.

Cuando salga la cabeza, lo demás será más fácil. Vamos. Inténtalo. ¡Vamos!

La criatura no entiende las palabras, pero ve en los ojos de su única amiga lo que tiene que hacer. Las mujeres siguen apretándole el vientre mientras libera todas sus fuerzas con un grito de dolor. En cuanto sale la cabeza, el resto del cuerpo parece emerger solo. Y la mujer bestia, derrotada, se deja caer de espaldas, inconsciente.

Ara'ani toma a la cría, completamente morada, la recuesta bocabajo sobre sus manos y le da unas palmaditas. Después la voltea y succiona sobre su nariz y su boca. Un llanto. Un llanto que avisa a los miembros del clan de que el bebé está vivo.

–¡Es una niña! –grita Ara'ani–. ¡Es una niña!

Todos se acercan para verla de cerca. Una niña como cualquier otra. No hay nada que indique que es hija de una mujer bestia. Una vez limpia y envuelta en pieles, poco tarda en quedarse dormida. Entonces, el silencio se apodera de la cueva, y las sonrisas, de los rostros de las mujeres.

–¿Ella está bien? –pregunta Ara'ani, que mece a la cría.

–Ha perdido mucha sangre –contesta una–. Tiene un aspecto terrible aquí abajo. La ha destrozado.

También han aseado y cubierto de pieles a la mujer bestia, que ahora yace acostada junto al fuego. Ahora, tan rápido como pueden, limpian el lugar y borran los olores con hierbas y tierra húmeda. Entretanto, han puesto a la cría en brazos de Ba'aba, que no dice nada, pero esboza una sonrisa orgullosa.

Esa noche, las mujeres y los niños del clan duermen con los estómagos vacíos en un silencio que por fin los deja descansar.

* * *

Algo ocurre los siguientes días que vuelve a alborotar a las gentes del clan que se han quedado en la cueva. La mujer bestia no quiere a su cría; la rechaza cuando se la dan y la mira con repulsión. Se la tienen que quitar de los brazos para que no se le caiga al suelo porque, cuando se la ponen encima, vuelve la vista y se queda lánguida. Todas la miran con reproches. Es de noche otra vez, y el bebé no ha comido en todo ese tiempo.

–Qué bestia tan estúpida –dice una.

–No querer a una bebé tan bonita.

Como ya es costumbre, la gran madre está sentada sobre una roca con la mirada perdida. Ara'ani se arrodilla frente a ella y, apoyando la cabeza en sus piernas, reza por un instante de claridad.

–Mamá, si no hacemos algo, la cría va a morir. –Se le humedecen los

ojos–. Ella no la quiere. La pequeña no ha comido, y no sé qué hacer. Te necesito.

Ba'aba clava su mirada en los ojos de Ara'ani. Después mira hacia el techo de la cueva.

–Las hierbas –dice al fin. Se aclara la garganta un momento–. ¿Lo recuerdas?

–¿Hierbas?

–Con agua. ¿Te acuerdas? Las hierbas. Ja'anit.

–¿Ja'anit? ¡Claro!

Ara'ani toma un pedazo de lumbre y, pese al peligro, sale de la cueva y se adentra en la oscuridad del bosque. Rebusca por el sotobosque, desesperada, sintiendo el frío y el miedo que la noche le genera, unas tinieblas llenas de depredadores que la pueden devorar en cualquier instante. El tiempo parece no transcurrir, pero en realidad pronto encuentra lo que busca junto a las raíces de un árbol. Lo arranca y corre de vuelta a la cueva.

–¡Ja'anit! –grita–. ¡Ja'anit!

–¿Qué ocurre? –contesta ésta, acudiendo a su llamada–. ¿Qué pasa?

–Sé que no has conseguido estar en paz ni recuperar la alegría desde que perdiste a tu bebé hace un año. Tal vez... ¿Crees que es posible que esta niña pueda reemplazarlo? Creo que es lo que querrían los espíritus. Tu alma está rota porque eres una madre sin hijo, y he aquí un hijo sin madre... Puede ser para ti.

Ja'anit no contesta nada, sólo llora.

–Come esto –dice Ara'ani–. Cómetelo. En los siguientes tres días no comas nada más y bebe agua. Mucha agua. Yo seguiré trayéndote esta hierba. Cómela. Y mastícala mucho antes de tragarla.

La gran madre Ba'aba parece liberar lo poco que le queda de espíritu. Se pone en pie y se acerca a Ja'anit. La sienta frente a la lumbre y le descubre los pechos. Se los comienza a masajear con fuerza.

–Dame a la cría –dice–. Dámela.

Ja'anit hace un gesto de dolor, pues Ba'aba la aprieta con fuerza; toma cada pecho con las dos manos y lo estruja hacia la punta, como si le diera forma. Luego pone al bebé en los brazos de Ja'anit, en posición de mamar. Al instante, la niña abre la boca y agita la cabeza, y pronto se agarra al pezón.

–Resiste –le dice Ara'ani a Ja'anit cuando ésta gime y se contrae al notar la mordida.

–Así –dice Ba'aba–. Bien. Así. Ésta será tu cría a partir de ahora.

Ésas son las últimas palabras que le oirán.

Al día siguiente, las hierbas han hecho efecto, y Ja'anit ha empezado a producir leche.

* * *

No pueden dejarlo escapar. No tenían la esperanza de encontrarse con nada al abandonar el campamento esa mañana. Era el último día de búsqueda antes de volver a la cueva. Pero lo han visto a lo lejos y no pueden dejarlo escapar. Un ciervo macho y solitario recorriendo el bosque con gran orgullo y calma. Se han topado con él tan inesperadamente que el animal ha debido sospechar algo cuando, al agacharse los hombres, han sacudido las plantas.

No está herido ni hambriento. Y el grupo no está en buena posición. Tardan demasiado en coordinarse y avanzan con torpeza tras los pasos del ciervo. Cuando al fin comienzan a rodearlo, se dan cuenta de que se han equivocado. Se mueven demasiado rápido. Tarik y Ka'ab saben de sobra que enfrentarse a él podría ser mortal. Es demasiado fuerte, y ellos están agotados y famélicos. Aun así, es lo mejor que han encontrado desde que volvieron al sur. No queda más que rezar que el hambre y la desesperación les den fuerza y tino.

Todo lo contrario.

Cuatro de los hombres se abalanzan sobre la presa demasiado pronto, obligando a sus compañeros a salir de sus escondites de forma apresurada y descoordinada. Al verlos, el animal se levanta sobre las dos patas traseras y empieza a cornear y patear. Vuelan las lanzas; dos dan en el blanco, pero no se clavan bien y caen al suelo al momento. Entonces deciden acercarse para atacar con las azagayas.

–¡Alto! –grita Ka'ab–. ¡Esperad! ¡Atrás! ¡Aún no! ¡Aún no!

El ciervo es hábil. La formación se rompe, y el animal huye por el hueco que dejan los hombres, no sin antes dejar por tierra a un par de cazadores.

–¿Qué ha pasado? –pregunta Ka'ab cuando ve que el animal está demasiado lejos para seguir tras él–. ¡Qué ha pasado!

–A este tonto lo han vencido las ganas de comer –dice Jécom, señalando a uno de los jóvenes heridos en el suelo–. Hemos corrido tras él cuando ha saltado, pero ya era demasiado tarde.

Los dos heridos están bien; sólo sufren golpes leves y torceduras.

–Eres un estúpido, Kaiim –Ka'ab agarra de la ropa al joven para levantarlo–. Podía haber muerto alguien por tu culpa. ¿Quién da las órdenes aquí?

–Tú –contesta el muchacho.

–¡Quién!

–Tú, jefe. –Kaiim baja la mirada–. Tú das las órdenes.

–La próxima vez recuérdalo antes de hacer tonterías, o acabaré contigo yo mismo –ruge Ka'ab, lanzándolo de vuelta al suelo.

–Hemos tenido suerte –le dice entonces Tarik mirando a la distancia–. Pero se nos ha escapado. No lo alcanzaremos en el bosque. Creo que es mejor que regresemos con los demás. Si partimos ahora, llegaremos antes de que anochezca.

Tardan bastante en abandonar el bosque y en subir la escarpada cuesta rocosa que conduce a sus territorios. La oscuridad es total cuando llegan a la cueva. Y no son portadores de buenas noticias.

* * *

Le tiemblan las manos. Algo raro ocurre con su cuerpo, que a ratos tiene la fuerza de diez hombres, aunque la mayor parte del día no se pueda ni mover. El dolor en el abdomen se ha expandido a sus extremidades, a la parte de la cara alrededor de los ojos y a la cabeza. La piel se le ha pegado a los huesos. Tiene tanta hambre que puede sentir cómo se le retuerce el espíritu. Oye voces. Sueña que es un niño otra vez y que come todos los días.

–Siéntate aquí, Bo, hijo mío –le dice Ba'aba, que en sus sueños no tiene rostro–. Siéntate y come.

Pero no es un niño. Sueña que es un hombre que se comporta como un niño. Lleva la lanza en la mano, pero se recuesta con las otras crías y camina por el bosque sin preocupaciones, aunque sabe que pronto lo llamarán para que vaya a cazar. Sueña que come, y cuando se despierta todavía puede sentir en la lengua el sabor de la carne.

Bo visita el arroyo constantemente; se pasa todo el día orinando. Llenarse la panza de agua es lo único que lo ayuda a quedarse dormido. Se siente tan cansado que a veces piensa que no le importaría morir.

Las raciones son mínimas. La prioridad son los niños y Ja'anit; ellos, con algo de suerte, reciben un ratón o un conejo. Luego sigue la gran madre y las mujeres, que comen frutos y bayas sin madurar. Los hombres mastican hierbas para calmar el ansia y se llevan a la boca cualquier insecto que pillan por el camino. La mujer bestia rechaza casi todo lo que le ofrecen. No parece tener demasiada hambre ni comprender el hambre de los demás; tal vez en su tribu estén acostumbrados a pasar largos periodos sin comer. Luce más saludable y se queja menos por las noches.

Ba'aba, sin embargo, no rechaza nada, pero desde que nació la cría no come a menos que le pongan el alimento en la boca. Los frutos están demasiado duros, y algunas mujeres han comenzado a masticarlos por ella, dándoselos luego listos para tragar. A pesar de eso, muchas veces se queda dormida y se le escurren por el pecho con ríos de saliva.

La esperanza abandona al clan.

–Es posible que el bebé y la mujer bestia le estén robando el espíritu.

Ambos lucen más saludables cada día, mientras que Ba'aba se ve más enferma y vieja.

–Los espíritus no se pueden robar –contesta Sirek–. En todo caso, van y vienen como les place. Podemos cazar para comer, sacar el espíritu de un animal, pero no podemos obligarlo a quedarse donde no quiere estar. Cuando es el momento de partir, cuando ha decidido marcharse, no tenemos más remedio que desearle un buen camino.

«El chamán no es un gran guerrero», piensa Bo, «ni un líder, pero sabe comunicarse con las mujeres». A él también lo reconforta escucharlo. De su infancia perdida, lo que más añora es estar entre las mujeres; besar la piel de Ara'ani, yacer y hacerse uno con ella, fue un intento inútil por volver, por sentir que tenía madre otra vez, que lo cuidaban, que podía dejar de cuidar de sí mismo por un momento. Tan pronto como terminaron la unión se despertó en él una agonía similar al hambre, una ansiedad y una búsqueda muy parecidas.

Se siente furioso. No tiene fuerzas para demostrarlo, pero la ira lo corroe.

* * *

Dos días después, el clan se despierta con el grito de una de las mujeres. El cuerpo de mamá Ba'aba ha amanecido sin vida. Se fue a dormir para nunca más despertar. Su rostro parece que sonríe, y sus ojos guardan la calma que siempre dio a todos sus hijos.

Sirek prepara la ceremonia. Con la ayuda de otros, asea el cuerpo, lo viste y lo adorna. Cavan su tumba en el interior del bosque, entre los árboles que ya eran gigantes cuando ella era apenas una niña. Luego se agrupa el clan a su alrededor y la despiden cantando y removiendo el aire con las manos en alto, para que su alma encuentre un buen camino. Siempre buscan decir adiós con alegría, sólo que esta vez les resulta imposible.

–A veces parece que los dioses se burlan de nosotros –dice Sirek. Tiene los ojos húmedos.

El cuerpo ya está cubierto de tierra, pero Bo permanece quieto en el lugar. Ara'ani vuelve a por él.

–Debemos seguir, Boká –le dice–. Ella vendrá con nosotros. Debemos seguir.

–No me quedan fuerzas para llorar –responde el muchacho–. No tengo fuerzas para decirle adiós.

–Yo lloraré por los dos.

Ella lo abraza y comienza a sollozar.

* * *

No les queda otra opción que volver a intentarlo. Ahora saben dónde hay comida, dónde hay animales. No lograron cazarlo, pero lo vieron. Si había un ciervo, debe haber más. Han de probar otra vez, recorrer el bosque, rodear los territorios de los hombres bestia, seguir hacia el sur, hasta el gran risco de rocas grises, y bajar. Es eso o morir de hambre.

Parten todos los hombres, también Sirek. Dejan a las mujeres suficientes arcos, flechas, lanzas y azagayas para la protección de las crías y para la caza, con la promesa de volver lo antes posible.

Otra vez tienen que utilizar pies y manos para descender hasta el bosque desconocido. En esta ocasión se sienten más seguros. Es sólo la segunda vez que lo visitan, pero ya empiezan a percibir los olores con cierta familiaridad. Recuerdan algunos puntos del terreno y no tardan demasiado en llegar a donde acamparon la vez anterior.

–No hay rastro de lobos –dice Nu'uk observando el suelo–. De lobos ni de ningún otro peligro.

–Entonces no tenemos por qué preocuparnos –dice Lokar–. Estamos a salvo aquí también.

–Es extraño... –reflexiona Tarik–. Sabemos que hay lobos en este bosque. Hemos visto las huellas frescas. Es normal que no se nos acerquen, porque nos tendrán miedo. Pero nosotros también hemos sido capaces de seguir nuestro propio rastro hasta aquí. Es raro que en el tiempo en que no hemos estado no se hayan acercado ni siquiera para olfatear. Todo está justo como lo dejamos. Nuestras huellas y olores siguen aquí.

–No sabían que ya nos habíamos ido –explica Jécom–. Nuestro olor fue suficiente para mantenerlos alejados.

–¿Por qué lo dices? –pregunta Ka'ab a Tarik–. ¿Crees que hay algún peligro?

–No, no. Es extraño, eso es todo. Los animales siempre tienen la curiosidad de visitar nuestras cuevas cuando no estamos. Me pregunto si el olor es suficiente para mantenerlos alejados o si hay algo más que los contiene.

–¿Algo más? ¿Como qué?

–No lo sé. Nada. Son tonterías. Tonterías. No es importante. Debe ser el hambre.

Pero las palabras del jefe mantienen en alerta a los cazadores, que no logran descansar durante la noche. Creen escuchar ruidos extraños a su alrededor. El miedo es un enemigo poderoso. «Son tonterías», se repiten varios en su cabeza. «Es la sensación de dormir en un lugar desconocido, eso es todo».

Comienzan el recorrido a primera hora de la mañana. Avanzan en formación abierta, sigilosos, intentando cubrir la mayor porción de terreno posible. Los jefes, en el centro, se comunican con los hombres que van en los flancos mediante señas. El bosque debe permanecer en silencio; es la única forma de pillar desprevenidas a las presas. A mediodía, ya exhaustos, se reagrupan para discutir si es mejor seguir adelante o peinar la zona de vuelta al campamento.

Es entonces cuando se dan cuenta de que algo va mal. Terriblemente mal. Falta uno de los hombres.

DÓNDE ESTÁS, KAIIM

«Tanto los invasores [los sapiens] como los neandertales vivían en bandas pequeñas y móviles, y tampoco poseían la organización política necesaria para llevar a cabo guerras de exterminio. Pero habría bastado una escaramuza ocasional con los recién llegados para que los neandertales se retirasen a regiones con menos posibilidades de caza».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

No saben qué hacer. Buscan a lo lejos, entre la espesura del bosque. Esperan un movimiento, un sonido, una voz. Nada. La luz del sol se cuela entre los árboles, revelando una quietud aterradora. Hasta el viento ha decidido dejar de soplar. El miedo y la desesperación comienzan a apoderarse de unas almas que, de golpe, se han dado cuenta de lo solas que están.

–¿Cuándo fue la última vez que lo viste? –pregunta Ka'ab a Lokar, que caminaba a su lado en la formación.

–Estoy seguro de que fue hace poco. Iba muy cerca de mí todo el tiempo.

–¿Y no viste o escuchaste algo extraño?

–Nada. Estaba buscando, como todos los demás. Recuerdo haberle hecho una seña de que conservara la fila.

–¿Se habrá perdido? –pregunta Nu'uk–. Quizá se ha distraído y simplemente tenemos que esperar a que aparezca.

–Habría gritado ya –contesta Tarik–. Nadie se pierde y busca el

camino en silencio. Lo escucharíamos.

–¿Alguien sabe algo sobre él? –pregunta Ka'ab–. ¿Se encontraba bien?

–Se quejaba de dolor en una pierna –contesta Jécom–; desde el encuentro con el ciervo.

–¿Y por qué no me dijiste nada?

–No pensé que fuera importante. Cojeaba muy poco y dijo que no le molestaba para moverse. Fue él quien insistió en que no era gran cosa. Caminó sin problemas hasta el campamento. Supuse que no tendría problemas para seguir el ritmo.

–Lo habría puesto en el centro de la formación si lo hubiera sabido.

–Supongo que lo mejor será esperar un rato y luego desandar el camino. Si le ha pasado algo o se ha perdido, lo encontraremos –dice Tarik.

–¿No será bueno gritar su nombre? –pregunta Lokar.

–Puede haberse encontrado con un oso o un tigre –dice Ka'ab–, pero no olvidéis las huellas. Existe la posibilidad de que no estemos solos en este bosque. Si lo llamamos, estaríamos revelando nuestra posición. Es mejor esperar y volver por donde hemos venido. Estad atentos al rastro; podría haber alguna huella, alguna señal.

Sus palabras hacen que los corazones de los hombres se contraigan. Bo siente que sus ojos se abren como la boca de un león. El hambre se convierte en un recuerdo lejano.

–¿Qué pasa si no lo encontramos? –pregunta Iktaá.

–De momento hagamos lo que dice Ka'ab –contesta Tarik–. Decidiremos qué hacer cuando no lo encontremos. Si es que no lo encontramos.

–Quizá deberíamos caminar más juntos –dice Sirek–. Si hay algo en el bosque, nos podría atacar también a los demás.

–No es momento de tener miedo, chamán –responde Ka'ab–. Id atentos.

La búsqueda hace que avancen ahora más rápido que cuando se alejaban del campamento. Por donde miran, no hay nada. Encuentran sus propias huellas e incluso detectan las de Kaiim, que en un punto desaparecen repentinamente. No hay nada más, no hay rastro de otro animal ni signos de lucha. Podría haber vuelto sobre sus pasos, pero incluso eso dejaría una señal por pequeña que fuera.

–El bosque se lo ha llevado –comenta Nu'uk.

–No digas estupideces –contesta Agtó–. El bosque no se lleva a nadie así como así. ¿Cuándo has visto al bosque hacer eso?

–Nunca había estado en este bosque.

–Este bosque o cualquier otro. Estás diciendo tonterías.

–¿Tienes una idea mejor? ¿Por qué no la dices, listillo?

–¿Por qué no te comes mi mierda?

–Te vas a comer tú mi lanza.

–¡Eh! ¡Callaos! –interviene Tarik–. Acerquémonos un poco más hacia el campamento. Si no vemos nada, cubriremos un poco de terreno en esa dirección. –Señala la parte del bosque que no han explorado–. No hay rastro hacia allá, pero aquí está la última huella que hemos visto.

–Se está haciendo tarde –dice Sirek–. El sol empieza a estar bajo, y el viento cambia de dirección.

–Lo mejor es que nos dividamos –afirma Ka'ab–, y así cubrir todo el territorio antes de que caiga la noche. Nos veremos de vuelta en el campamento.

–Está bien. Es cierto. –Tarik mira a su alrededor–. Necesito un par de hombres que me ayuden a barrer el terreno. Seremos más ágiles si somos menos.

Se ofrecen Koku'um y uno de los jóvenes.

–Nosotros iremos hacia el campamento para ver si ha vuelto. Avanzaremos un poco hacia nuestras tierras. Algo tenemos que encontrar –dice Ka'ab.

Con el grupo dividido, los hombres se encomiendan a sus jefes. Buscan en ellos el valor que les falta o, por lo menos, el instrumento para controlar el miedo que comienza a consumirlos por dentro. A Bo se le escapa el pensamiento; mira más allá: es su alma buscando una salida. Es un niño otra vez, y ahora es la voz de su padre la que evita que haga una estupidez. Vuelve en sí, se engaña diciéndose que no pasará nada malo mientras obedezca las órdenes.

Tarik parte hacia territorio inexplorado. Perdida toda la inocencia, en estas circunstancias no es el miedo quien lo habita, sino la pura violencia. Ya no es un cazador, es un guerrero, y se mueve entre las hojas dispuesto a matar. Sus manos se aferran a la lanza, y sus piernas flexionadas avanzan veloz y sigilosamente, sin titubeos ni errores. Los dos hombres que siguen sus pasos pronto notan el cambio en su cuerpo y agradecen no tener que enfrentarse a su furia.

–Conmigo –les susurra–. Manteneos cerca. No perdáis el paso.

Lleva dentro las almas de diez hombres. Oídos, ojos y nariz detectan todo lo que ocurre en el bosque. Sin detenerse a examinar el terreno, avanza con una convicción pasmosa.

–Por aquí, rápido –ordena. Señala el suelo–. No hay huellas porque alguien ha borrado el rastro, ¿lo veis?

Los otros no entienden cómo el miedo no lo detiene, pero obedecen en silencio. Cubren una distancia enorme en un tiempo cortísimo y, de repente, se frena de golpe y se agacha. Oculto ente la maleza, abre las piernas como si estuviera listo para atacar y, sin decir nada, levanta la

mano. Los hombres se detienen al instante, y Tarik, llevándose los dedos a los ojos, les indica que miren en una dirección.

Koku'um recorre el terreno con la mirada, buscando aquello que su jefe quiere que vean. Por delante, la maleza se vuelve espesa, y detrás parece esconderse un agujero, una entrada en el suelo. Una cueva; tal vez un túnel. Dos troncos caídos tapan el hueco tan bien que parecería que ningún humano ha pasado jamás por ese lugar.

–¿Ahí? –pregunta en voz baja.

–Shhh –contesta el jefe, tapándose la boca con el dedo.

Se acercan unos pasos más y los dos cazadores se esconden entre las matas para vigilar si alguien entra o sale del hueco. Tarik avienta su arma para que uno de los hombres la guarde. La lanza es demasiado larga, le estorba; tendrá que arreglárselas sólo con la azagaya. Después deja escapar una sonrisa y asiente con la cabeza para darles confianza. Los ojos de ambos expresan incredulidad cuando ven a Tarik ponerse pecho tierra y adentrarse en la oscuridad.

* * *

Ka'ab y los suyos regresan al campamento sin hallar un solo rastro. Y allí todo está tal cual como cuando lo abandonaron. Miles de ideas empiezan a atormentar sus almas. Los espíritus del bosque deben haberse ofendido. No hallan otra explicación. Ya se han llevado a uno de ellos y, si no se marchan, pronto desaparecerá alguien más.

El jefe es el único que de momento se mantiene sereno. Tarik tenía razón. Ningún rastro, ningún cambio. Es sospechoso. Nada es permanente en el bosque. Hay algo en el aire; es casi imperceptible, pero el aroma ha cambiado. Alguien ha estado ahí y ha borrado sus huellas cuidadosamente para evitar dejar señal alguna.

–¡Aquí! –exclama uno de ellos–. ¡Aquí, en el suelo!

Algo distinto. Un collar de conchas y dientes de animal, pero ninguna marca en la tierra a su alrededor.

–Es de Kaiim –dice otro–. Se lo he visto esta mañana. Estoy seguro.

–¿Qué hace aquí? ¿Qué hace aquí en el suelo?

–¿Lo llevaba hoy durante la caminata? –pregunta Jécom a Lokar–. ¿Se lo viste puesto?

–No lo sé.

–¡Piensa! ¿Lo llevaba puesto o no?

–¡No lo sé! No lo recuerdo. No me fijo en esas cosas.

Ka'ab lo recoge para examinarlo. Siente ese aroma otra vez. Es suave, como un toque en el aire. El nudo que ata el collar está deshecho, roto. No se lo ha quitado Kaiim, sino que alguien se lo ha arrancado del cuello.

–¡Aquí! –grita alguien más allá–. Aquí hay algo más.

* * *

Es una grieta ancha y profunda a la que le han construido un techo con troncos y barro, en el que han dejado algunos agujeros para que entre la luz y se mantenga iluminada, aunque no lo suficiente como para que Tarik distinga bien el suelo mientras la recorre. Da un paso, y los pies se le sumergen en agua; ese punto parece excavado, pues el piso es ligeramente más profundo. Pronto descubre que han construido un estanque y que han puesto una red en los troncos del techo para filtrar y almacenar la nieve derretida.

Más allá, el suelo se vuelve firme y seco otra vez, pero la grieta desciende aún más y aumenta la oscuridad. A partir de ahí, un túnel. A lo lejos titila la luz de una antorcha. Tarik camina despacio, listo para retroceder si detecta algún peligro. Pero diez pasos después se da cuenta de que está solo.

La pequeña cueva final sólo está iluminada por una antorcha. Tarik la toma para inspeccionar la caverna.

–Personas –dice para sí mismo al ver unos grabados en la pared.

Sean quienes sean no pintan, sino que escarban en los muros para dejar marcadas las figuras en la roca. Identifica la silueta de una mujer voluptuosa, de caderas anchas y pechos gordos, también los contornos de un caballo. Al otro lado, más grabados, pero algo en el suelo lo distrae. Tarik nota un olor. Su nariz detecta lo que sus ojos no ven, el lugar en el que duerme cada individuo. Todos son hombres; seis o siete adultos. Pero hay algo más: un animal. No, varios. Lobos, al menos cinco lobos. Y vivos. ¿Lobos que duermen con humanos? Asombrado, cree percibir incluso la zona en la que comen.

Un pasadizo conecta con otra sala de la cueva. Y allí finalmente Tarik siente que lo invade el miedo. Porque allí el suelo es un tapiz de huesos, muchos de animal, algunos otros de humanos.

–Estaba equivocado. No son personas.

* * *

Una bota, eso han encontrado; una bota similar a las que llevan ellos, con las costuras en los bordes de las suelas para que sean más rígidas y pelo en el interior del tobillo. Todavía conserva el olor de Kaiim. Primero el collar, y luego, a unos treinta pasos, la bota. Un poco más adelante, un pedazo de sus ropas.

Marcan el camino para que avancen en una dirección en concreto.

–Alguien juega con nosotros, jefe –le dice Jécom.

–Parece que quieren que vayamos hacia el arroyo –añade Nu'uk.

–¿Debemos seguir el rastro? –pregunta Agtó–. Puede ser una trampa.

–¡Kaiim! –grita Sirek–. ¿Dónde estás, Kaiim?

–Cierra la boca –le ordena Ka'ab–. ¿Quieres anunciar a todo el bosque que vamos en camino?

–Si han dejado este rastro, seguro que ya saben que lo estamos siguiendo –se excusa el chamán.

–No es buena idea hacerles saber que vamos hacia donde quieren –murmura Agtó.

Ka'ab se detiene para analizar el terreno, pero no logra encontrar una sola señal que le muestre a qué se enfrentan. Quienquiera que sea ha sido excepcionalmente hábil borrando sus huellas.

–¿Qué piensas? –pregunta Jécom entonces–. ¿Les seguimos el juego? Estamos aquí casi todos, y seguro que Tarik viene en camino. Podemos enfrentarnos a ellos. No pueden ser demasiados. Sería imposible borrar el rastro si fueran muchos.

Pero Ka'ab no dice nada. La furia tranquila de su rostro se ha desvanecido, y ahora cierra con fuerza la mandíbula, tenso todo su cuerpo por una ira que está a punto de explotar. No va a tolerar que jueguen con él y con sus hombres. No soporta la idea de haber perdido a uno de los suyos, no saber dónde está. Los han convertido en presas, e incluso es posible que los estén observando en ese mismo instante.

–Preparaos –gruñe entre dientes–. Quien sea que haya hecho esto está listo para pelear. Avanzaremos como las aves cuando migran. Yo iré a la cabeza, los más jóvenes a mi lado. Los de los extremos, quiero ojos abiertos. No creo que usen flechas. Parece que les gusta más el enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Se pone de pie y echa a andar abandonando todo el sigilo. No queda nada que ocultar. Como ha dicho el chamán, quien haya dejado ese rastro sabe ya que los hombres del clan lo siguen.

Al lado del jefe, Bo siente que se le va a escurrir la lanza de las manos. Aun así, la aprieta con fuerza.

* * *

Sale del túnel empapado en sudor. Los dos escoltas respiran aliviados al verlo emerger sano y salvo. Se sienta en el suelo y cierra los ojos mientras recupera la respiración.

–No están –les dice cuando se acercan.

–¿Son personas? ¿Son como nosotros? –pregunta Koku'um.

–No lo sé –responde Tarik–. Hay cosas que no consigo explicar. Son pocos, no más de siete. Y son hombres todos. Es posible que pertenezcan a una manada lejos de aquí. Tal vez el hambre los haya empujado a explorar otras tierras. Parece que la caza es mala en todos lados. Tampoco creo que sean demasiado buenos en batalla, por lo menos no tan buenos como nosotros; lo han pasado peor que nuestro clan.

Se detiene para acomodar sus pensamientos.

–Comen personas –continúa al cabo–. He visto huesos de hombres ahí dentro, personas a las que les han arrancado la carne.

–¿Uno de los suyos? ¿Un viejo, quizá? ¿Alguien que murió en la caza?

–Es posible. Es difícil ver algo ahí dentro. Y es algo para lo que no encuentro ninguna explicación. –Mueve la cabeza asombrado. Tal vez sea fruto de su imaginación, tal vez se haya confundido.

–¿Qué? –Koku'um lo anima a continuar.

–Hay rastros muy recientes de animales. Animales vivos. Lobos.

–¿Crees que se han ido ya y los lobos usan su cueva como madriguera? ¿Será eso lo que le pasó a Kaiim?

–El rastro es reciente. Es como si los lobos y esos seres estuvieran compartiendo la cueva. No tiene ningún sentido, pero es lo que se percibe ahí dentro. No puedo dejar de pensar en lo que dijo el jefe de la manada de los hombres bestia...

–No puedo creer que un hombre comparta cama con un lobo... Creo que te equivocas. O esos animales no son lobos, o ellos no son personas.

–Marcan las paredes como nosotros. Figuras. He visto caballos y mujeres. Es mejor que nos vayamos. Es posible que encuentren a los nuestros. El camino es largo hasta el campamento. Debemos ir a ayudar. Debemos darnos prisa.

* * *

El trayecto se hace eterno. Llegan hasta donde desaparecen los árboles y el arroyo que viaja junto a la pendiente gris, esa que sube hacia sus territorios, aumenta su caudal y se convierte en un río manso. Conforme avanzan, van encontrando más pertenencias de Kaiim, que los guían por una zona que no habían explorado todavía. Allí, junto a un torrente, las rocas, grandes y desiguales, deforman el suelo y les impiden avanzar en formación. Pero, aunque no pueda formar una fila, tratan de mantenerse cerca unos de otros y se comunican con señas todo el tiempo. No preocupa a Ka'ab que se trate de una trampa. Comienza a sospechar que sus adversarios se saben en desventaja y que están tan hambrientos como ellos. Es la desesperación lo que los ha obligado a actuar.

De repente, Agtó lo distingue a lo lejos. El sol ha comenzado su ocaso

y el cielo ya se tiñe de naranja. Está allí, a unos doscientos pasos del río, bajo un par de árboles solitarios. Es el final del misterio. Queda de él la mitad superior de su cuerpo, clavada sobre tres estacas; una sostiene el tronco, y otras dos, a los lados, le atraviesan las manos y le abren los brazos. Le han arrancado el abdomen y las piernas, lo mismo que la lengua y los ojos. El grupo entero observa el cadáver aterrado. El rostro de Kaiim todavía conserva un angustioso gesto de dolor.

–Mira esto, jefe –dice Jécom, que se ha acercado para inspeccionar. Está revisando entre la sangre que baña las rocas en la base de las estacas–. Hay pelo y restos de piedra que se han desprendido de una cuchilla rudimentaria. No son nuestras armas. Este pelo es gris rojizo. ¿Lo ves? Y el olor... Un olor suave a animal, lo único que hemos logrado percibir en las cosas de Kaiim y en el aire. Han sido ellos, lo sé. Una persona no podría hacer esto. Han querido vengarse por lo de la chica.

Ka'ab mira hacia lo alto de la pendiente, detrás de los árboles.

–¿Qué tan cerca de aquí está su caverna? –pregunta.

–No debe estar demasiado lejos. De hecho, es posible que este justo aquí arriba.

–Esos malditos. Vamos –ordena–, todos allí.

Corre hacia la pendiente y comienza a escalar. Por detrás, los hombres lo siguen, aunque les cuesta igualar su velocidad. Tierra y rocas se desprenden ladera abajo cuando clavan manos y pies para darse impulso. Algo ha tomado posesión de su espíritu, incluso de Bo. El cansancio, el hambre, la búsqueda, el miedo tan agobiante, tan agotador, todo se ha convertido en ira. Sienten deseos de matar.

Antes de darse cuenta están de vuelta en su bosque y avanzan con prisa entre los árboles, sin cuidar cómo pisan la tierra húmeda, indiferentes a los rastros que puedan dejar. Y no tardan en llegar a la aldea de los hombres bestia. Parece que los están esperando, pues a los once cazadores rabiosos los reciben siete de sus guerreros, armados con lanzas y dispuestos a pelear. Se miran entre sí y no dudan: sus sospechas eran ciertas; han descuartizado a Kaiim y esperaban represalias.

Es la primera vez que la mayoría ve la aldea de los hombres bestia, ese claro libre de árboles alrededor de la entrada de una cueva en el que han construido dos cabañas y algunas hogueras. Alrededor, en el suelo, han dispuesto unas rocas en las que han estado trabajando recientemente: tallaban armas, armas muy parecidas a los pedazos encontrados junto al cuerpo de su compañero; mismo tono de la roca, mismo tallado y golpeo. Sólo tienen frente a sí a esos siete hombres bestia; el resto de la tribu se ha escondido.

Los dos grupos cruzan las miradas por un instante. Al segundo siguiente, uno se abalanza sobre Ka'ab.

Pero el jefe cazador es un guerrero experimentado. Da dos pasos al frente, tira su arma y deja que aquella criatura corra hacia él. Cuando casi lo tiene encima, lo agarra de los brazos, se deja caer hacia atrás, rodando, y, aprovechando su impulso, lo hace volar hacia su espalda, empujándolo en el aire con las piernas. Todo ocurre muy rápido. El hombre bestia cae como un animal herido. Cuando al fin recupera pie y está listo para atacar otra vez, Ka'ab ya ha recogido su lanza y se la ha clavado en las costillas.

Al ver esto, los otros seis atacan. Pero no son rival para los hombres del clan. Aunque parecen más fuertes, sus armas son inferiores, sin punta de roca, sólo de madera tallada. Y, además, son menos, están superados casi dos a uno. Pronto el más fuerte de ellos cae derrotado con suma facilidad, lo que atemoriza a unos y envalentona a los otros. No pasa demasiado tiempo antes de que todos los hombres bestia yazcan muertos en el suelo.

–Inspeccionad la zona –dice Ka'ab, limpiándose la sangre de la cara con el antebrazo–. Encontradlos a todos y traedlos aquí.

Se dividen. Unos entran en la cueva, otros en las cabañas. Y de ambos lugares hacen salir al resto de la tribu, hombres, mujeres y niños.

Bo, Lokar y otro joven han accedido a la más pequeña de las dos chozas. Los niños que se amontonan en un rincón salen corriendo en cuanto los ven entrar. Jécom los agrupa fuera golpeándolos con el mango de su lanza y los obliga a sentarse en el suelo frente a su jefe. Sólo han quedado dentro un hombre joven y una anciana, de edad parecida a Ba'aba.

–Fuera –les dice Bo–. Salid de aquí.

El hombre le da un puñetazo como respuesta. Boká recibe el golpe desprevenido, pero al instante contesta con furia y lo hiere con la lanza en la pierna. La mujer grita de miedo.

–¡Eres un estúpido! No te he hecho nada. Es culpa tuya, ¿no lo ves? ¡Por qué has sido tan estúpido!

El joven se mantiene de pie a pesar de la herida, dando saltos sobre una pierna. Su rostro no expresa miedo o agresividad, sino sólo una sonrisa nerviosa.

–¿De qué te ríes? –le pregunta Bo–. ¿Qué te parece tan gracioso? –repite, al tiempo que lo golpea de nuevo, ahora con suavidad, haciéndolo bailar sobre la única pierna que puede usar–. ¿Te parece gracioso esto? ¿Te parece gracioso? –Lo apalea varias veces con el mango de la lanza–. Salta, estúpido, salta.

–¡Mátalo, Bo! –exclama Lokar–. ¡Mata a ese maldito!

Está a punto de hacerlo. Puede sentir cómo sus manos asen con fuerza al arma, cómo sus brazos la levantan en el aire, dispuestos a clavársela en la cabeza. Pero no puede hacerlo. Su alma no se ha perdido del todo.

Miles de espíritus le recorren el pecho y las emociones lo embargan. Al momento siguiente, relaja los brazos y comienza a llorar sin control.

–Eres un cobarde –le dice Lokar, furioso–. Eres una vergüenza. Se está riendo de ti, ¿no lo ves?

–¿Qué pasa aquí? –Jécom se asoma por la puerta de la cabaña–. Salid. Venga.

–Este maldito se está riendo de nosotros –insiste Lokar fuera de sí, dando un paso al frente y enfrentándose al muchacho bestia.

–Déjalo, ¿vale? –le pide Jécom–. Déjalo y vamos fuera.

Bo le tira del brazo para alejarlo y lo obliga a moverse hacia la puerta de la cabaña. Parece que Lokar se tranquiliza, pero de pronto pierde la cabeza y se abalanza sobre el muchacho. Le clava la lanza una y otra vez, con fuerza, con rabia, incluso cuando ya está muerto. De fondo oyen los gemidos de la anciana rogando que se detenga; luego, al ver que el chico ya no respira, se deja caer hacia atrás sin ganas de vivir. Bo no cesa en su llanto. Jécom mira la escena atónito.

–¿Habéis visto cómo sangra? –Lokar, jadeando, esboza una sonrisa–. Mirad cómo se le sale todo lo de dentro de la cabeza. Deberíamos matarla a ella también. Seguro que fue idea suya lo de Kaiim. Seguro que nos mataría a todos ahora mismo si pudiera.

Ya han sacado a toda la manada de sus escondites, y ahora los están agrupando en el claro. El gran jefe se lanza sobre Ka'ab con el rostro empapado en lágrimas. Su llanto deja ver unos dientes prominentes y filosos. Con movimientos torpes, golpea el pecho de quien ha acabado con sus hijos y ha sellado el destino de su familia. Aunque apesadumbrado, el cazador no tiene más remedio que contraatacar; poco después, cuando lo ve derrumbarse frente a él, se dice a sí mismo que todo ha sido en defensa propia. Entonces busca con la mirada al hombre bestia que permanece arrodillado junto a los suyos. Su coleta, similar a la del jefe, lo señala como el segundo al mando.

–Tú, ven aquí –le dice Ka'ab, agarrándolo de los pelos para ponerlo de pie–. Ven, ven aquí.

–Jefe –lo corta de repente uno de los hombres–, hemos encontrado esto escondido debajo de los frutos que tenían almacenados. –Dejan caer a sus pies armas más elaboradas, de punta de piedra fina, similares a las que utiliza el clan.

–Iktaá, ven aquí –ordena Ka'ab–. Traduce.

Hay un gran alboroto. Los niños lloran y las mujeres sollozan mientras los cazadores les ordenan a gritos que se callen.

–Pregunta qué es lo que hacemos aquí –dice Iktaá–. No entienden a qué hemos venido.

–¿Cómo se hizo esas cicatrices? –le contesta Ka'ab, señalando las

heridas que el hombre bestia tiene en el pecho y en los hombros.

–Dice que a lo largo de los años. En la caza.

–¿De dónde sacaron las armas?

–Dice que las hicieron ellos.

–Miente. Dile que voy a acabar con toda la aldea si no me dice de dónde han sacado las armas.

El hombre bestia grita y llora, desesperado.

–¡Matémoslos a todos! –se oye entre los cazadores.

–Mientes –insiste Ka'ab, mirando al nuevo jefe de los hombres bestia–. Pregúntale, Iktáa, por qué ha matado a uno de los nuestros. Dile que nos han provocado y que morirán todos si no me dice la verdad.

–Dice que no sabe de qué hablas.

–¡Las armas! ¡De dónde han sacado las armas!

Por sorpresa, una mujer se pone de pie y se encara con Ka'ab. El hombre bestia la empuja hacia atrás para que vuelva al grupo, pero ella lo empuja de vuelta mientras grita y gesticula con los brazos. Es una mujer adulta, con algunos cabellos grises. Sus pechos desnudos se balancean con cada grito.

–¿Qué quiere ésta?

–Dice que hemos destruido a su manada. Nos está echando.

Ka'ab da dos pasos hacia atrás. Le retumban los oídos. No se escucha otra cosa que los berridos furiosos y lastimeros de la mujer bestia. Sabe que no logra controlar la situación porque no es capaz de controlarse a sí mismo. Exasperado, también suelta un chillido y libera su locura clavándole la lanza. La mujer calla al instante. Cae al suelo, muerta, y el hombre bestia se arrodilla a su lado llorando.

–Las armas. ¿De dónde las habéis sacado? ¿Por qué matasteis a Kaiim? Voy a mataros a todos uno por uno si no me lo dices...

–Las hicieron ellos –traduce Iktaá–. No sabe de qué hablas.

–Matémoslos, jefe –dice otro–. Acabemos con todos.

–Fuera de mi camino –ordena Ka'ab, que se acerca al grupo de niños. Coge a uno y, poniéndole un cuchillo en el cuello, se arrodilla frente al hombre. Agarra al niño con fuerza, y éste gime. Todos, incluido Sirek, que ha estado observando lo sucedido paralizado por el miedo, se temen lo peor–. Lo voy a matar si no me lo dices.

El hombre bestia chilla desesperado.

–¡No! ¡Mientes! –grita Ka'ab–. ¡Mientes!

Está a punto de hacerlo. Va a rebanar la garganta al chiquillo. Entonces una voz lo detiene:

–¡Ka'ab! –alguien grita desde el otro lado de la aldea–. ¡Ka'ab!

Es Tarik, que aparece escoltado por Koku'um y el hombre joven que los acompañaba. Muestra un rostro furioso cubierto de mugre y sudor.

–¿Qué crees que estás haciendo? ¿Quién te has creído que eres? –pregunta al llegar, sin dejar de mirar los cadáveres que hay en el suelo.

–No te metas en esto, Tarik –refunfuña Ka'ab con inseguridad. Pero suelta al niño y se yergue, quizá consciente de su locura por un instante–. No es asunto tuyo. Tú tenías otra misión.

–Eres un malnacido –responde Tarik, al tiempo que lo golpea en el rostro con el mango de la lanza y se echa sobre él.

Los dos hombres se enganchan en el suelo. Ambos han tirado las armas y se revuelcan por el suelo, pegándose puñetazos y tirándose de los pelos. El resto de los cazadores estalla en un frenesí violento.

–Dale, dale duro –dice uno de ellos.

–Del cuello, del cuello. Acaba con él.

–¡Ya basta! ¡Suficiente! –estalla Sirek, interponiéndose entre los dos–. ¡Separaos! ¡Ya basta!

Los dos guerreros siguen insultándose mientras sus hombres los sujetan con fuerza para que no se vuelvan a enzarzar. La sangre les mancha el rostro.

–¡Suficiente! –insiste Sirek–. ¡Vámonos! ¡Quememos este lugar y vayámonos! Separaos y vámonos.

–Sirek –dice Tarik con lágrimas en los ojos, lamiéndose la sangre que tiene sobre los labios. Nota los cabellos alborotados cubiertos de tierra–. ¿Por qué no has hecho nada? ¿Por qué no has hecho nada para parar esto?

–No sé de qué me hablas.

–¿Que no...? Claro que sabes de lo que te estoy hablando.

–No, no sé de qué me estás hablando, Tarik. Quemaremos este maldito lugar para olvidarnos de todo, para olvidar que esto ha sucedido. No volveremos a hablar de ello.

–Aunque Sirek no haga nada, yo contaré lo que has hecho a los clanes, Ka'ab, y te condenarán a vagar solo por el mundo –jadea Tarik–. Esto no se va a quedar así. Serás expulsado. Te juro que esto será tu final.

Con una mezcla de asco y placer que sus espíritus no logran comprender, los hombres toman madera encendida de las hogueras y queman las chozas. Echan al fuego armas, pieles y hasta comida. Cuando se marchan de la pequeña aldea, todo queda destruido.

Bo abandona el lugar sumido en la desesperanza, sin entender nada; simplemente sigue a los hombres de Tarik, cuyos rostros parecen consumidos por la tristeza y el cansancio. Pocos pasos más allá, ven tres espaldas encorvadas entre las hojas. Lokar y otros dos jóvenes han separado del grupo a unas niñas y se han echado sobre ellas. Con las piernas abiertas, lloran y gimen confundidas por el dolor. Boká no titubea. Ha guardado silencio mientras Tarik no estaba, pero no puede aguantar más. El valor también es una chispa que consume espíritus.

–¿Qué estáis haciendo? –grita, y comienza a empujar a los jóvenes para separarlos de las niñas–. ¿Qué es esto? ¿Qué estáis haciendo?

Sabe que no puede matarlos. La ley se lo prohíbe. No puede matarlos, pero quisiera.

–¿Eres idiota o qué, Bo?

–¡Basta! –dice, una vez que las niñas están a salvo detrás de él–. ¡Os habéis vuelto locos! ¡Estáis todos locos!

–Ni siquiera son personas.

–No lo entendéis. No entendéis nada. Son criaturas del bosque, como nosotros.

–Ve y conviértete en chamán –le dice uno, escupiéndole en la cara–. No sirves para ser un guerrero.

–No entendéis nada –repite, más calmado, y se lleva a las niñas aparte–. No entendéis nada. Todo está bien –les miente a ellas–. Todo está bien.

–¡Salid de ahí! –aúlla Tarik desde la distancia–. ¡Vámonos!

* * *

El cielo ha pasado de naranja a azul oscuro. Ya están lejos, pero aún pueden ver dos columnas de humo que se elevan hacia el cielo; son la señal que anuncia al bosque la destrucción que han causado.

Antes de volver con los suyos, han regresado al bosque desconocido para levantar el campamento y recoger cualquier cosa de valor. En ello se afanan cuando Sirek llama a los dos jefes cazadores.

–Tengamos paz –les dice el chamán–. Por el bien de nuestro clan, olvidémoslo todo. ¿Podemos hacerlo? Volveremos con ellos, volveremos al norte, y todo será como siempre. Olvidemos que esto ha pasado.

Ka'ab asiente con la cabeza.

–No, no habrá paz –niega Tarik por su parte–. Si tú no quieres hacer nada, yo lo haré. Hablaré a los clanes sobre lo que ha sucedido aquí hoy. Me encargaré de que no se olvide jamás. Contaremos esta historia a la luz del fuego. Y tú, tú vagarás solo en la oscuridad –concluye, mirando a Ka'ab.

–No es prudente –insiste Sirek–. Seguir por este camino extinguirá al clan. Todos tendremos que ir con otros clanes, y la familia de Ba'aba y nuestros ancestros se perderá para siempre.

–Si eso es lo que ha de ocurrir, que así sea –afirma Tarik.

Ka'ab no abre la boca. Se vuelve con los suyos para terminar la tarea. Hay suficiente distancia entre los hombres para que puedan hablar sin que un grupo escuche al otro.

–La cosa se descontroló... –dice Nu'uk a los suyos–. No sé qué ha pasado. Todo iba tan rápido...

–Lokar tiene el alma enferma –asegura un joven–. Tiene sed de sangre. Me da miedo.

–No nos centremos demasiado en esto –interviene Koku'um–. Tenemos que seguir adelante y salir de este maldito bosque.

–No sé vosotros –continúa Nu'uk–, pero algo se me ha aferrado dentro. Algo me duele en el alma, y no sé si alguna vez me dejará de doler.

Pero nadie dice nada más, pues Tarik se llega hasta ellos. En el grupo de Ka'ab es al revés: están trabajando en silencio y sólo comienzan a hablar cuando él regresa.

–¿Qué dices, jefe? –le pregunta Jécom–. ¿Hablará ese necio de Tarik? Nos vamos a meter todos en un problema si habla. Todos nosotros. Todo el clan.

–Ese tonto nos va a condenar –lo apoya Lokar–. Alguien debería cerrarle la boca.

–¿Qué dices, Ka'ab? –insiste Jécom–. ¿Hablará?

Ka'ab permanece callado observando el bosque.

–Nada –dice Lokar–, te preocupas demasiado. Ka'ab arreglará esto, como siempre lo hace. Seguro que se le ocurre algo.

Las miradas de los dos jefes cazadores se encuentran en la distancia; dos rayos violentos que caen en el mismo lugar.

Todo está ya recogido. Si avanzan a buen paso, estarán poco tiempo expuestos a la oscuridad antes de llegar a la cueva. Salen a toda prisa, pero algo los detiene. No han dado ni cien pasos. Pero se han encontrado a un hombre. Hay un hombre que los espera de pie entre los árboles. Su atuendo es diferente, pero es como ellos, de eso no hay duda. No usa la piel ceñida del ciervo, sino la del lobo, cuyo pelaje cae hacia fuera sobre los hombros, las caderas y los tobillos, lo que lo hace parecer más grande, más fuerte, más amenazador. Lleva la barba amarrada con una trenza y los cabellos claros sujetos en lo alto de la cabeza. Tiene las manos cubiertas de sangre seca, y en una de ellas sujeta una lanza. No está en posición de ataque, pero algo en su postura indica hostilidad.

Los hombres del clan se posicionan para la lucha. Durante un momento lo observan, y al cabo deciden avanzar hacia él. Si quiere guerra, que así sea. Entonces, por detrás del hombre, por entre las plantas del bosque, aparecen dos nuevas criaturas. Lobos. Las dos bestias se acercan al misterioso individuo y se colocan a ambos lados. Miran fijamente a los guerreros y, al momento, inclinan la cabeza con agresividad y enseñan los dientes. Pero sólo cuando el hombre hace un gesto con las manos, los animales atacan.

LOS HOMBRES QUE CAMINAN CON LOS LOBOS

«Una vez que la selección natural hubo llevado el organismo, el cerebro y la conducta de nuestros antepasados al despegue cultural, comenzó a evolucionar la propia cultura con arreglo a sus propios principios de selección y a sus propias pautas de orden y desorden, azar y necesidad. Durante los 35 000 años siguientes, la selección natural continuó moldeando el organismo humano y adaptándolo a diferentes hábitats. Pero estos cambios no pueden en modo alguno explicar las inmensas diferencias existentes entre los repertorios culturales de las modernas sociedades industriales y de la época prehistórica».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

Habría que ir diez generaciones atrás para encontrar al primero de sus ancestros que caminó con los lobos. Hubo una época en la que las familias se componían de cientos de hombres y la caza era abundante. Es una historia que los más ancianos relatan por las noches. En esos tiempos, cuentan que existió un niño que podía hablar con los animales. Los pájaros se posaban sobre sus hombros, y los ciervos y los caballos pastaban tranquilos a su alrededor. En una ocasión, un lobo herido salió del bosque y se sentó junto a él al calor del fuego. El muchacho lo curó y compartieron la cena. Así sellaron la unión entre las dos especies.

La abundancia de aquel entonces ha desaparecido.

Hoy son un grupo pequeño, una única familia de setenta personas. Viven en una estepa entre las orillas de un lago salado y un bosque poco frondoso, ocupando el interior de las cuevas en invierno y cabañas de piel durante el verano. Cazan a campo abierto, son expertos arqueros y practican el matrimonio: un hombre para una mujer. Aunque cambian de vez en cuando la ubicación de su hogar, no migran cada temporada. Casi ninguno de ellos ha visto a otra persona que no sea miembro de su tribu; casi ninguno ha ido más allá de las fronteras de la estepa.

Los gobierna un consejo de ancianos, compuesto por hombres y mujeres. Son hábiles en la creación de armas y el tallado de la piedra, pero no pintan ni las cuevas ni sus ropas porque no saben elaborar la tinta. Utilizan ropas muy distintas para la caza y para la vida en la aldea. Cuando los estómagos están llenos y pasan tiempo en familia, se decoran los cabellos sueltos con hojas y plumas de colores, y se tapan con unas largas prendas de piel de alce desde el cuello hasta los tobillos. En batalla, se cubren los hombros, las caderas y las piernas con el pelaje de los lobos, dejando descubiertas las rodillas y los codos para tener más movilidad.

El lobo es su mejor arma. Vagan libres por la aldea, aunque les prohíben acercarse a los niños. No duermen en el mismo espacio, salvo en viajes de caza, y se cuidan mucho de a cuáles alimentan y a cuáles permiten tener crías. Premian no a los más fuertes, sino a los más obedientes; dan mayor rango y privilegios a los más efectivos y sigilosos; reprenden y castigan a los que gruñen, ladran o aúllan y a los que rompen la formación, ahuyentan a los animales o dejan demasiados rastros. No creen en el espíritu de los animales, probablemente porque tienen control sobre uno de ellos y porque sienten que, con algo de esmero, podrían dominarlos a todos.

Rezan a los dioses elementales, todos hijos de la diosa madre, una mujer de caderas anchas y abdomen, pecho y glúteos abundantes. No da y no quita; ni premia ni castiga. De ella nacieron la tierra, el cielo, el viento, el fuego y el agua. Los humanos no se cuentan entre las obras más importantes de la creación y, por ese mismo motivo, no se les da enterramiento y no está prohibido matarlos y comerlos.

Es una tribu herida de muerte. Desde hace un par de generaciones, han empezado a tener problemas para los que no hallan solución: de los bebés que nacen, muere la mitad, y de los individuos en edad de procrear, son bastantes los que no lo consiguen, por mucho que se esfuercen. A esto hay que añadir que el clima ha ido cambiando y cada vez hay menos animales. Por eso el consejo de ancianos ha decidido que una expedición de sus mejores guerreros ha de viajar a las tierras del norte, más allá de las fronteras conocidas, y buscar nuevos territorios de caza. Si las

condiciones son favorables, se mudarán allí.

Son siete hombres con siete lobos los que marchan dejando atrás esposas e hijos. El rastro de los animales los conduce hasta un bosque que nunca antes habían pisado, cálido, de vegetación verde y alegre. Temen acampar al aire libre en un lugar que no conocen, por lo que deciden ocupar una cueva escondida que uno de ellos encuentra por accidente; en ella, el suelo se rompe hacia el interior de la tierra, hacia un túnel que termina en una caverna caliente y cómoda. Ponen techo a aquella profunda grieta y construyen una zanja con barro en el interior, donde la nieve, que en ese bosque se derrite con rapidez, se acumula en forma de agua.

Por los alrededores abundan los animales, pero son incapaces de darles caza. Sus arcos y flechas no sirven entre los árboles, y no son demasiado buenos con las lanzas, que están acostumbrados a tirar desde largas distancias. Para tener éxito, han de acercarse sin ser detectados, perseguir a la presa hasta la extenuación y enfrentarse a ella cuerpo a cuerpo. Y no saben hacerlo, como tampoco los lobos, que a menudo terminan ahuyentando a la presa.

Tras explorar el bosque, han establecido sus fronteras: desde el camino que por el sur conduce a las tierras en las que vive su familia, hasta el arroyo que bordea un risco del que nunca han pasado. Allí hay animales, y están seguros de que tarde o temprano matarán alguno. Mientras tanto, han aprendido a identificar los frutos comestibles que les ofrece la naturaleza y a cocinar las raíces de algunas plantas, y con eso y las ardillas y ratones que los lobos atrapan de vez en cuando sobreviven.

Un día, escuchan gritos de guerra en el que poco a poco se ha convertido en su bosque. A lo lejos distinguen a unas criaturas que están cazando un jabalí. Parecen hombres, aunque es difícil asegurarlo. Caminan a dos patas y usan armas igual que ellos, pero su aspecto es muy diferente y van desnudos. Además, despiden un aroma peculiar. Por si acaso, se esconden y controlan a los lobos con correas. Observando sin ser vistos, aprenden de sus técnicas de caza.

Empiezan a tener éxito. Un jabalí, un ciervo joven, una cría de alce... Al fin pasan las noches cocinando y llenándose la barriga a la luz del fuego. Ya han aprendido suficiente de esas criaturas. Ha llegado el momento de dejar de compartir el bosque. La siguiente vez que los vean cazando, será la última.

Salen a su encuentro mientras los otros persiguen a un animal, dispuestos a pelear y a morir por sus nuevas tierras. Pero esos seres mitad hombre mitad animal no quieren batalla. Al ver que los lobos los obedecen, sienten miedo y se marchan para siempre.

Pero saben que viven más allá del arroyo y del risco. Y tal vez no sean

los únicos. No es el hambre, sino la curiosidad lo que los impulsa a explorar nuevos territorios. Los lobos no se mueven bien por los peñascos, pero se las ingenian para que asciendan por el rocoso y escarpado camino hasta llegar a otro bosque más frío y de vegetación alta y oscura. Allí no hay otros seres vivos que no sean las criaturas extrañas, aunque sí personas, hombres como ellos, un gran grupo de cazadores. En cuanto detectan su rastro, con toda precaución para no ser advertidos, comienzan a seguirlos. Durante varios días, los observan, los cuentan, aprenden sus hábitos de caza e incluso ven dónde viven. Luego, en la cueva, los siete discuten qué hacer. ¿Serán una amenaza? ¿Entrarían en guerra con ellos si los vieran? ¿Podrían vencerlos? Y al fin una noche deciden mandarles a los lobos. Pero resultan ser mejores guerreros de lo que pensaban; un hombre cae, pero pierden un par de animales. Lo mejor será mantenerse alejados.

Pero un día, desde el sur, un bisonte solitario se ha adentrado en el bosque buscando sombra y vegetación. Pese a ser una presa enorme y peligrosa, se sienten capaces, y durante un par de días lo persiguen, acosándolo hasta la extenuación. Desesperado, el animal hace un último intento de huida escalando hacia lo alto del risco. Es entonces cuando logran herirlo en una pata. Es suyo, no tiene escapatoria. Y ya lo cercan para darle el golpe final, cuando detectan el aroma de los otros cazadores. Impotentes, retroceden, y serán ellos quienes marchen con la gran presa.

Esa noche, discuten entre ellos. Era un enorme riesgo entrar en guerra por esa carne; a fin de cuentas, el animal había salido de sus territorios. Y se dan cuenta de que, durante la persecución del bisonte, han perdido dos armas, las dos con las que han logrado herirlo. Al día siguiente vuelven a buscarlas, pero la pendiente está limpia; allí no están.

A partir de ese día, la caza es peor, no hay animales. Y eso los lleva de nuevo a ir más allá de sus tierras. Pronto descubren que tanto los hombres mitad animal como el grupo de cazadores y su tribu se han marchado. Sorprendidos, exploran su cueva. Allí todo es extraño. Las mujeres y las crías duermen juntas y apartadas de los hombres; seguramente no saben quién es el padre de quién. Pintan las paredes con formas inteligibles. Y son hábiles cazadores, el olor de las pieles es prueba de ello, pero han ingerido grandes cantidades de frutos y bayas, así que han pasado hambre. Aun así, es probable que tengan la intención de volver.

Recuerdan a menudo a su estepa y a su familia, pero no sienten ninguna prisa por regresar. Son mejores cazadores que cuando llegaron, y ahora comienzan a sentirse cómodos en el bosque. No sólo es un territorio que defienden, ya es su hogar, de ellos y de los lobos. Son un nuevo grupo. En realidad, no echan de menos a sus padres, a sus mujeres o a sus crías. Estaban hartos, más bien, hartos del hambre y de los bebés

muertos o deformes. Aunque siguen llevando siempre a su diosa madre con ellos y escarban su silueta en las paredes de la caverna. Durante el verano, uno de ellos cae enfermo. Cuando muere, les sirve de alimento, que comparten con los lobos.

Al invierno siguiente reaparece el grupo de cazadores. Y ahora son ellos los que, cada vez más, entran en sus tierras. Incluso se quedan varias noches y duermen al aire libre. ¿Deberían echarlos? Lucen tristes y famélicos. Pero, el día en que los ven lanzarse sobre un ciervo que vagaba solitario por el bosque y lo ahuyentan, deciden que ése es el último bocado que pierden por su culpa.

Ha de hacerse con cuidado. No saben que están ahí, ésa es su principal ventaja. Quizá no sea necesario entrar en guerra. Bastará con asustarlos. Uno de ellos cojea, uno de los jóvenes. Sujetan firmemente a los lobos mientras los rodean y, con sigilo, raptan al muchacho herido. Le cubren la boca para que no grite y lo acuchillan varias veces en el abdomen, sin dejar que la sangre toque el suelo. Luego borran sus huellas y ocultan el rastro. Quieren infundirles el terror suficiente para que no vuelvan más. Pero entonces uno plantea una idea: ¿por qué no hacerlos luchar con los mitad animal? Que se maten entre ellos. Y así van campando huellas hasta la parte del risco que sube directo a la aldea, donde cuelgan en unas estacas el cuerpo mutilado del joven que mataron.

No es una guerra. Es una masacre. Esas criaturas no son rival para ellos.

Pero esos hombres vuelven a su bosque una vez más, y saben que seguirán haciéndolo, saben que no se largarán de su bosque a menos que los obliguen. Se ha terminado el tiempo de observarlos desde los matorrales.

Los esperan de camino a sus tierras. Sólo uno aparece frente a ellos para no desvelar cuántos son. Y ordena a los lobos que ataquen en cuanto los tiene delante. La guerra ha comenzado.

* * *

Retroceden. No es ese hombre lo que los asusta, sino el hecho de que los animales obedezcan sus órdenes. Tal vez no sean lobos, sino otra cosa, algún espíritu deforme, la furia del bosque. Retroceden un poco más, listos para huir y esconderse entre los matorrales. Pero, cuando se dan la vuelta, se topan con otros dos individuos.

Sí son lobos. Hay tres más junto a esos nuevos enemigos. Conocen bien su aroma, su figura, sus movimientos. El alma de Bo se contrae cuando escucha de nuevo el mismo gruñido que casi le reventó los tímpanos la última vez.

Todo ocurre muy deprisa.

–Todos al bosque –grita Tarik, que trata de repeler a un lobo con la lanza–. Huid al bosque.

Los hombres extraños no hacen nada. Sólo observan la lucha. Los dejan huir. Está empezando a oscurecer.

–¿Por qué no nos persiguen? –pregunta Jécom entre jadeos, una vez que han conseguido ocultarse, lejos.

–Dejan que caiga la noche –dice Ka'ab.

–¿Por qué? –pregunta Koku'um.

–Nosotros no podremos verlos –contesta Tarik–, y ellos tampoco a nosotros, pero nos resultará imposible ocultarnos de los lobos. Su olfato no es como el de los ciervos. Hagamos lo que hagamos, nos van a encontrar.

–¿Por qué los obedecen? –pregunta Nu'uk–. ¿Qué clase de hechizo es ése?

–Eh, tú –espeta Ka'ab a Sirek–, explica eso. ¿Por qué los obedecen?

El chamán es seguramente a quien más consume el miedo. Mira para todos lados, cree oír que los espíritus vienen a por él. Parece que está a punto de echarse a llorar.

–Di algo –insiste Ka'ab–. ¡Habla!

–No lo sé. No lo sé. Deben de tener una forma de comunicarse con los espíritus. No lo sé. Jamás había visto a un animal comportarse así.

–Matemos a los hombres –sugiere Ka'ab–. Ellos los controlan. Si acabamos con los hombres, los lobos serán un problema menor. Sabemos que son tres.

–Son siete –lo interrumpe Tarik–. O, por lo menos, seis. Estuve en su guarida, no muy lejos de aquí. Lobos hay cinco.

–¿Son hombres?

–Lo son. Iguales que nosotros.

–De acuerdo, pues les llevamos la ventaja de que somos más.

–Tenemos que dispersarnos. Es nuestra mejor opción. Debemos sobrevivir a la noche separados y sin dejar de movernos. No os dejéis derrotar por el cansancio. Más vale un golpe bien dado que morir luchando sin utilizar la cabeza. Donde haya un lobo, estará uno de ellos. Si sois descubiertos, gritad, anunciad vuestra posición. Quien esté cerca debe ir en su ayuda.

Entonces Ka'ab hace algo que sorprende a todos, menos a Tarik, que lo entiende a la perfección. Toma su cuchilla y se hace un corte en la mano, profundo y doloroso, por el que al instante sangra profusamente. Luego pasa la mano por el cabello, las barbas y las ropas de Tarik, quien se deja ensuciar mientras se le escapa una sonrisa.

–¡Ya vienen! –dice Iktaá–. Vienen hacia acá.

–Ya lo sabéis –dice Tarik–. Dispersaos. No dejéis de moveros y acudid si alguien os pide ayuda. Utilizad la oscuridad a vuestro favor. Cubrid vuestro rastro.

Y al momento parten los cazadores cada uno por su cuenta, dejándose cobijar por el manto de la noche. Sólo dos permanecen cerca el uno del otro, Tarik y Ka'ab, el segundo siempre unos pasos detrás del primero. El primero se adentra en la maleza al tiempo que se embarra también con unas heces que encuentra en su camino; por el contrario, el otro hace todo lo que puede por ocultar su olor, pasándose tierra por la frente y los brazos y amarrándose hojas en las costuras de la ropa.

Cuando la oscuridad total cae sobre el bosque, se hace el silencio. Es una noche sin luna. Para Bo es una pesadilla. Si va demasiado lejos, podría no saber volver; si deja de moverse, podrían encontrarlo. Se revuelca en la tierra húmeda siempre que puede y corre con el mayor sigilo posible. Cada vez que escucha el jadeo de algún lobo, se detiene y contiene la respiración. A ratos, siente cómo se le cierran los ojos, no porque tenga sueño, sino porque su alma se quiere rendir; preferiría dormir y no saber que ha muerto. Pero no, no debe parar, tiene que sobrevivir. Los músculos de las piernas se le engarrotan mientras huye de nadie hacia ningún lado. Está en las manos de los espíritus.

Los demás se mueven igual de desesperados; sin sus jefes, son como huérfanos en un mundo desconocido. De repente, Jécom se topa con un árbol robusto y alto. Distingue una grieta a media altura del tronco, quizá lo bastante grande para esconderse ahí. Valiéndose de la lanza, escala hasta la abertura y se mete en ella de espaldas. Por un tiempo, allí se siente seguro. No logra sacarse de la cabeza el gesto de Ka'ab, cómo ha restregado su mano ensangrentada por todo el cuerpo de Tarik sin que éste se lo tomara como una ofensa.

–Donde haya un lobo, estará uno de ellos –repite para sí mismo–. Donde haya un lobo...

Puede oír algo. Y muy cerca. Es uno de los suyos, lo sabe por el olor. Vaga sin rumbo. Debe de ser uno de los jóvenes. Al momento siguiente, un gruñido. Ruidos de lucha, y luego gritos de terror. Un lobo lo ha cazado. Entorna los ojos para tratar de ver sus sombras, asomando la cabeza. Allí, justo bajo sus pies, sobre las raíces del árbol, uno de esos hombres que caminan con los lobos deja que el animal haga el trabajo sucio. Jécom salta encima de él empuñando su lanza.

–Donde hay un lobo –dice, clavándosela en el cuello.

De inmediato, corre a socorrer al joven. Al verse rodeado, el lobo huye. El chico tiene apenas un par de heridas leves.

–¡Uno menos! –grita Jécom–. ¡Hemos matado a uno!

–Me has salvado –le dice el joven.

–Sí, sí. Pero no es momento para tonterías. Piérdete. –Lo empuja y sale corriendo en dirección contraria, metiéndose una vez más entre la maleza.

Han matado a uno. Tarik y Ka'ab escuchan el grito. Bien hecho. Se pueden matar. Tarik avanza erguido, con calma, invocando a todos los espíritus que quieran ir a por él. Ka'ab es uno mismo con la vegetación, lento, encorvado, violento; su cuerpo se mueve como el viento.

Antes de que el lobo aparezca, lo detecta. Tarik sabe que ése es el trabajo que ha de hacer: luchar. El animal primero intenta morderle las piernas, pero recibe un golpe con el mango de la lanza en el hocico y suelta un aullido de dolor. Después lo rodea y se le avienta encima, intentando clavarle los colmillos en la cara. Se encuentra con un guerrero que sabe muy bien lo que hace, que le mete el arma atravesada en la boca, impidiéndole cerrarla, y que a la vez le propina rodillazos y lo agita con fuerza.

Poco tarda Ka'ab en detectar al hombre que observa la escena. Le atraviesa el cuello con la lanza antes de que lo vea venir, casi decapitándolo. Bastan cuatro patadas contundentes para que el lobo huya a la carrera.

–Dijiste que eran seis o siete, ¿correcto? –pregunta Ka'ab a Tarik mientras lo ayuda a levantarse del suelo.

–Seis –dice Tarik jadeando–. Es posible que fueran siete y se comieran a uno. Seis hombres, cinco lobos.

–Cuatro hombres –lo corrige Ka'ab.

–Cuatro –acepta–. ¡Quedan cuatro! –grita Tarik para que lo escuchen los demás.

–Acabemos con ellos.

Así transcurre la noche. Tres más caen muertos antes de que salga el sol. La fuerza del lobo es insuficiente para enfrentarse a unos guerreros que siempre han vivido, cazado y luchado en el bosque, que entre los árboles han derramado sangre, propia y ajena, desde que eran sólo unos niños. El miedo se extingue poco a poco con la llegada de la luz, y el cazador se ha convertido en presa. Con el amanecer, desesperado, el único enemigo vivo opta por el enfrentamiento directo. Es víctima de una vida injusta, una que no le ha dado nada más que dolor, que lo ha llevado a ver la muerte de sus hijos y hermanos, la extinción de su tribu y la derrota defendiendo las únicas tierras que ha amado. Los lobos, desperdigados, ya no viajan a su lado. Sale al encuentro del que mejor puede detectar, el que huele a sangre seca y mierda. No va solo; otro guerrero camina con él. «Dos contra mí», piensa encomendándose a la diosa madre.

Tarik y Ka'ab conocen esa mirada, la del que lo ha perdido todo, que ha visto su muerte y decide ir a buscarla en lugar de esperarla con miedo. No va a ser una batalla fácil. Ese hombre lobo ha vivido el último año con

el estómago lleno mientras que ellos pasaban penurias. Casi, piensan, están en igualdad de condiciones. Lo pueden ver en el tamaño de sus músculos. Y lo notan cuando empiezan a volar los golpes.

Se cubre bien, a pesar de tener a uno siempre a sus espaldas. Es rápido y fuerte. Esquiva, bloquea, golpea e incluso hiere. «Nos habrían vencido si hubieran decidido luchar», piensa Tarik. Pero la desventaja ahora es muy grande. Y es él quien logra clavarle la lanza en un muslo. Después no queda más que ejecutarlo. Y Ka'ab le retuerce el arma en el pecho hasta destrozarle el corazón. Ése es el final del clan de los hombres que caminan con los lobos.

Los dos guerreros jadean victoriosos. Tarik regala a Ka'ab una sonrisa llena de complicidad. Un instante se convierte en una eternidad. «Te conozco», parece decirle con la mirada. «Te conozco yo a ti también», parece contestarle el otro. La sonrisa desaparece y se trastoca en un agudo gesto de dolor cuando Ka'ab le clava la lanza en las costillas. Tarik se derrumba en el suelo de espaldas.

* * *

El sol empieza a subir en lo alto, aunque una neblina poco espesa cubre el bosque. El grupo de cazadores se ha vuelto a reunir a los pies del risco que sube hacia sus tierras. Se ayudan a curarse las heridas de la batalla. Bo tarda un rato en percatarse de que ninguno de los dos jefes está con ellos. Algo no marcha bien. Algo entre los árboles lo llama, una voz, una premonición, una advertencia de los espíritus. Sin pensarlo, corre hacia el follaje para encontrarlos.

Pronto se topa Ka'ab, que parece ansioso por abandonar el bosque.

–Vámonos, Bo.

–¿Y Tarik? ¿Dónde está Tarik?

–Tarik está muerto.

–¿Está muerto? –repite para lograr entender las palabras. Luego insiste–. ¿Dónde?

–Más adelante. Más allá de aquellos árboles.

–¿Estás seguro? ¿Lo has visto?

–Estoy seguro –recalca las palabras, severo, al darse cuenta de que el muchacho duda si ir a buscar a su amigo–. Hemos acabado con todos los hombres, pero sus lobos siguen vagando por ahí. He dicho que nos vamos, ¿no me has oído? Es peligroso. Vámonos, ya.

Las palabras de Ka'ab lo arrastran de vuelta. Exhaustos y magullados, escalan el risco con la intención de no volver a esas tierras nunca más. Sus espíritus han quedado destruidos. Dejaron escapar sus almas cuando masacraron a los hombres bestia, y cualquier redención que hubieran

podido obtener luchando durante la noche se ha perdido con la muerte de Tarik. Algunos no comprenden cómo sus corazones continúan latiendo.

Es Bo el que lo ve, cuando ya están en lo alto del risco.

–¡Es Tarik! –grita–. ¡Es Tarik!

El cazador está saliendo del bosque. Tropieza a cada paso, corre y cae a menudo de rodillas, y los lobos lo persiguen. Ahora que se han quedado sin amos, los animales dan rienda suelta a sus instintos. Las heridas en los brazos muestran que ha luchado; su rostro está cubierto de sangre y la piel de las extremidades se le cae a trozos. Con una mano se cubre la herida de las costillas, que ya empapa sus ropas. Está dejando un rastro en el suelo. Bo y otros se vuelven para bajar a por él. Tarik levanta los brazos y clama al cielo.

No hay palabras. Ni siquiera existe el silencio. Los lobos arrastran de nuevo al interior del bosque al hombre que más aman.

Boká busca con la mirada a Ka'ab, que le devuelve un gesto serio con una seguridad retadora. Luego, sus ojos mentirosos vuelven a mirar al suelo.

EL CUERPO SIN VIDA

«Los trances y las visiones provocados por las drogas constituyen una prueba clara de la existencia de otro yo, distinto y separado del cuerpo. [...] Es el alma la que se aleja mientras dormimos, permanece en las sombras y nos devuelve la mirada desde el fondo del estanque. Y, sobre todo, el alma explica el misterio de la muerte: un cuerpo sin vida es un cuerpo privado de su alma para siempre».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

La primera en percatarse de que Tarik no vuelve con ellos es Ara'ani, quien, al verlos en la distancia, se echa a llorar, cae al suelo de rodillas y se lleva las manos a la cabeza.

Todas las mujeres han salido a recibirlos. No lo saben, pero es la vergüenza lo que afloja las rodillas de esos hombres, es un espíritu herido el que arrastra sus pies. Las únicas caras mugrientas que se mantienen en alto son las de Lokar, Jécom y Ka'ab.

Ara'ani camina hacia Koku'um, que la ve acercarse con lágrimas en los ojos.

–No es cierto –dice ella entre sollozos, colocando sus manos en las mejillas de él–. Dime que no es cierto.

–No pudimos hacer nada –contesta él, aclarándose la garganta y haciendo un esfuerzo para no derrumbarse.

Amontonados, hoy dormirán todos dentro de la cueva. No explican por qué, pero saben que no hay peligros por ahora de los que deban proteger al clan. Antes, los lavarán con agua del río. Susurros con medias verdades rompen el silencio. Y lamentos y lágrimas. Pero no de Bo, que permanece absorto en sus pensamientos, consumido por el dolor. Quienes lo limpian y lo alimentan con frutos no consiguen verle los ojos, clavados en todo momento en el suelo como una lanza. Loómeli y Marikaá le acarician los puños apretados y los muslos, le masajean el rostro para que afloje la mandíbula.

–Está bien, Boká –le dicen–. Ya ha pasado. Puedes llorar si quieres, ¿lo sabes?

–No sé por qué estáis todos así –dice Lokar, poniéndose de pie cuando está limpio, rompiendo el silencio que los devora–. Estamos vivos, ¿no? Pronto volveremos al norte, y las cosas seguirán como siempre. Con tanta tristeza contamináis mi espíritu. Prefiero salir a que me dé el fresco.

Toma algo de entre sus cosas antes de salir de la cueva. Junto a la entrada se encuentra con la mujer bestia, en el lugar que le han designado para que duerma. Cuando Lokar pasa junto a ella, le arroja el objeto a los pies. Ella, medio dormida, tarda un instante en darse cuenta de lo que es. El olor, la forma, los adornos. Sobre todo, el olor. El grito que emite es desgarrador, más incluso que ningún otro que haya salido antes de sus pulmones. Es la coleta de su padre, el jefe de su tribu, arrancada junto al cuero cabelludo. El clan entero se vuelve hacia ella, alarmado.

–No volverás a señalar a nadie jamás –le suelta Lokar antes de salir.

–¿Qué pasa? –Ara'ani se acerca a ella–. ¿Qué pasa? ¿Te duele algo? ¿Te ha hecho daño?

La mujer bestia patea y la empuja para que se vaya, incapaz de explicar el dolor que la atenaza. Se queda en su lugar encorvada y sollozando.

Ya la oscuridad los envuelve cuando Koku'um y Nu'uk cuentan a Ara'ani, Marikaá y Loómeli lo sucedido. Aunque no todo. Bo los escucha a unos pasos y piensa en lo que no les están explicando, en lo que no se atreven a decir.

Desde el otro extremo de la cueva se escuchan los rezos suaves de Sirek. Sus pensamientos lo interrumpen constantemente y lo obligan a empezar otra vez. Intenta comunicarse con Ba'aba y Tarik, sobre todo con este último; intenta que su espíritu no se pierda en el bosque, le quiere mostrar el camino. Su soledad lo atormenta, su culpa. Quién es él para guiar al clan; cómo podrá decidir sin el consejo de la gran madre o de Tarik. Y eso mismo cree oír a lo lejos cuando Ara'ani sube la voz:

–Este invierno nos robó el espíritu, y luego nos quitó la luz del sol.

Las hogueras no son más que brasas. El clan duerme cuando Bo se levanta y susurra algo en el oído de Koku'um. Son las primeras palabras

que pronuncia desde que han vuelto:

–Nos reuniremos mañana en la caverna secreta. Sólo los hombres.

Y vuelve a su rincón, donde permanece un rato mirando entre la penumbra. Sabe dónde duerme; puede oírlo respirar. Pero no es el momento. Todavía no.

* * *

No han salido a cazar ni se espera que lo hagan. Nadie les exige que interrumpan su descanso. Por el momento, están bien con los frutos y los roedores pequeños que encuentran cerca de la cueva. Pronto llegará el momento de marchar. Es una tarde tranquila cuando se reúnen en la caverna secreta. Ahí están Koku'um, Iktaá, Nu'uk, Bo y los otros dos jóvenes que forman el grupo de cazadores de Tarik.

–Lo mató –dice Bo–. Sé que lo mató. Lo vi en sus ojos. Todos lo visteis. Las prisas con la que me sacó del bosque... No me dejó ver su cuerpo. Me dijo que estaba muerto, y no era verdad.

–¿Cómo sabes que no fueron aquellos hombres? –pregunta Nu'uk–. O los lobos. Vimos cómo se lo llevaron los lobos, cómo arrastraban su cuerpo sin vida.

–Estaba herido –añade Koku'um, llevándose la mano a las costillas–. Sangraba. Los lobos no hacen eso. Y, pensándolo un poco, esos hombres no eran una amenaza. Se llevaron a Kaiim porque nos tomaron por sorpresa.

–No tenéis pruebas.

–¿Pruebas? –exclama Bo–. La prueba está en su mirada, ¿no lo ves? Tú también lo viste. Todos le visteis la cara. Y estaba tan tranquilo cuando llegamos aquí.

–Mejor contemos la historia a los jefes de los clanes –dice Iktaá–. Dejemos que ellos impartan justicia.

–¿Justicia? –pregunta Bo–. ¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Después de lo que hicimos en la aldea de los hombres bestia?

–Todos tenemos culpa en eso. –Nu'uk se pone en pie con agresividad–. Si no porque hicimos algo, porque no hicimos nada... ¡Nada! ¡No te vi mover un dedo hasta que llegó Tarik! Como dice Iktaá, dejemos que los jefes de los clanes impartan justicia.

–¿Pero de qué justicia estáis hablando? –exclama Bo–. ¿A quién creéis que van a creer, a nosotros o a Ka'ab, a Jécom y a Lokar? Estábamos ahí, cierto, pero sabéis que ellos rompieron la paz, sabéis que fueron ellos los que iniciaron la masacre. Y sabéis que fue él quien asesinó a Tarik. Preferís cargar con la culpa antes que enfrentaros a él.

–Si mal no recuerdo –dice Iktaá–, la primera vez que, aquí mismo,

inhalaste el humo y hablaste con los espíritus nos dijiste lo mucho que lo admirabas. Querías ser como Ka'ab, dijiste.

–Estaba equivocado.

–¿Equivocado? ¿Cuándo no has estado equivocado? ¿Qué sabrás tú, si ni siquiera tienes barba? Has ido de caza sólo dos veces y ahora vienes a hablarnos de... eso.

–De matarlo. De matarlo a él, como él ha matado a Tarik. ¿No lo entendéis? Seguirá adelante, si no en nuestro clan, en otros, envenenando las almas.

–No me opongo a la idea –dice Koku'um–. Se ha llevado una vida, debería pagarlo con la suya. No habrá justicia hasta entonces.

–¿Habéis perdido la razón? –exclama Nu'uk–. ¿No conocéis las historias? Las guerras, las batallas, las cacerías. ¿Creéis que no se ha enfrentado a enemigos más fuertes que vosotros? ¿Qué pensáis hacer para matarlo? ¿Cómo sugerís que lo matemos?

–¿Estáis hablando de matar? –los sorprende una voz desde el fondo de la cueva.

Se vuelven. No se habían dado cuenta de que Ka'ab estaba allí, sentado en la salida que usan como chimenea, moviendo entre los dedos la cuchilla con la que siempre juega.

El terror cierra de golpe sus bocas. El jefe cazador se pone de pie y entra en la caverna secreta, desafiante.

–¿Qué? –Los mira fijamente, y ellos buscan una escapatoria en la pared o en el suelo–. ¿Sois expertos ahora? ¿Sabéis mucho sobre matar?

Ka'ab recorre la cueva, estudiando los objetos que guardan ahí, las pieles decoradas, las flores en el suelo, las pinturas en la pared.

–Me gustaría mucho escucharlo, la verdad. –Se lleva a la nariz una pizca de las hierbas que queman para inhalar y luego la aparta con asco–. ¿Respiráis esta mierda para hablar con los espíritus? ¿Es para eso? Yo... Yo no necesito esta mierda. –Se detiene y vuelve a mirarlos–. Yo soy los espíritus.

Al fin, Bo se atreve a levantar la cabeza y a mirarlo a los ojos.

–Bo, Bo, Bo... –se burla Ka'ab, pero centra su atención en el resto–. ¿Quién va a mandar en el clan ahora que la vieja ha muerto y Tarik no está? ¿Vas a ser tú, Koku'um? ¿O va a ser el chamán? ¿Vas a ser tú, Bo, el niño que pinta en los muros? Está la forma en la que las cosas deberían ser, y luego está la forma en la que en realidad son. Inhaláis esta mierda porque queréis pedir a los espíritus que os den un mundo en el que no vivís. No queréis escucharlos; les pedís que cambien el mundo porque no tenéis el valor de afrontarlo tal y como es.

Al momento, su mirada se vuelve conciliadora y deja caer los hombros, más relajado. Camina por la caverna y los observa.

–Tarik era un tonto –dice–. Un soñador. Yo no tengo ningún problema con que los hombres hagan lo que se les ordena, no tengo necesidad de luchar con aquellos que cumplen órdenes. Pero alguien que cree que está por encima de los demás, por encima de las reglas..., ése es un problema. Se rompe el orden del grupo. Y, cuando el orden se rompe, el clan se rompe. Y no pienso permitirlo, de ninguno de vosotros. De ni uno solo.

Toma otro poco de las hierbas y se las lleva a la boca. Luego las escupe con asco y esparce el resto en los pies de Nu'uk.

–Amabais a Tarik, lo sé. Todos lo amabais. Y queréis ser tan buenos como él. Queréis ser grandes guerreros. –Se quita las pieles con que se cubre, dejando el torso al descubierto y revelando que las cicatrices de su cara continúan por el cuello hasta el pecho. Los hombros, las costillas, el abdomen, todo está cubierto de viejas heridas–. Bien, pues aquí estoy, totalmente solo. Nadie sabrá nada. Los seis contra mí. Podéis tirar mi cuerpo en el bosque cuando hayáis terminado.

Permanecen todos callados. El miedo y el asombro los paraliza. Tanto que apenas pueden entender su siguiente palabra:

–Matadme.

Los mira, esperando que alguien se atreva a dar el primer paso. Pasado un momento, les da la espalda, como para demostrar que no los teme y se dispone a marcharse.

–Me hago caca en todos vosotros –dice.

–¡Eres un maldito! –grita Boká, que entonces lo ataca por detrás.

Ha saltado sobre él, empujándolo contra el muro, y comienza a golpearlo. Lo ha pillado desprevenido, pero Ka'ab no tarda en darse la vuelta y contraatacar, y pronto consigue derribar al muchacho en el suelo. Le pone el cuchillo en la garganta.

De un salto, Nu'uk se echa al suelo junto a ambos, sin atreverse a tocar al jefe.

–Tranquilo Ka'ab –le dice–. No lo hagas. No lo mates. No merece la pena. Todos nosotros somos testigos. Romperás la ley de los clanes y serás condenado a vagar solo. Y sólo por un chico estúpido que no conoce su lugar. No merece la pena.

Ka'ab se lo piensa un momento. La violencia de sus ojos se apaga lentamente. Mientras se echa hacia atrás, le hace un corte a Boká en la mejilla, una tajada ágil con la punta del cuchillo.

–Ahí tienes una cicatriz, para que presumas de ella.

Camina hacia la salida de la cueva, pero antes se da la vuelta y los mira una última vez. Bo se está quitando la sangre de la cara; todavía se duele en el suelo.

–¿Matar? ¿Qué sabréis vosotros de matar? De eso sólo se sabe si se está dispuesto a morir.

* * *

Ha llegado el día. Sin consultar al chamán, Ka'ab ordena que recojan sus pertenencias y se preparen para volver al norte. Pero se les presenta un problema inesperado, aunque no podría ser más intrascendente para el nuevo jefe: la mujer bestia ha caído enferma. Desde el día anterior, tiene fiebre, no quiere comer y casi no duerme, aunque no levanta la cabeza del suelo.

Ara'ani ruega a Ka'ab que esperen un poco más.

El clan aguarda expectante. Las piernas les piden hacer camino. El clima ha ido empeorando, y las primeras lluvias dificultan la estancia en la cueva.

–Si no nos vamos pronto –dice una de las mujeres–, corremos el peligro de encontrarnos con algún oso.

La mayoría no entiende que la mujer bestia sea el motivo que retrasa su partida. A fin de cuentas, no es uno de ellos. Deberían marcharse y, si ella no es capaz de seguirles el paso, puede quedarse atrás para que la devoren. Para ellos no tiene importancia.

Mientras, Ara'ani, Marikaá y Loómeli la cuidan día y noche, implorándole que coma y beba. Accede solamente a tomar un poco de agua para humedecerse la boca. La fiebre la tiene temblando en el suelo; de vez en cuando, suelta un grito y se retuerce entre espasmos esporádicos. Pueden oír que murmura algo, que susurra algunos de esos gruñidos con los que se comunican los de su tribu.

Durante el día, el tiempo se torna agradable. Un azul brillante enciende el cielo y el sol ilumina una vegetación que comienza a cubrirse de florecillas de colores. Hombres y mujeres pasan los días recogiéndolas, comiéndose algunas y aromatizando el interior de la cueva con otras.

–Nos tenemos que marchar –insiste Ka'ab.

No necesita presionarlas más. Esa noche, la mujer bestia es casi un espectro. Tumbada en el suelo con el cuerpo doblado, susurrando en su lengua, logra levantar la cabeza. Sus ojos se clavan en los de Ara'ani y sonríe.

–Ve. Ve con ellos –le dice, acariciándole la cabeza y las mejillas.

A primera hora del día siguiente, está muerta.

No piensan en enterrarla. Sirek insiste en que sería un sacrilegio. De todas formas, han de sacarla de la cueva para que no la contamine y no atraiga depredadores y para que su alma pueda volver al bosque. En uno de los agujeros que han estado utilizando los hombres para las guardias nocturnas echan su cuerpo antes de partir. Es una mañana fría. Sólo Bo y Ara'ani se quedan junto al cuerpo de la mujer. Los demás han emprendido ya el camino, pero ellos la siguen mirando con tristeza y

culpa. Incapaz de controlarse, Bo toma un montoncito de las flores que han estado recolectando y se las pone encima.

–Nunca tuvo culpa de nada de lo que le pasó –dice Ara'ani.

–Vete –dice Bo al cuerpo sin vida–. Vete con la libertad que no te supimos dar.

Y ambos salen corriendo detrás de su grupo.

* * *

Es un viaje tranquilo, aunque difícil. Los animales les llevan ventaja. En varias ocasiones, los hombres se ven obligados a separarse del grupo para conseguir algo de comida. En la estepa, les es necesario cambiar sus técnicas de caza, y los más experimentados toman el arco para matar desde la distancia. La sorpresa es casi imposible cuando cualquier animal puede verlos acercarse a lo lejos.

Bo presiente que algo extraño va a ocurrir. Ka'ab siempre se mantiene cerca de él. En todos los intentos de caza, siempre está cerca. En realidad, todos lo notan; no el clan entero, sino aquellos que lideraba Tarik y sobre los que ahora manda Jécom. Sólo uno se atrevió a enfrentarse a él en la caverna secreta. Puede que no sea la llama más intensa de la hoguera, pero una sola chispa es capaz de generar un incendio. Y Ka'ab no es la clase de guerrero que permite que el fuego se salga de control. Pidió a sus enemigos dar un paso al frente, y fue Boká quien lo dio.

–Cuídate las espaldas –le advierte Koku'um una noche–. No te quedes a solas con él.

Sus palabras le muestran ahora lo solo que se ha quedado. Sin Tarik, es posible que sus compañeros estén dispuestos a avisarlo de los peligros, pero ninguno de ellos saltará en su defensa. Cuando llegue el momento, tendrá que enfrentarse a Ka'ab él solo. Algo que jamás había concebido y para lo que ahora no tiene escapatoria.

El clan avanza roto. En este viaje no se conciben crías. Algo en sus espíritus ha muerto. Los hombres no buscan a las mujeres, que seguramente no los recibirían, de todas formas.

Es un alivio llegar al bosque. Los demás clanes se dan cuenta al momento: el paso cansino, las heridas imposibles de sanar. Además de los silbidos que imitan el sonido de los pájaros, se escuchan gritos que invocan a los espíritus, que despiden el alma de un guerrero caído y de una gran madre amada y respetada por todos los hombres.

«Qué es este clan sin ellos dos», se pregunta Bo, que siempre busca estar tras la espalda de Ka'ab. No lo pierde de vista, ni siquiera de noche. Tiene más miedo de la oscuridad que de los lobos del bosque.

LOS ESPÍRITUS HABLAN

«Las pinturas parietales no eran como los cuadros
que se cuelgan en las paredes de los museos,
conservados para su contemplación e inmutables.
Antes al contrario, constituían aspectos de
ceremoniales en los que también intervenían
otros elementos y que afirmaban y renovaban
las relaciones de los humanos con los animales
y entre sí».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

Es cuestión de tiempo. No sabe cuándo, pero está seguro de que va a morir. Tarde o temprano Ka'ab lo va a matar.

Los grandes jefes están discutiendo. No saben qué hacer con el clan de Ba'aba. Sirek habla antes de que le pregunten nada: él no está listo para guiar al clan. No suelen dejar a las familias en manos de los guerreros, pues son demasiado viscerales y están acostumbrados a conseguir lo que quieren derramando sangre; no son buenos para preservar la paz. Por eso desconfían de Ka'ab. Aun así, lo están considerando como posible sustituto de la gran madre, por su veteranía, su habilidad para tomar decisiones, sus conocimientos sobre las tierras y el clima y su determinación para defender a su grupo pase lo que pase. Es eso o extinguir el legado de Ba'aba y repartir a su familia entre los otros clanes. Tras un invierno terrible para un clan que ya sufría por la falta de guerreros, deciden esperar a que acabe la estación cálida para tomar una

decisión. Callan, pero saben que hay cosas que no quieren contarles.

Bo no está conforme con ellos. Preferiría conocer su destino y dejar de vivir en las tinieblas. Pasa toda la temporada cuidándose las espaldas. Cuando se reúne con los jóvenes de otros clanes alrededor de la hoguera, sus oídos y sus ojos de concentran en el bosque oscuro; al terminar la velada, se marcha a dormir escondido entre los matorrales, pues tiene miedo de hacerlo en la cueva. Una noche, incluso, lo encuentran descansando en la copa de un árbol.

Se siente atrapado. Ka'ab juega con él, lo acosa en todo momento, como un espíritu maligno. Lo vigila, esperando el día en que puedan quedarse a solas. A veces parece que lo único que le queda es llorar en soledad. Bo sólo desea que todo ocurra de una vez. Nadie lo comprende y nadie saldrá en su defensa. Intenta hablar con Tarik, pero no obtiene respuestas. Ni siquiera consigue pintar.

Una tarde, Ara'ani se acerca a él mientras recogen frutos.

–Viajamos, dormimos y comemos juntos, pero en realidad estamos solos –le dice.

–No entiendo lo que quieres decir.

–Ya no eres un niño, Bo. No puedes pasarte la vida entre las plantas esperando que alguien luche tus batallas por ti.

Bo se detiene a pensar en sus palabras un momento. Ara'ani siempre le resulta misteriosa; cuando al fin siente que comienza a conocerla, lo vuelve a sorprender. Quizá por eso, en sus sueños, cuando aparece, él siempre es un niño y ella una gigante. De repente, no puede evitar echarse a llorar. Ara'ani no lo consuela.

–¿Por qué yo? –dice él–. ¿Por qué a mí?

–Algunos hombres no toleran que les contesten. Un desafío es para ellos una amenaza de muerte. Y, cuando se sienten amenazados, el único camino que conocen es matar antes de morir.

–Pero yo no he amenazado a nadie.

–Claro que lo has hecho. Tú diste el primer golpe cuando él os desafió. Me lo contó Nu'uk. Y Ka'ab sabe que tarde o temprano volverás a desafiarlo.

–Nunca pensé que llegaríamos a esto.

–¿No? ¿Qué esperabas, entonces? Como te he dicho, ya no eres un niño. Los espíritus hablan. Tú decidiste escuchar a los que quieren un mundo mejor, y ahora tendrás que vivir con ello.

–¿He de morir como Tarik?

–Tarik era un tonto –lo sorprende ella–. Los espíritus hablan. Todos. Es una tontería escuchar a uno solo. Ka'ab quiere matarte. Mátalo antes tú a él.

Esas últimas palabras se mecen en el aire. Bo la ve marchar, petrificado

en medio del bosque. Por primera vez se da cuenta realmente de cómo, a pesar de todo, de las muertes y matanzas, del dolor y los viajes, de lo que ha visto y vivido en los últimos años, nunca ha dejado de considerarse un niño. Ha estado todo el verano aterrado, con miedo cada una de las noches y en cada cacería, y nunca antes ha llegado a pensar, ni por un momento se le ha pasado por la cabeza, que podía matar a Ka'ab.

Se mira las manos, ásperas y gastadas, grandes y fuertes. Siente el barro bajo sus pies, la fuerza de sus músculos, la violencia de sus pulmones. Todo su cuerpo entumecido por el hambre y la derrota. Entonces, siente los nervios, tensa la mandíbula. Comienza a saborear su propia ira. La furia. El enojo que él mismo dejó que fuera devorado por el miedo. Levanta la mirada y clava los ojos en lo alto, más allá de los árboles. El viento sopla entre las hojas, y nota cómo se ensambla con los sonidos de un bosque que también es su hogar.

Sólo de pensarlo todo cambia. Ahora forma parte del juego. Y esa noche entra en la cueva, se limpia, se afloja las ropas y, ante las miradas de todo el clan, se acuesta en su sitio y duerme como un bebé. Puede sentir sobre sí los ojos de los hombres, especialmente los de Lokar y Jécom, que vuelven la vista hacia su jefe, sorprendidos por la situación.

La actitud de Boká es otra. Los cabellos le han crecido lo bastante largos como para amarrárselos; se los ata en lo alto, como el jefe de los hombres bestia, y se los pinta de color rojo con la tinta que sabe elaborar. También comienza a utilizar las prendas más sueltas, dejando al descubierto sus brazos y parte de su pecho. Es un desafío. Y pronto el reto es evidente. «Aquí está mi corazón para que lo ataques si te atreves», parece decir. Bo pierde la capacidad de sonreír. Pero ahora que ha dejado de temer estar solo, ya no se encuentra a Ka'ab en todas partes.

El verano está a punto de acabar. Es el final de todo. Los clanes se reúnen y discuten sobre la gran caza del ciervo de ese año. Y al fin los jefes deciden poner a prueba a Ka'ab. Si pretende guiar a su clan, debe demostrar que sabe obedecer.

–Dado que tu clan cuenta con pocos guerreros –le dice uno–, vosotros iréis por el flanco sur.

–Mandaré a mis hombres allí. Yo permaneceré con los jefes cazadores en la retaguardia.

–No eres útil ahí –le contesta otro–. Tenemos suficientes hombres en esa posición. Irás con los tuyos por el flanco sur.

–Es indigno –espeta–. Ése es un trabajo para los menos experimentados. No es una lucha de verdad. Podéis ponerme al fondo con las mujeres para que lance flechas, si queréis –responde con sarcasmo.

–No hay trabajo pequeño –responde el sabio–. Cualquiera que quiera ser líder debe saber eso. Todo el que ayuda en la caza cumple una función

importante.

–Con todo respeto, creo que sería más útil si...

–Vosotros, por el flanco sur –insiste el hombre del consejo, interrumpiéndolo.

Asignan, también, las tareas previas a la caza, la labor de reconocimiento y ubicación de los animales, la lenta conducción de la manada de ciervos hacia el prado los días anteriores, el acondicionamiento del terreno. Al clan de Ba'aba, dado que se va a mover en su totalidad por el flanco sur, debe suavizar antes el camino en ese extremo para los cazadores. Pero Ka'ab rehúsa colaborar en la tarea.

Y no es tarea fácil. Hay que eliminar todo obstáculo que dificulte la carrera, despejar el área de cualquier rama que pudiera provocar un ruido y ahuyentar a las presas. Les toma tres días dejarlo listo, recorriéndolo varias veces y sin demasiado tiempo para descansar.

–Odio hacer esto –dice Koku'um a Boká en un momento en el que ambos se sientan a descansar, cuando el trabajo está casi terminado–. Tantas temporadas de caza, y todavía me obligan a hacerlo. La tierra está muy húmeda este año. Va a ser difícil moverse con el barro. Va a ser peligroso. Lo bueno es que los ciervos también encontrarán un lodazal al fondo. Les será más difícil escapar.

Bo no dice nada. Estudia el terreno con preocupación. A pesar de todo, las dudas todavía lo corroen de vez en cuando.

–¿Qué pasa contigo últimamente? Has estado actuando muy extraño. Casi no te veo por ahí. ¿No tienes amigos o qué? ¿Alguna amiga? –sonríe–. ¿Amigo? –Bo niega con la cabeza–. Debe de haber alguien.

–No, no hay nadie.

–Has pasado demasiado tiempo hablando con los espíritus. –Ka'ab ríe suave, y luego mira a Bo más serio–. Debes controlarlo, pues puede ahogar el alma de un hombre. Todavía recuerdo la primera vez que te uniste a la caza. Eras como un fruto arrancado antes de tiempo... –vuelve a reír.

–¿Alguna vez has cometido un error del que no puedes escapar? –le pregunta el muchacho.

–No hay tal cosa, según lo veo yo. Mantén tu cuerpo sano y tu arma afilada, y todo estará bien al final. Tu situación no es tan mala como crees. Si mantienes la cabeza baja, después de que disuelvan al clan, es probable que no te pase nada.

–No lo creo –dice Bo, sonriendo con ironía–. Pero no es sólo mi caso, es la forma en la que funcionan las cosas. Los hombres como Tarik mueren; los hombres como Ka'ab siguen adelante y hacen con las reglas lo que les da la gana. ¿Y qué pasa con nosotros? Nos quedamos en medio observando sin hacer nada. Valemos lo mismo que la mierda de los

pájaros.

–¿Y quién te dijo que ibas a valer algo? No importamos. Lo único que queda es sobrevivir. Sobrevivir año tras año. Esos momentos, ¿recuerdas? Sobrevive, ten tantos de esos momentos buenos como puedas y ya está. Bah, ahí viene ése otra vez.

–Venga, niñas –les dice Jécom desde lejos–. Recoged vuestras cosas y largaos. Podéis descansar hasta el día de la caza.

–No te burles de nosotros. Todavía queda el tramo alrededor del prado.

–¿Qué quieres, que te ruegue? Largo de aquí.

–¡Benditos espíritus! ¿Oyes eso, Bo? Debemos caerle bien a alguien.

–Largaos de una vez. Yo todavía tengo que hacer el trabajo del jefe. Si no os dais prisa, me iré yo y os quedaréis en mi lugar. ¡Fuera!

Caminan hasta la cueva en silencio, sacudiéndose el barro que se les ha ido secando entre los dedos. Antes de entrar, Koku'um lo detiene.

–¿Vas a estar bien, chico?

–Creo que sí –dice Boká.

–Recuerda lo que te he dicho: tranquiliza tu alma. Y no seas un tonto. En el bosque no existen los cobardes. Están los que mueren luchando y los que siguen adelante. Decide bien quién quieres ser –le muestra una sonrisa, dándole una palmada en la espalda–. Trata de descansar.

Bo hace una mueca. «No pueden ser ésas mis únicas opciones», se niega.

* * *

Esa misma tarde, Jécom pide a Ka'ab no participar en la caza.

–¿Estás loco o qué?

–No, no es eso. Creo que comí algo malo. Llevo un par de días sintiéndome mal. Quizá lo mejor sería que me quedara en la cueva, que ayudara a los chamanes tal vez.

Ka'ab lo mira con reprobación.

–Oh, vamos, jefe –insiste Jécom–. ¿Cuándo te he pedido algo? Sólo estoy diciendo que no me veo bien para participar esta vez, eso es todo. ¿Quién va a extrañarme?

–No, no puede ser –responde el jefe finalmente, y vuelve a lo que estaba haciendo–. Somos pocos. Necesitamos a todos los hombres posibles. Tú lo sabes mejor que nadie.

–Sé franco conmigo, Ka'ab. Sólo te estoy pidiendo que me liberes de esta cacería, eso es todo.

–Estoy siendo franco y te digo que no. No me fastidies más y vuelve al trabajo.

Le pone una mano en el pecho para que no se vaya. El jefe mira la mano con furia, haciendo que Jécom la retire al instante.

–Ka'ab, tengo un mal presentimiento. –Se le quiebra la voz–. Hemos visto demasiado, y tengo miedo. Tengo un mal presentimiento... ¿Entiendes lo que quiero decir? No sé si volveré a ver otro día después de la caza. No sé si voy a salir vivo de ésta.

El jefe lo mira un instante en silencio.

–Todo el mundo muere en algún momento.

* * *

Una vez más preparan las armas a la luz de la lumbre. Ésta podría ser la última noche de la vida de Bo, pero ya no le importa. Las sombras en la pared son fuego negro, oscuridad que se come la luz. Ahora ya no necesita a nadie que le explique cómo hacer su trabajo y termina pronto. Evita mirar a la cara a Ka'ab, aunque ambos saben que están ahí. El nerviosismo de siempre tiene tomada la cueva. Los cantos de Sirek contrastan con el silencio de las mujeres y los cazadores. Expulsa todo el miedo de su espíritu antes de cerrar los ojos para dormir.

La mañana se despierta fría. Hay algo de escarcha acumulada en los rincones. Boká no deja que el chamán lo pinte; lo hace él solo. No hay reunión, no hay órdenes, no hay despedida de la gran madre. El grupo empieza la marcha por el bosque, acelerando a cada paso. El final del camino está cerca. Pronto aparece el resto de los hombres; se detienen, se observan y, tras dividirse y asumir la posición asignada, continúan su camino.

Comienzan a rodear el prado. Los ciervos no saben si obedecer a su instinto y echar a correr; presienten lo que les va a pasar. Boká es el último de la fila y tiene a Ka'ab justo delante de él. Un instante antes de que los hombres de la retaguardia den la señal, un segundo antes de que salgan tras la manada con su grito de guerra, Ka'ab se vuelve con velocidad y blande la hoja de su arma hacia la cabeza del muchacho.

Bo lo esquiva con un salto hacia atrás que lo hace caer de espaldas. Algo pasa, los ciervos lo saben. Las pezuñas empiezan a golpear el suelo y salen a la carrera, aunque en la dirección equivocada. Los de la retaguardia se abalanzan sobre la manada para intentar corregir su rumbo. Pero Ka'ab no se distrae. Levanta el arma para dar el golpe final.

El muchacho piensa en pelear. Aquí no, escucha que le dicen los espíritus. Aquí no. Eso es lo que él busca.

La punta de la lanza impacta en el suelo. Ka'ab es más fuerte y mejor luchador, pero ha perdido juventud y destreza. Bo ha fintado el golpe y, mientras rueda por el suelo, alcanza a soltarle una patada, lo que hace que

el jefe pierda el equilibrio por un instante, lo suficiente para que el muchacho tenga tiempo de ponerse pie y huir hacia el interior del bosque.

De repente, el caos. Los animales corren como locos por todas partes, redirigiendo sus pasos cada vez que se encuentran con una lanza, pues a su alrededor los hombres se esfuerzan por reagruparlos y hacerlos marchar hacia la zanja. Pero a veces se topan hombres y animales, y algunos caen por el choque.

En medio de esa locura, Ka'ab busca a su víctima con sigilo. Pero, por su derecha, Bo aparece de un salto y, barriendo el suelo frente a él, clava una rodilla en tierra y lo ataca con la lanza. El jefe logra esquivarlo. Al momento, aleja la punta que lo busca con el mango de su arma y gira sobre sí mismo para golpear. Cuando va a impactar, el muchacho ya no está. Se ha vuelto a escabullir.

El bosque se llena de gritos de dolor.

–Agrupadlos –ordena a gritos uno de los veteranos–. Juntos. Mantened la formación. ¡Agrupadlos!

El grupo de ciervos vuelve a tomar forma, ahora sí hacia la zanja.

Cerca, Boká reaparece de entre los arbustos y ataca otra vez; con una mano mueve la lanza y con la otra suelta un espadazo con la azagaya. Casi logra rebanarle la cara, pero Ka'ab le responde con una patada a la rodilla. Aprovechando la fuerza del golpe, el chico rueda por tierra y vuelve a echar a correr. Va en la misma dirección que todo el grupo.

Todavía los ciervos andan desperdigados, pero se ha formado un pequeño grupo que corre hacia la trampa. En esa misma dirección avanza Ka'ab, que, con cautela, sigue buscando a Bo. Tiene que agacharse para evitar que uno lo golpee en la cabeza con las pezuñas cuando le salta por encima. Por el campo, los hombres intentan mantener la posición, luchando cuerpo a cuerpo con las presas, que se los quitan de encima con los cuernos o coceando. Hay cuerpos por todas partes, y los gemidos y aullidos de dolor rompen la paz del bosque.

Ka'ab ha conseguido llegar al terreno inclinado hacia el final de la zanja. Ahí ve a Bo una vez más. Ahora es más rápido: movimiento largo con la lanza, estocada con la azagaya. No logra clavar bien la punta, pero lo hiere en el muslo. Ka'ab explota de ira; clava su lanza en el suelo y, apoyándose en ella, patea al muchacho con fuerza, haciendo que éste pierda una de sus armas. Inmediatamente, con la otra pierna, lo golpea en el pecho.

Bo cae al suelo. Es el final. Ka'ab lanza su azagaya, que se le queda en el hombro. El joven se retuerce de dolor.

Lo va a matar. Ka'ab desclava la lanza del suelo y la levanta en el aire para dar el último golpe. Suelta un grito aterrador y cierra los ojos. Bo le ha tirado un puñado de barro y aprovecha la distracción para salir

corriendo de nuevo.

«No puedes escapar», piensa Ka'ab cuando se limpia los ojos. Sigue el rastro de sangre que ha ido dejando en el suelo. «No puedo dejar que me atrape», se dice Bo, que sigue avanzando pese al dolor de la herida. Ka'ab no logra verlo, pero tampoco lo necesita. La sangre es suficiente para encontrarlo; las gotas señalan que ha entrado por un pasillo de tierra entre dos altos muros de piedra. Allí, en lo alto, los hombres luchan por las presas, inmersos en la caza. Pero a Ka'ab le da igual; él busca su propia presa.

De repente, la sangre desaparece. Al final del pasillo se pierde el rastro. Ka'ab examina el suelo con desespero, buscando algo que le indique por dónde ha seguido, adónde ha ido. Levanta la mirada hacia los muros. Ha tenido que salir escalando. En ese momento, mientras trata de hallar el lugar por donde trepar, oye el berrido. Un enorme ciervo macho ha entrado en el pasillo y no tiene espacio para huir.

Se miran a los ojos durante un momento que parece una eternidad. Al instante siguiente, los cuernos de la bestia comienzan a golpear contra los muros. Inquieto, desesperado, se eleva sobre las dos patas traseras y agita las dos de delante en el aire. Luego baja la cabeza, dispuesto a embestir. Ka'ab levanta el arma y suelta un grito de guerra. Pero de nada sirve cuando la cornamenta topa contra su pecho y sale volando por los aires. El ciervo lo cornea de nuevo, lo patea y lo pisa; se oye el crujido de los huesos. Cuando los ojos del animal encuentran la salida, huye despavorido.

Ka'ab, en el suelo, agoniza.

Desde lo alto, Bo salta dentro del pasillo. El jefe cazador ha conseguido arrastrarse de espaldas hasta la pared del fondo y ahora intenta ponerse de pie. Los brazos, la espalda y la cabeza sobre la roca, un pie y una rodilla en el suelo.

–Trae ayuda –le pide a Bo, que lo observa impertérrito–. ¿No me escuchas, muchacho? Ve a buscar ayuda.

Boká da dos pasos al frente y se lleva la mano al cinturón. Ahí tiene el arma que ambos tan bien conocen: el cuerno de ciervo que Tarik le regaló en la caverna secreta. Lo agarra con fuerza, amenazador, con una calma violenta. Ka'ab escupe sangre e intenta encontrar más aire sin dejar de mirar el cuchillo. Luego mira al muchacho.

–Hazlo –le dice. Lo invita a ser como él, a hacer lo que él mismo haría–. Hazlo.

El rostro de Bo muestra una furia reposada. Se adelanta otros tres pasos, y con un movimiento fugaz clava el cuchillo violentamente en el pómulo de Ka'ab, hasta que la punta sale por el otro lado.

* * *

Más de cuarenta heridos y once muertos. La caza de este año se salda con un alto precio. Chamanes, guerreros y mujeres colaboran recogiendo y limpiando los cuerpos, los de sus hermanos y los de los animales. Esa noche comerán, pero no habrá celebración. Se ha perdido más de lo ganado.

Cada clan se hará cargo de sus muertos; más tarde los vestirán y adornarán para prepararlos para su partida.

Bo arrastra los pies hasta la boca de la cueva, en un gran esfuerzo por no desfallecer. Allí ya el resto de los cazadores están siendo atendidos por las mujeres. Es Loómeli quien lo ayuda a sentarse, le rasga las ropas y le limpia la herida del hombro. Cerca yacen los dos hombres que han perdido.

–Lokar y Ka'ab –dice Sirek–. Y además está el problema con Jécom; lo han encontrado escondido entre las plantas mientras se desarrollaba la lucha. Eso lo hace responsable de la muerte de los demás, en cierta forma. Es posible que sea expulsado por romper la ley de los clanes. A Ka'ab lo ha matado uno de los ciervos, aunque no entiendo cómo ha podido dejarlo tan mal. Ahora sí que el clan está condenado. Nos enviarán a cada uno con un nuevo grupo.

–¿Cómo murió Lokar? –pregunta Bo, percatándose por primera vez de que es su cuerpo el que limpian junto al de Ka'ab.

–Ocurrió todo muy rápido –susurra Iktaá–. Todo se salió de control. La fila se rompió, y los animales salían de todos lados. Pasó cuando pensábamos que todo iba ya bien. Lokar no lo vio venir, y creo que el animal tampoco lo vio a él. Fue sólo un golpe, un encontronazo del uno con el otro. El animal se perdió en el bosque. Cuando acudimos junto a él, ya estaba muerto.

–No sabemos qué es lo que va a pasar –interviene Koku'um–. Otros clanes han perdido más que nosotros.

–No va a pasar nada –dice Bo.

Su tono de voz suena diferente. O es más bien la forma en la que las palabras salen de su boca; se gobiernan solas, vuelan con una autoridad que no necesita convencer a nadie.

–Irás al consejo y les dirás que sigues siendo el chamán de este clan –se vuelve hacia Sirek, que lo escucha atento–. No tienes nada que temer. Tu lugar será respetado. Tú serás la voz de los espíritus.

Loómeli suelta la piel con que lo limpia. Como el resto del clan, lo mira con asombro. Todos lo escuchan. Le tiemblan las manos.

–Tarik estaba equivocado –medita Bo en voz alta–. El clan no está perdido. Nosotros somos el clan. Mientras nuestros espíritus luchen,

seguiremos adelante. Viajamos dentro de un río que nos empuja por donde va el cauce. No tenemos elección, pero podemos elegir entre nadar o morir ahogados. Ara'ani debe tomar el lugar de Ba'aba. Ella es la voz que nos da fuerza para luchar en la corriente, ella sabrá guiarnos, si estamos listos para seguirla.

–Yo la seguiré –dice Loómeli.

–Y yo –dice Ja'anit, que sostiene a su bebé en brazos.

–Y yo –dice Koku'um.

–No será fácil con tan pocos hombres... –murmura Sirek.

–Nadie ha dicho que será fácil –lo corta Ara'ani–. Las tierras del sur nos han expulsado. Creo que es hora de dejarlas ir. Aceptaremos la invitación de los clanes que pasan el invierno en la costa. Allí las mujeres podremos contribuir más con la comida. Aprenderemos a vivir del mar.

–Así sea –concluye el chamán–. Así sea.

* * *

A Ka'ab le dan el entierro de un guerrero. Los chamanes cantan al viento su nombre, susurran sus hazañas y su valor y, alrededor de la hoguera, lo despiden, juntos, todos los clanes. Le han cubierto el cuerpo con pieles de lobo y de jabalí. En la oscuridad se alza una llama que lo guía en su camino; esta noche dormirá con sus ancestros.

Luego, Bo busca un lugar alejado dentro del bosque. En cuclillas, junto a la base de un árbol, escarba un pequeño agujero y allí deposita el cuchillo de cuerno de ciervo de Tarik, un poco de carne y un puñado de florecillas. Lo tapa con mucho cuidado y cierra los ojos, dejándose cobijar por la noche. El viento hace sonar las hojas.

EL CIERVO EN LA PARED

«El hecho de que las pinturas murales aparezcan en galerías subterráneas remotas e inaccesibles, donde los artistas tenían que utilizar lámparas de aceite para ver lo que hacían, prueba a mi entera satisfacción que las pinturas formaban parte de ceremonias religiosas. Como lo prueba también el hecho de que los artistas pintaran sobre dibujos anteriores, aunque dispusiesen de superficies sin utilizar».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

El gran chamán prepara la tinta bajo la atenta mirada de su aprendiz. Están sentados alrededor de las llamas con las piernas cruzadas, uno frente al otro. Machacan las hierbas con las manos y las dejan caer lentamente en el fuego. Luego, con calma, inhalan el humo. El joven levanta la cabeza y observa las pinturas en las paredes; la voz de sus ancestros resuena a través de generaciones.

–Paciencia –le dice el chamán–. Las imágenes están ahí, pero la voz viene de dentro.

–¿La voz dirá quién debe ser la nueva gran madre?

–No. La voz sólo nos confirmará lo que ya sabemos.

Pasan un rato en silencio. Las sombras en el muro se mecen tranquilas.

–Desearía que no hubiera muerto –murmura el joven cuando las hierbas comienzan a hacer efecto–. Desearía que ninguno de nosotros

tuviera que morir. Me da miedo.

–No has de temer, chico. El espíritu vuelve al bosque, pero mucho de lo que eran se queda entre nosotros. Lecciones que no se olvidan.

–¿Conocías bien a la gran madre Ara'ani?

–No creo que nadie la conociera bien en verdad –sonríe el chamán–. Su espíritu era capaz de transformarse. Más de una vez me sorprendió. Más de una vez me salvó la vida.

–Desearía que siguiera aquí.

–Ya era una mujer mayor. Tenía más de cuarenta años.

Al muchacho lo consumen unas ganas terribles de ponerse de pie y decorar las paredes, motivo por el que su maestro ni siquiera le permite levantarse. Sabe lo que siente, ese ruido, esa pelea entre los espíritus que vagan por el mundo. Pero es necesario que pase el tiempo. Hay que permitir que el alma se serene, hasta que una voz hable sobre las demás.

–Cierra los ojos, chico. Escucha tu propia respiración.

Al cabo de un rato, se ha quedado dormido. Lo observa ahí, recostado, los cabellos cortos y despeinados, la piel manchada por los rayos del sol. Al verlo, se recuerda a sí mismo cuando era tan joven como él y todo era ruido a su alrededor. Se acuerda del miedo.

Ahora que su alumno no puede verlo, piensa en Ara'ani, en su voz y en su olor, y se permite llorar. Un pensamiento lo lleva al siguiente. La memoria lo lleva a cuando era un niño y mamá Ba'aba lo acogía en brazos y, sosteniéndolo junto a aquel pecho que lo amaba, le acariciaba el pelo. Después ve a Tarik. Ya casi no recuerda su cara; se le aparecen sólo algunos detalles, sus ojos alegres, su sonrisa. Lo que nunca ha olvidado es la cicatriz en el rostro de Ka'ab.

Se pone en pie y camina lentamente junto a la voz de sus antepasados. Siente el dolor de sus ancestros mientras pintaban, el hambre, la pérdida. También los momentos alegres: el amor de un hermano, el calor del fuego, la paz de un estómago lleno. Esos recuerdos se mezclan con los suyos, conformando un todo único, y por un momento puede sentir que perduran, que caminan junto a él.

Sostiene la tinta con una mano; con la otra unta los dedos y el pincel, y deja que su corazón lo guíe. No equivoca un solo trazo. La figura de un ciervo comienza a impregnar la roca; unas patas poderosas, el lomo curvado y esos cuernos que se extienden majestuosos hacia el cielo. Las lágrimas le mojan los pies descalzos.

¿Quién tomará el lugar de Ara'ani al frente del clan? Él lo sabe muy bien. La conoce desde que era un bebé. Nacida de una gran tragedia, amamantada por unos pechos que no eran los de su madre, descendiente de un gran jefe, la ha visto convertirse en mujer, escuchar a los espíritus y amar a sus hermanos. Y ha visto la fuerza de Ba'aba en sus ojos.

Piensa en el dolor. En la lucha. En el hambre. Escucha la voz de cada cuerpo que se perdió en el camino, del inocente bebé de Ja'anit que apenas consiguió llorar. En la muerte, y también en su propia alma, en la lucha entre el bien y el mal y en lo que quedará cuando ya no esté. Cuando cierra los ojos, los ve a los dos, a Tarik y a Ka'ab, disputándose la posesión de su espíritu. No puede evitar sentirse hijo de esos dos padres.

El ciervo está completo, casi siente su aliento. Los espíritus hablan. Sólo que esta vez decide mandarlos callar. Recorre con los dedos los trazos mientras evoca sus caras y dice sus nombres. Luego los olvida. Deja que su propia voz se inmortalice en la tinta. Y entonces hace algo que muy pocos chamanes han hecho antes que él. Ya no piensa en los que quedaron atrás, sino en los que vendrán en el futuro, en el muchacho que duerme junto al calor de la hoguera y en los hijos de sus hijos, en todos los hombres que están por venir. Se permite un sacrilegio.

«El ciervo soy yo», piensa. «El ciervo es mi nombre».

El dolor de su alma queda fijado en la pared. El techo de la caverna no le impide ver las estrellas, frías, estables, contantes. Con la tinta impregnada en el muro, llama a sus hijos. La pintura es su voz, y él les habla.

–No me olvidéis –les dice–. Estoy aquí.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a los que me ayudaron a construir este relato, a los que me prestaron un poco de su tiempo y me aportaron algo. A mi amigo Javier Wong, siempre dispuesto a conversar sobre ficción; a Alejandro Mayagoitia, que me dio el valor para emplear la palabra correcta; a mis hijos, bebés, voz de nuestros antepasados; a mi padre y a mis hermanos, integrantes de mi clan. Agradezco a mi madre por dudar de todo siempre y por hacerme dudar, por ayudarme a no quedar encerrado tras los barrotes de mi propia voz.

Agradezco a Mariana Pardo, a Eugenio Biancucci y a Vincent Touzet por dedicarle unas horas al manuscrito del libro y por enriquecerlo con sus comentarios.

Agradezco a Marvin Harris por los libros que nos dejó.

Agradezco sobre todo a Raquel Masmano, mi mujer, que es la que me permite ser escritor y sin la que no sería el hombre que soy hoy.